

ESCLAVA
en tu
CAMA



Megan Galán

ESCLAVA EN TU CAMA

MEGAN GALÁN

Capítulo 1

Algunas veces Victoria no estaba segura de si aquello era un error o no. Sabía que necesitaba el dinero, pero no estaba acostumbrada a usar su cuerpo como una manera de conseguirlo.

Era como prostituirse.

O realmente era prostituirse.

Para ser honestos, Victoria ya no conocía la diferencia.

—¿Solo tengo que ir a esta dirección?

—¿Solo?

La mujer de edad indefinida y unas gafas color marrón la miraron tras sus pequeños ojos azules.

Victoria se había imaginado al encargado de aquella empresa de citas para clientes con gustos peculiares y sin interés por las relaciones estables o complicadas, como alguien más del estilo de lo que ella llamaría como chulo, un proxeneta, pero no esperaba encontrarse con aquella mujer de aspecto severo pero delicado, casi como una abuela excesivamente coqueta que ha pasado por diversas operaciones estéticas.

—Bueno...

Era incomodo hablar de aquello.

—No se preocupe por nada. Tu trabajo es complacer al cliente, solo tiene que saber comportarse durante el tiempo que pase con él. Recuerde que su opinión no tiene validez, haga y diga únicamente lo que le digan.

—Ya...

Victoria se frotó las manos sobre la mesa, frente a la taza del café que no había probado.

—¿Tiene algún problema?

—¡No!

Necesitaba el dinero. Lo demás no importaba.

Incluso aunque tuviera que vender su cuerpo.

—La veo dudar y no quiero problemas una vez esté con el cliente. Eso nos quita reputación y nuestros clientes pagan por lo mejor.

—Lo sé, señora Waite.

—Eso espero, Victoria, porque siempre damos el mejor servicio a nuestros clientes.

Lo había entendido desde el principio. Lo único importante eran los clientes, incluso aunque éstos quisieran las excentricidades más extrañas que

existieran. Se lo habían dejado muy claro. Solo esperaba que el tiempo pasara rápido y una vez todo terminara y pudiera pagar la casa, pudiera olvidar lo sucedido cuanto antes.

—Lo tengo claro.

—Me alegra oírlo.

—Entonces...

—Mañana vendrá a buscarla un coche, se montará en él y la llevará a la dirección. El cliente la ha contratado durante quince días. Una vez se encuentre en la casa, se quedará sola y comenzará su trabajo.

—Sí...

La mujer la miró a través de sus pequeñas gafas.

—Se lo volveré a preguntar, ¿tiene alguna duda?

—Realmente no —Cientos, en realidad—, pero, ¿puedo saber quien es el cliente antes de llegar?

—No. Todo es confidencial hasta que se encuentre con él.

Una tontería, en su opinión.

—Ya.

—¿Alguna cosa más?

—No.

—Estupendo —la mujer sonrió amigablemente—. Ahora, por favor, firme abajo el contrato.

Victoria cogió el bolígrafo y leyó por encima las normas a las que ella se acogía y ciertos términos que aceptaba por voluntad y bajo su completo conocimiento.

Sintió un escalofrío, pero puso su nombre en el papel antes de volver a dejar el bolígrafo en la mesa.

—Ya está hecho.

¿Lo que significaba que ya no podía arrepentirse?

—¿Mañana vendrán a buscarme a mi casa?

—Sí, a las nueve en punto. Sea puntual.

La mujer recogió las hojas del contrato y se las guardó con cuidado en una carpeta de cuero negro.

—Lo seré.

Dudaba que fuera a dormir en toda la noche.

—Por cierto, Victoria.

Victoria levantó la cabeza de la taza para mirar a la mujer que ya se levantaba.

—No olvide que lo que firma es un contrato de aceptación del trabajo que va a realizar. Queda detallado el propósito y la finalidad y, por supuesto, tu estricto silencio y respeto a la privacidad del cliente.

Y si no lo cumplía se metería en problemas. No hacía falta que se lo dijera.

—Sé lo que he firmado, señora Waite.

La mujer volvió a sonreír.

—Estupendo entonces.

Victoria miró por la ventanilla del coche sin entusiasmo. Tal y como había imaginado, no había conseguido dormir en toda la noche y había terminado levantándose al amanecer.

Ya lo tenía todo preparado, así que se limitó a tomarse una humeante taza de café mientras esperaba a que el tiempo pasara y llegaran las nueve.

Como la señora Waite había dicho, el coche llegó a las nueve en punto.

Victoria se fijó que nadie bajó del vehículo para ayudarle con el equipaje. No llevaba gran cosa, pero lo había esperado, y se sorprendió de encontrar una separación en el coche, ocultando con un cristal negro la identidad del conductor que arrancó nada más ella cerró las puertas.

Según calculó, estuvo dentro del coche durante cuarenta y ocho minutos y cuando finalmente se detuvo, Victoria tenía los nervios a flor de piel. Se bajó del coche y se detuvo a mirar la casa que tenía frente a ella, muy parecida a las de la larga hilera que recorrían toda la calle.

Tuvo que respirar hondo varias veces antes de encontrar valor para llamar a la puerta.

Por unos instantes creyó que nadie respondería, pero la puerta se abrió automáticamente y Victoria miró a su alrededor, a la calle vacía antes de empujarla y se adentró en la casa.

—¿Hola? —preguntó con timidez, dejando la maleta en el suelo.

Ya era lo suficientemente malo para ella como para tener que andar con sus juegos.

—Puede dejar su equipaje allí.

Victoria se giró bruscamente, impresionada.

—¿Aquí?

Era imposible ver bien a la persona que hablaba desde una de las

estancias de la derecha de la entrada. Tenía las persianas prácticamente bajadas y le daba un aspecto siniestro y oscuro, como una sombra. A simple vista parecía un hombre alto y su voz era grave, serena.

—Al lado de la puerta.

Victoria se apresuró a coger la maleta y la dejó donde le habían indicado y después respiró hondo varias veces antes de volver a girar la cabeza.

—¿La dejo aquí sin más?

Prefería que le indicasen una habitación donde instalarse y mentalizarse un poco antes de comenzar con aquello.

—Por ahora está bien ahí.

—De acuerdo.

—Me dijeron que se llama Victoria.

Victoria asintió con la cabeza, tratando de ver algo de su aspecto.

—Sí...

—¿Es su nombre real?

—¿Qué?

El hombre se mantuvo en silencio un momento.

—Se supone que enviarían a una chica que obedecería y respondería sin cuestionar. Supongo que con usted no funcionará. Llamaré para pedir un reemplazo.

Victoria entro en pánico.

—No, lo siento. Ha sido un error —se apresuró a decir, dando un paso al frente—. No cometeré un nuevo fallo.

Podía hacerlo. Se lo había repetido muchas veces desde que Luisa le había hablado de la empresa a la que ella trabajaba cuando le dijo que perdería la casa de su familia.

—Puedes ganar mucho dinero allí.

—¿Y de qué es el trabajo?

—Bueno... —Luisa puso los ojos en blanco, sacando una tarjeta del bolso —, siempre hay algo que hacer, nada es regalado.

Victoria había cogido la tarjeta.

—Ya...

—No pongas esa cara, mujer, ¿no quieres salvar la casa? Aquí conseguirás dinero rápido.

Al final había llamado y después de un largo proceso se encontraba en aquella casa, intentando conservar un trabajo que le producía escalofríos.

—Espero que sea así —aceptó el hombre moviéndose aun mas hacia la

estancia y ocultándose completamente.

—Sí.

Victoria se frotó las manos en el jersey, tratando de limpiarse el sudor.

—Ven aquí.

—Sí.

Victoria se apresuró a obedecer, echando un último vistazo a la maleta, junto a la puerta y caminó despacio hasta detenerse en un saloncito completamente en penumbras.

El hombre le señaló con un dedo el sofá mientras él se había quedado de pie junto a la ventana cerrada.

Victoria fue hasta el sofá en silencio e hizo ademán de sentarse.

—No te sientes.

—¿E...? —Victoria cerró los labios al darse cuenta que iba a hacer una nueva pregunta—. Sí.

Volvió a enderezarse y lo miró manteniéndose de pie con las manos en los costados.

—En el suelo —volvió a hablar él, sorprendiéndola.

Victoria miró la alfombra que había bajo sus pies.

—¿Aquí mismo?

Ya le habían avisado de las excentricidades de los clientes, incluso Luisa, aunque su amiga no había especificado nada realmente debido al contrato que firmaban antes de comenzar a trabajar.

Victoria se apoyó en el sofá con una mano para dejarse caer más cómodamente en el suelo y se sentó con las piernas cruzadas.

—No —dijo él de pronto—, así no.

Victoria se cambió de postura, sentándose sobre sus piernas.

—¿Así?

—No —La voz del hombre parecía irritada—, quiero que te pongas de rodillas, a cuatro patas.

—Ah... sí.

Victoria dudó antes de obedecer, sintiéndose abochornada mientras se ponía a cuatro patas y sintió deseos de echar a correr cuando notó como el hombre se movía y se acercaba a ella, agarrándole el culo con las dos manos y lo pegaba a su cuerpo.

—Así, exactamente como un perro —murmuró él con voz agitada.

Capítulo 2

Victoria apretó los puños con fuerza, manteniendo las manos en el suelo cuando notó como las manos del hombre le levantaba la falda y le acariciaba el sexo con una mano bajo sus braguitas rosas hasta que la penetró con un dedo.

Había tenido varias relaciones y nunca de ellas había terminado bien porque siempre le acusaban que no se implicaba completamente en ella, pero hasta ese momento Victoria no había sentido el sexo como algo satisfactorio, nunca la habían estimulado lo suficiente y dudaba que ese tipo de sexo le ayudara a sentir un orgasmo como aseguraban que se sentían.

—Abra más las piernas —le ordenó él, moviéndole las piernas.

Victoria obedeció, recordando que necesitaba el dinero.

Y que tampoco quería ser golpeada si se negaba a continuar en ese momento.

Contuvo la respiración y esperó a ser penetrada en cualquier momento, pero el momento se demoró bastante, haciendo que las caricias que aquella mano le ejercía, hasta alcanzar su vientre y estimulando su sexo, comenzaran a excitarla, algo que de pronto le hacían sentir como si estuviera haciendo algo malo, como si lo que estaba sintiendo en ese momento fuera algo que no debía sentir.

Y no es que las caricias no debieran excitarla o debiera disfrutar de ello, pero la situación en la que se encontraba, la posición y la forma no le parecía lo más decoroso para comenzar a disfrutar del sexo.

Pero una cosa era pensarlo y otra cosa no dejarse llevar por las emociones, incluso cuando al final notó como el miembro duro del hombre la penetró impasible, empujando su cuerpo en cada embestida y haciendo que alcanzara el paraíso como jamás antes lo había sentido.

—Levántese —escuchó que decía nada más eyaculó y se apartó de ella, sin antes tajarla con la falda.

Victoria se puso en pie y se ajustó las bragas y la falda, dándose la vuelta con el rostro encendido para volver a mirar al hombre que se había vuelto a alejar.

Por un momento se sintió furiosa, pero sabía que lo sentía más hacia ella misma que hacia él y apretó los dientes, recordándose que ella era quien había aceptado ese trabajo y sabía de qué trataba.

Se quedó de pie, a la espera de una nueva orden y se recordó que aquel sólo era el primer día de dos semanas que tendría que pasar allí encerrada soportando lo que él quisiera hacer con ella.

—Mientras estés aquí me llamará Norman.

Victoria se sorprendió de que le diera un nombre, aunque suponía que no sería el verdadero.

—Sí —dijo, manteniendo la calma.

—El servicio vendrá solo a las mañanas y durante ese tiempo no quiero que salgas de la habitación, no quiero que nadie te vea.

La escondía como a un animal.

—Si quiero algo o quiere algo fuera del horario del servicio se encargará de prepararlo.

También quería una criada, ¿eh?

—Sí.

—Hará todo lo que yo le diga.

¿Eso no había quedado claro en ese momento?

—Sí.

—Sin oponerse.

—Sí.

—Sígame, te enseñaré tu habitación.

Victoria lo vio acercarse a la puerta y esperó expectante para verle el rostro y cuando finalmente éste quedó a la vista, contuvo una exclamación.

Por el cuello y parte de la cara le recorría una línea roja, una fea cicatriz que realmente no conseguía hacer feo aquel rostro serio y afilado. Llevaba el cabello bastante largo, posiblemente para ocultar con él la cicatriz y unos ojos azul oscuro hablaban de la sombra de un corazón herido.

No era su intención y Victoria se recordó que había sido contratada por él para sufrir vejaciones, pero no pudo evitar sentir cierta simpatía y pena por él.

—¿Repugnante?

Victoria parpadeó confusa, mirándole a los ojos.

—¿Cómo?

—¿Te resulta repugnante la cicatriz?

Dudó un momento si debía responder sinceramente o no.

—No realmente.

—Ya.

¿Para qué se lo preguntaba si no iba a creerla de todos modos?

—¿Puedo preguntarle cómo se la hizo?

—No, no puede.

—Vale.

—Sígueme.

—Sí.

Victoria se apresuró a coger la maleta que había dejado en la puerta y lo siguió, subiendo por las escaleras hasta detenerse a unos pasos de Norman, frente a una puerta. Esperó a que ella llegara a su lado para abrirla y mostrarla.

Era bonita, hasta acogedora, y la luz del sol daba en el interior, caldeándola. Una cama estaba cubierta por un fino edredón beis con flores y un armario hacía juego con una moderna mesita de noche.

—Esta será tu habitación durante estas semanas.

—Sí.

—La mía es aquella.

Victoria miró hacia la habitación de al lado, la que Norman señalaba con el dedo.

—Cada vez que te llame, acudirás a ella.

Era obvio que él no iba a ir a la suya.

—Por supuesto.

—Acomódese. Mi despacho está abajo a la izquierda. Venga en cuanto termine.

Al menos le dejaba un minuto de respiro. Victoria no estaba segura de qué pensar sobre eso.

—Gracias.

Tampoco es como si importase mucho lo que ella pensara o no.

Victoria esperó a que Norman se alejara por las escaleras para cerrar la puerta y dejar la maleta en el suelo agotada.

—Necesito una ducha.

Con desinfectante realmente.

Revisó el cuarto de baño que había en una habitación interior y abrió el grifo de la ducha antes de decidirse a quitarse la ropa y a ducharse, dejando que el agua caliente cayera por su piel desnuda como un bálsamo y se llevó una mano entre las piernas, a la misma zona donde él la había estado acariciando y recordó la manera que la había penetrado... y como el placer le había hecho estremecerse.

—Es humillante —protestó, dando un puñetazo en la pared.

Pero le había gustado, eso era evidente.

Capítulo 3

—¿Que has hecho qué?

Norman se pasó el teléfono de una mano a otra, apartándose de la oreja un momento.

—Te lo acabo de decir, ¿no?

—Norman, has comprado una puta, es lo que me acabas de decir.

—Es una casa legal con chicas preparadas para ofrecer ciertos servicios.

—Puedes llamarlo como quieras pero sigue siendo una puta.

—Philip, esperaba que me apoyases.

—Te recomendé que buscaras una mujer, no una puta.

—No necesito a nadie más en mi vida.

—Norman, Kelly murió hace más de diez años. Encontrar una novia, casarte, tener hijos. Eso es lo normal.

—Lo normal, ¿eh?

Ya ni siquiera sabía qué era lo normal. Odiaba a las mujeres porque ninguna de ellas era Kelly, su esposa, su novia desde los quince años, la mujer más maravillosa del mundo, la que le habían arrebatado en aquel accidente por el cual tenía esa cicatriz.

Pero al menos él seguía vivo.

Y estarlo solo era una tortura.

Era cierto que el tiempo disminuye el dolor, pero Norman se sentía vacío, sin ningún sentido para seguir viviendo y no creía que forzarse a sonreír a una mujer que no dejaría de mirarle la cicatriz le ayudara a superar el accidente de una vez.

Quería vivir en paz. No creía estar pidiendo mucho, pero las relaciones que había tenido tras la muerte de Kelly siempre le exigían algo más, por muy repugnante que consideraran la cicatriz que le recorría parte del cuerpo, estaban dispuestas a casarse con él siempre y cuando pudieran disfrutar de su fortuna. Se había hastiado, pero eso no significaba que no necesitara una mujer para satisfacer sus necesidades.

Y era exactamente lo que había hecho.

Norman sabía que no había nada más discreto y complaciente que una mujer a la que se le pagaba por sus servicios.

Y la consideraba más honestas que las mujeres con las que había estado hasta ahora. Al menos ella exigía un precio desde el principio, no iba fingido

ser una señorita enamorada.

—Sí, lo normal. Y te lo estoy diciendo porque soy tu hermano y te quiero.

—Pues si eso es verdad, apóyame en algo para variar y deja de ver mal todo lo que hago.

—Pero no haces nada bien desde la muerte de Kelly.

—Deja de mencionarla.

—Por mucho que no lo quieras admitir...

—¡Sé que está muerta!

Lo sabía muy bien.

Cada vez que se acostaba, cada vez que se levantaba, cuando se asomaba a la ventana, incluso cuando respiraba sentía su ausencia, ¿cómo podía fingir que no estaba muerta?

—Norman.

Norman suspiró.

—Mejor hablamos en otro momento.

—Espera.

—¿Qué?

—¿Qué sabes de la mujer que tienes en casa?

—Nada.

—Parece mentira que a estas alturas te pongas a vivir con una desconocida.

—Todo irá bien.

—Sabes que no quiero que te hagan daño.

—Sólo es sexo, Philip, no amor. No voy a salir herido. Sé perfectamente la diferencia.

Vaya que sí la sabía.

—Eso espero.

—Hablamos más adelante.

—Mantenme informado.

—Como quieras.

Norman colgó el teléfono y miró hacia la puerta cerrada.

También sabía que se había comportado como un cretino con la chica, pero se había dejado llevar. También era nuevo para él contratar a una prostituta y había deseado a aquella mujer nada más verla.

Victoria, si era realmente su nombre, tenía una actitud arrogante. Había entrado con la cabeza en alto y mirándolo todo desafiante.

Norman no había podido acordarse inmediatamente de Kelly, siempre

con una mirada decidida y desafiante fuera cual fuera el riesgo. La figura también era parecido, al igual que el cabello rubio y la piel clara. Sólo fallaban los ojos. Los de Kelly habían tenido un matiz verdoso, los de aquella mujer eran más de la miel tostada.

Pero la había deseado.

Como jamás había deseado antes a una mujer desde la muerte de Kelly.

—Pero esa mujer no eres tú, Kelly.

Norman echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos.

Debía comportarse. Puede que no fuera Kelly, puede que hubiera contratado sus servicios y que fuera una prostituta, pero seguía siendo una persona y él había sido un capullo.

Capítulo 4

Victoria apartó la mano de la puerta de lo que suponía —y había acertado—, era el despacho de Norman.

No había pretendido escuchar la conversación. Nunca había sido propio de ella cotillear los temas personales de los demás, pero haberlo hecho hacia que se sintiera un poco mejor. O más aliviada.

Después de todo, Norman no era un monstruo, y eso que la primera impresión no había sido la mejor, pero el hombre tenía sentimientos, y por lo visto también había tenido una vez a alguien a quien dar su corazón.

Y había perdido a ese alguien.

Victoria no se ponía exactamente en su lugar. Ella nunca había amado tanto a alguien como para obsesionarse por una de las rupturas. Si algo terminaba era porque había llegado a su fin. Nunca le costó trabajo decir adiós y continuar con su vida.

Pero ella también había perdido a alguien. Y también en circunstancias en las que uno no se lo espera. Sus padres habían muerto hacía un año. Catorce meses realmente y el dolor de su recuerdo aún le hacía que sintiera deseos de echarse a llorar.

Tal vez por eso se negaba a perder la casa donde había crecido, la casa donde guardaba todos los recuerdos de sus padres.

Y eso hacía que se sintiera un poco más cercana a Norman, un hombre que después de tantos años lloraba la muerte de su mujer.

—¿Dónde has estado todos estos años?

En realidad le parecía increíble que existiera un hombre con sentimientos tan profundos por alguien y eso hacía que se le acelerara un poco el corazón.

Además, ¿qué había sido eso de que ella no era la mujer muerta? ¿La comparaba con ella?

Victoria suspiró, dejando que pasara un poco de tiempo antes de decidirse a llamar a la puerta, tal vez dándole un poco de espacio, pero se apartó rápidamente de la pared cuando la puerta se abrió bruscamente y Norman salió del despacho.

Los dos se miraron sorprendidos. Era evidente que ninguno de los dos había esperado encontrar al otro.

—¿Qué haces aquí?

Victoria dudó, carraspeando suavemente con la esperanza de pasar

desapercibida.

—Me dijiste que bajara y fuera a tu despacho.

Norman la miró detenidamente.

—¿Llevas mucho tiempo aquí?

—Acabo de bajar —mintió rápidamente.

Norman volvió a mirarla en silencio.

—Ven conmigo.

En mandón se llevaba un premio.

—Sí.

Victoria se mantuvo varios pasos por detrás de Norman, caminando lentamente a su espalda.

—Esta es la cocina.

Victoria asomó la cabeza para apreciar la bonita y ordenada cocina que había dentro. La tenía tan impecable que no parecía que alguien la estuviera usando.

—Es... bonita —murmuró, sintiendo la obligación de decir algo.

—Sigamos.

Una a una, Norman fue enseñando cada una de las estancias de la casa, abriéndole la puerta mientras ella seguía la rutina de asomarse y decir algo al respecto hasta que Norman se saltó una de las habitaciones de la planta de arriba.

—¿Y esta?

—En esa no hace falta que entres. Está cerrada con llave.

Victoria casi imaginaba de qué trataba todo aquello después de haber escuchado la llamada telefónica.

—De acuerdo —murmuró, pasando de largo, siguiéndolo de cerca hasta llegar a su habitación.

—Además, no me gusta que me hagas preguntas o cuestiones mis palabras.

—No era mi intención.

Y no lo era. Simplemente había preguntado sin pensar, aunque admitía que sentía algo de curiosidad, pero no tanta como para hacer de sus dos semanas allí un infierno.

—Que no se repita.

—No lo haré.

—Mi habitación.

Victoria repitió lo mismo que en las otras, y miró el interior. Demasiado

serio, demasiado vacío.

—La que queda es la mía.

Y con eso había terminado de conocer la casa, ¿y ahora qué era lo que tocaba? Dudaba que fuera a pasearla por el jardín.

—Ya que conoce toda la casa, si tengo que pedirla que vaya a alguna o haga algo en una, no tendré que explicarle donde se encuentra, ¿verdad?

¿Así que para eso había sido el paseo?

—No. Está todo claro.

—Estupendo. Bajemos al despacho.

Los dos bajaron las escaleras en silencio y Victoria aceptó la cortesía de Norman cuando le abrió la puerta del despacho y la invitó a pasar primero.

—Como ya le dije antes... Siéntese —añadió al ver que ella permanecía de pie y pareció algo confuso, aunque Victoria notó lo rápido que recuperaba aquel hombre la compostura—, el servicio vendrá por las mañanas. Usted estará en su habitación sin salir. El servicio está avisado de no molestarla, así que no tendrá ningún problema.

—Sí, de acuerdo.

—A excepción de hoy, trabajo todos los días menos los sábados y domingos. Estaré ausente por las mañanas. Regresaré sobre las tres pero quiero que me esperes para comer y acudas a la puerta para recibirme.

¿Exactamente como un perro? Victoria notó como se erguía pero se detuvo prudentemente y trató de sonreír.

—Por supuesto.

Comenzaba a hartarse de dar siempre la misma respuesta.

—Como también le dije, cada noche o cada momento que yo lo desee, pasará a mi habitación.

—Por supuesto.

—Cuando salgamos...

Victoria levantó la cabeza, sorprendida.

—¿Salir?

El ceño de Norman se arrugó y Victoria cerró lentamente los labios, desviando la mirada con esfuerzo y miró de refilón la cicatriz que adornaba el lado de la cara.

—Perdón —musitó con esfuerzo.

—Cuando salgamos —insistió—, no iremos a ningún lugar donde espero encontrarme con alguien.

Desde luego que no, pero aún así Victoria no podía evitar animarse por

no tener que encontrarse encerrada allí todo el día durante dos semanas.

—Entiendo.

—Pero si por casualidad —el tono se hizo más duro y Victoria volvió a mirarle a los ojos—, se produjera un encuentro, te presentaré como una amiga y quiero que permanezca en silencio, que no diga nada.

Que no abriese la boca para dejarlo en evidencia.

—Lo he entendido.

Y perfectamente en realidad, pero solo tenían que ser dos semanas, después se olvidaría de todo aquello. Pero si al menos mientras podía disfrutar un poco de aire fresco, cualquier norma daba igual mientras ésta no fuera humillarla delante de los demás.

—Eso es todo. Tengo que trabajar... váyase, comeremos a las tres. Ya sabe donde está el comedor. La comida la han dejado preparada. Espero que no sea inconveniente que la tenga en la mesa a esa hora.

Y si era un inconveniente daba igual. Lo decía de manera muy bonita, pero en realidad era una orden... una a la que antes había intentado dar una explicación sin darse cuenta.

Victoria se levantó, poniendo las manos sobre la silla.

—Estará todo listo.

¿Cuánto de maldad había realmente en aquel hombre?

Le dio la espalda y salió de la habitación en silencio, cerrándola y se giró para mirarla.

—¿Por qué insistes tanto en pretender ser cruel?

Capítulo 5

Aunque Victoria estaba cada vez más segura que todo lo que Norman hacía era una puesta en escena tratando de mostrarse despiadado, la realidad era que después de una semana si era lo que pretendía mostrar, lo estaba consiguiendo.

Era mezquino, un completo déspota y lo demostraba cada vez que la requería para satisfacerse sexualmente.

Y lo peor de todo era que lo disfrutaba.

Durante las sesiones la ordenaba hacer cosas humillantes, posturas indecorosas y la tomaba siempre violentamente, sin cuidado, sin mostrarse dulce o amable y siempre la echaba nada más terminar o se iba impasible, dejándola en cualquier lado tirada si no había ocurrido en su habitación.

Pero todas y cada una de las veces, Victoria había llegado al orgasmo, sintiendo tanto placer que había creído que terminaría perdiendo el conocimiento.

Pero también estaban esos momentos en los que su presencia se hacía casi especial. Cuando comían juntos, cuando Norman se permitía algún momento para ver la tele con ella en el salón. Parecía hasta relajado y en ocasiones hasta había bromeado con ella o hablado como si la situación que les unía no era esa.

Pocas veces.

En cuanto se daba cuenta que sonreía reía o había bajado la guardia a su lado, se ponía muy serio, taciturno y la sombra que había en su mirada parecía agravarse, como si algo le atormentase y en algunas de esas ocasiones, era cuando la tomaba más duramente, como si quisiera dejar claro algo.

—Mañana saldremos a cenar.

—¿En serio?

Victoria se levantó y empezó a recoger los platos. Lo curioso de todo aquello era que desde el principio, Norman no se había quedado sentado, esperando a que ella los metiera en el lavavajillas, ni se marchaba. Se había levantado y había dejado claro que era una tarea que sabía hacer perfectamente y que la hacía regularmente.

—He quedado con alguien.

Eso era nuevo.

—¿Puedo saber con quién?

—Mi hermano.

Victoria estuvo a punto de dejar caer uno de los platos y miró a Norman sin intentar ocultar la sorpresa y prefirió ignorar la manera en la que había comenzado a latirle el corazón.

—Sé que no debo preguntar, pero me sorprende que me quieras llevar con tu familia.

—No hay diferencia de lo tratado hasta ahora —dijo él, dejando los platos en la fregadera.

Victoria siguió mirándolo.

—No entiendo.

—Espero que se mantenga callada.

Victoria parpadeó, confusa.

—¿Quiere que vaya a una cena con alguien sin que abra la boca?

—Eso es exactamente lo que he dicho.

Norman salió del comedor y Victoria se apresuró a ir tras él.

—Eso no es posible.

Norman se detuvo bruscamente y Victoria estuvo a punto de chocar con su espalda, pero consiguió frenarse a tiempo para ver la mirada colérica del hombre.

—Las normas nunca han cambiado. No se confunda. Prepárese para esta noche.

Victoria apretó los puños, manteniéndolos lejos de la mirada de Norman y tardó varios segundos en desviar finalmente la mirada de sus ojos.

—Ha quedado claro —murmuró con esfuerzo.

Norman se dio la vuelta al llegar a la puerta de su despacho para ver entrar a Victoria echa una furia en la cocina para terminar con los platos y sonrió débilmente.

De alguna manera encontraba muy divertido el autocontrol de esa mujer.

Había sido una sorpresa descubrir que la mujer que habían prometido en la casa de citas para la que trabajaba Victoria, sumisa, dócil y obediente, era únicamente un papel representado que le costaba mucho interpretar y que escondía una mujer con carácter, con mucho, para ser más precisos.

Al principio le había molestado, se había sentido engañado, pero al final

le había resultado una diversión morbosa a un punto que no sabía que existía.

Le intrigaba esa mujer, incluso había pensado en investigarla pero su parte del contrato le indicaba que debía respetar la intimidad y privacidad del personal enviado a realizar los servicios y eso era obvio que le traería problemas legales si se descubría.

Por ahora había decidido dejarlo estar pese a las recomendaciones de Philip que parecía más nervioso por el asunto que él.

—Ni siquiera sabes si tiene antecedentes.

—Eso me da igual.

—Ni si es drogadicta.

—Pr ahora lo disimula bien.

Philip había bufado, incrédulo.

—Quiero conocerla.

—¿Para qué?

Hasta Norman había notado como se ponía a la defensiva.

—Solo te pido verla. Me aseguraré que no hay nada extraño en ella y después os felicitaré sin remordimientos.

—¿Felicitarnos?

—¿Crees que soy ciego? Hasta sonrías de vez en cuando.

Norman se había enfadado, sin admitir que la presencia de Victoria le estaba endulzando el carácter. Se sentía de mejor humor y quería llegar a casa para verla, pero del mismo modo eso hacía que se sintiera más irritado. Sabía lo que era Victoria, sabía lo que había contratado; la forma de pensar que tenía en ese momento era la errónea.

Pero no le daba demasiadas vueltas a eso.

Al final había aceptado la propuesta de su hermano y habían decidido ir a cenar juntos, usando una de las normas de guardar silencio con la gente que él conociera únicamente para humillarla y hacer que Victoria terminara sacando su carácter. Quería verla furiosa, altanera, capaz de enfrentarse a él.

Pero por ahora lo había soportado todo, incluso las peores vejaciones a la que la había sometido.

Pero dudaba que una mujer así terminara soportando lo de esa noche.

Norman se asomó a la ventana y sonrió.

Capítulo 6

—Es un placer conocerte.

Victoria sonrió y estrechó la mano de Philip, el hermano de Norman y el de Susan, su esposa que parecieron un poco incómodos cuando ella se limitó a estrecharles las manos en silencio.

Durante toda la velada, la situación no mejoró. La hicieron preguntas y ella se limitó a mirarles, asintió y negó mucho con la cabeza y sonrió bastante más, pero no intentó ni abrir la boca, ni siquiera intentó decir nada cuando Norman eligió por ella el menú.

—Tiene prohibido hablar.

Eso les había dicho Norman cuando Susan, una mujer que tenía una mirada muy dulce le preguntó si le pasaba algo.

—¿Prohibido?

—Sí.

—¿Por qué? ¿Está enferma? ¿Es alguna recomendación del médico?

Victoria había fulminado a Norman con la mirada, pero él la había ignorado.

—No, yo se lo he prohibido.

—¿Qué?

Susan se había quedado indignada y Philip se había llevado las manos a la cabeza.

—No es tu dueño —le había dicho Susan, arrastrándola a un lado—. No tienes que obedecerlo.

Victoria había sentido la mirada de Norman fija en ella y solo había sonreído agradecida, sin decir nada.

—Para con esta estupidez.

Philip había intentado razonar con Norman, pero éste se había mantenido firme hasta que le dijo algo a su hermano en voz baja, donde ellas no consiguieron escuchar y después dejó el tema.

Solo Susan insistió, mostrándose enfadada, incluso con su marido.

—Es cosa de ellos —intentó calmarla—. No tenemos que meternos.

—Al final tú eres tan imbécil como Norman.

—No lo entiendes, Susan.

—¿Entender? —Susan los miró a todos, furiosa—, ¿Qué se supone que tengo que entender? Venga, hablar.

—La he comprado, Susan.

Philip suspiró dramáticamente y Susan los miró a los dos, primero a Norman y luego a ella, incrédula.

—¿Comprado? ¿Esto... esto es una especie de broma?

—No mira, Susan.

Philip se volvió hacia su mujer, pero Susan lo apartó sin prestarle atención.

—Quiero que me expliques esto, Norman. Y quiero que me lo expliques ahora.

—No hay nada que explicar. He comprado sus servicios durante quince días y le he ordenado que no hable. Eso es todo.

Victoria se mordió la lengua. En su vida había pasado un momento tan bochornoso. Sin pensarlo, o puede que decidida a que su integridad era más valiosa que la casa por la que estaba haciendo ese trabajo, se levantó bruscamente, haciendo que todos se callaran y la miraran y agarró su copa de vino y le tiró el contenido encima a Norman, recogiendo su bolso inmediatamente después y salió fuera del restaurante.

Todo ello en silencio.

—Espera.

Victoria se giró.

Susan corría fuera del restaurante y la agarró de los hombros.

—No tengo muy claro lo que estás haciendo, ¿planeas hablar o piensas seguir obedeciendo y en silencio?

Esa era una buena pregunta, pero dudaba que fuera a conservar el puesto de trabajo sin problemas después de lo que acababa de hacer. Aún así, respondió con un cabeceo, asintiendo en silencio.

—Sólo dime una cosa.

Susan se puso completamente enfrente de ella y le agarró de los hombros, mirándola muy seria.

Victoria asintió lentamente con la cabeza.

—Dime que lo haces porque quieres, no porque él te lo está ordenando.

Victoria lo miró agradecida y supo que en otras circunstancias esa chica y ella se harían amigas.

En otras circunstancias.

Victoria volvió a sonreír y asintió con más firmeza.

Sí, lo hacía porque ella quería pero cada día le resultaba más duro aquel trabajo. Le hubiera gustado conocer a Norman en otras circunstancias, hablar

con él, averiguar su pasado, su presente y egoístamente quería convertirse en la mujer que le hiciera superar la muerte de su mujer, aquella persona que hacía que aún se sentara con la mirada pérdida.

Quería poder permitirse enamorarse de él.

Quería que él la amase.

—Entonces no diré nada más.

Victoria volvió a asentir y escuchó con rigidez como Philip y Norman se acercaba a ellas. Susan se cruzó inmediatamente de brazos y se puso muy seria.

—Será mejor que no me dirijas la palabra en un tiempo.

—Vamos, Susan —protestó Philip a la defensiva—, ¿qué te he hecho?

—Más que suficiente.

—Susan...

Philip trató de acercarse a su mujer pero Susan levantó una mano para impedirle continuar caminando.

—Ni te acerques.

—¡Qué yo no he hecho nada!

—Y tú —Susan ignoró a Philip y señaló a Norman con una uña pintada de rosa.

—¿Qué pasa conmigo?

La sonrisa de Norman no decía realmente nada.

—Nada.

Susan sonrió, un instante, antes de levantar la mano y cruzarle la cara con una bofetada.

Victoria abrió mucho los ojos impresionada y miró la reacción de Norman.

Durante un rato, unos segundos muy largos, pareció que todo se detenía, y curiosamente, fue Norman el primero en reaccionar, llevándose la mano a la mejilla se la frotó exageradamente.

—¿Ya estás satisfecha?

Susan lo fulminó con la mirada.

—No lo suficiente.

—¿Quieres darme otro golpe?

—Si no te importa...

—Bueno, suficiente.

Philip se puso en medio de los dos, agarrando las muñecas de su mujer, tal vez por miedo a que la segunda bofetada se la llevase a él.

—Espero que nos volvamos a ver —gritó Susan, intentando despedirse de ella con una mano.

Victoria también se despidió con una mano hasta que se alejaron en el coche y los dos se quedaron a solas. Victoria se revolvió incómoda y miró de reojo a Norman que también la miraba.

—¿No es el momento de que hablemos de algo?

Victoria tardó unos instantes en girarse y mirarlo directamente, asintiendo en silencio.

Capítulo 7

—¿Ahora me está permitido hablar?

Norman contuvo una sonrisa ante el tono de reproche con el que estaba cargada la pregunta de Victoria.

—Pensaba que habías dejado claro que no te importaba ese punto en el restaurante.

—En ningún momento hablé.

Eso era cierto.

—¿Crees que quería que me tiraras algo encima?

Victoria se encogió indiferente de hombros.

—De eso no hablaban tus normas.

Y de hecho, es también era cierto.

—¿Así que piensas que como no hablaste, debo perdonarte tu actitud?

Victoria volvió a encogerse de hombros.

—Puedes hacer lo que quieras.

Estaba tan furiosa que le costaba mantener la compostura, pero Norman no podía admitir que era exactamente ahí donde la había querido tener.

—¿Te has olvidado de la posición en la que te encuentras?

—¿La posición?

—Eres una prostituta.

Por la manera en la que Victoria se movió y la forma en la que apartó el brazo del cuerpo, Norman sospechó que aquel sería el segundo golpe que recibiría esa noche, pero Victoria volvió a contenerse.

—Es cierto —admitió ella lentamente—. Y me gano muy bien el dinero cada noche, ¿o no te lo parece?

La furia brillaba en sus ojos y Norman sonrió finalmente, descolorándola.

—Si no te gusta esa manera, ¿por qué no lo dijiste?

Victoria abrió mucho los ojos y por unos momentos no hizo nada, pero esta vez Norman no vio venir la bofetada que le dio.

—¿Por qué no lo dije?

Victoria bajó la mano lentamente, por un momento con una expresión culpable por lo que acababa de hacer, pero Norman la agarró por la cintura y la barbilla, levantándole la cabeza para besarla con fuerza, devorando sus labios intensamente, haciendo que ella se derritiera en su abrazo y le devolviera el beso.

—Nunca te prohibí que dijeras lo que te gustaba o no —aseguró él, apartándose de sus labios de mala gana.

Victoria bufó, sin alejarse realmente.

—Nunca dijiste que pudiera hacer nada que no lo hubieras ordenado.

—Eso es cierto.

Norman sonrió.

—¿Entonces quieres que te diga lo que me gusta y lo que no?

—No estará mal hacer algo diferente para variar.

—Haces que suene que no te gustaba el sexo que estabas teniendo hasta ahora.

Norman se encogió de hombros, haciendo que Victoria entrecerrara los ojos.

—Reconozco que tenía su morbo.

—Bien, entonces, ¿por qué no me ordenas algo diferente?

—Hm.

Norman volvió a besarla.

—Primero volvamos a casa.

Capítulo 8

Victoria permitió que Norman le quitara lentamente la ropa, besándola dulcemente en los brazos, en el cuello, en la barbilla, en los pechos, que descendiera lentamente por su piel desnuda hasta que finalmente la tumbó sobre la cama y se tumbó sobre ella, buscando su mirada.

—¿Esto es realmente cómo quieres hacerlo?

Prefería preguntárselo para que luego no hubiera ningún problema.

Victoria ya había reconocido que le gustaba Norman, que le volvía loca y que daba igual la manera con la que le hiciera el amor; él conseguía hacerla experimentar el placer que tantos años había estado buscando.

Las manos de Norman, los lugares donde ellas tocaban hacían que se le elevara la temperatura.

—No preguntes nada ahora.

Los dedos de Norman rozaron sus labios para callarla y Victoria se los besó, succionándolos dentro de su boca.

—Pensé que no te gustaba de la otra manera.

Victoria sonrió.

—Quien sabe.

Norman apartó los dedos y se inclinó para besarla en los labios, acomodándose entre sus piernas y buscaba el acceso más fácil para penetrarla.

Victoria esperó la primera embestida ansiosa por sentir la carne de Norman dentro de ella, disfrutando de la dulcera de aquel hombre y deseando olvidar el único motivo por el que Norman la tenía allí

Ella había sido comprada... no tenía que olvidar eso.

Pero mientras Victoria enredaba los brazos alrededor del cuello de Norman y su cuerpo se estremecía de placer, su mente no estaba para recordarlo.

—¿Planeas cambiar algo de las normas que pusiste o piensas dejarlas como antes?

Lo ocurrido fuera del restaurante y después hacían que Victoria se sintiera capaz de hablar del tema.

Incluso Norman no la había echado de la habitación nada más correrse, sino que la había abrazado y aún se aferraba a su cuerpo.

—Seguramente.

—¿Y eso qué quiere decir?

Victoria se incorporó un poco, pero no tanto como para apartarlo de ella.

—Como has dicho, cambios tienen que haber.

Norman se levantó, apartando los brazos de ella y Victoria sintió miedo. Su expresión se había vuelto taciturna y parecía tener prisa de pronto por alejarse de ella.

—¿Norman?

—Quédate a dormir en la habitación.

Victoria esperó a que Norman saliera completamente para levantarse y moverse hacia el cuarto de baño a darse una ducha.

Había sido un día extraño, diferente y no sabía muy bien cómo decidir que había sido el final del día.

Por un momento había creído que entre ella y Norman había existido algo más que un contrato, pero en el momento que él había salido de la habitación, le habían dejado una sensación de angustia.

Posiblemente solo ella había terminado enamorada.

Victoria apoyó la mano en la pared y dejó que el agua siguiera cayendo sobre su cuerpo desnudo.

—Voy a sufrir.

Ya ni siquiera la importaba el dinero para la casa, pero no había marcha atrás.

Además, había conocido a Norman gracias a aquello.

Y gracias a aquello en cuatro días tendría que decirle adiós.

—Mierda —musitó, sintiendo un dolor en el pecho.

Capítulo 9

—¿Qué?

Norman miró a Victoria impasible.

Había estado toda la noche dándole vueltas al asunto, sin poder dormir, pero había llegado a una decisión y no solía echarse atrás.

—Creo que te dije que no quería que cuestionases mis palabras.

Victoria siguió mirándolo, bufó y apartó la mirada.

Estaba furiosa.

—¿Importa ahora?

Su voz ni siquiera disimulaba la rabia... y el dolor.

Norman había sospechado que sus sentimientos habían comenzado a ser recíprocos por la manera que aquella mujer lo miraba, trataba de hablar con él, o por la manera que se interesaba por su vida. No parecía curiosidad, sino interés real.

Y aquel dolor en su mirada y su voz se lo confirmaba.

—No me volveré a repetir, quiero que te vayas.

—Aún faltan cuatro días.

Pero él sabía que una relación así no podía funcionar.

—Ya no.

—¿Crees que puedo presentarme así sin más sin terminar el periodo de trabajo? Las cosas no funcionan de esa manera.

Parecía desesperada, pero Norman no podía saber si lo estaba porque él la estaba echando o porque había la posibilidad de que no le dieran el dinero del trabajo o tendrá problemas a la hora de conseguir otro.

Y eso último le enfermaba.

Esa era otra cuestión. ¿Con cuántos otros clientes antes que él había estado?

—No te preocupes por eso. Ya he llamado para avisar que saldrías antes.

Victoria lo miró rencorosa.

—¿Te ha molestado algo que hice?

—No.

No se trataba de eso.

—Ah. Claro —Victoria se echó a reír sin ganas, sin dejar de mirarlo enfadada—. Es por el vino que te tiré. Eso, ¿no?

—No tiene nada que ver.

—¿Quieres que te pida perdón?

—No.

—¿Entonces?

—Ya he llamado. Quiero que prepares tus cosas y te vayas.

Victoria se levantó bruscamente, echando la silla hacia atrás.

—¿A esto es a lo que tú llamabas hacer algunos cambios?

Norman también se levantó.

—Son los únicos cambios que pueden existir.

Victoria respiró con fuerza.

—¡Bien! Si es lo que quieres, me iré.

—Es lo que quiero.

Victoria se dio la vuelta y salió del despacho rápidamente, cerrando la puerta a su espalda.

Norman se levantó y se aseguró que Victoria realmente se había marchado a su habitación antes de volver a sentarse y marcar el número de Philip.

—¿Sabes el problema que me has causado con Susan?

Norman sonrió al recordar a Susan.

—Fui yo el golpeado.

—Muy gracioso.

—Además, fuiste tú quien quiso conocer a Victoria.

—Eso aun tiene más gracia.

—Sí la tiene.

—Y dime, ¿te quedaste satisfecho con la reacción de Victoria? Al menos se reveló. Es lo que querías, ¿no?

—Quiero que hagas algo por mí.

—¿Algo? ¿Que ocurre?

—Quiero que busques información de una persona.

—¿De quién?

—De Victoria.

—Alguna información extra de ella tendrás, ¿verdad? Aparte de su nombre.

—Te la enviaré por fax ahora.

—De acuerdo.

—Por cierto, llévale flores a Susan.

—Sí, sí.

Norman sonrió y colgó, dejando el teléfono en la mesa.

Ahora era cuando más tenía que hacer.

Capítulo 10

Victoria se mantuvo de pie.

—¿No quiere sentarse de verdad?

—No.

No quería sentarse. Miró a la señora Waite con la mandíbula tensa, demasiado rígida y dolida como para alargar eso durante más tiempo.

—¿Sabes el motivo por el que has sido enviada antes del tiempo contratado?

Victoria apretó los puños y los mantuvo en los costados.

—Supongo que no estaba satisfecho con mis servicios.

Al menos no le tembló la voz cuando habló.

—No, en absoluto.

La mujer dejó las gafas sobre la mesa y entrelazó las manos, mirándola fijamente.

—¿Cómo?

—El cliente nos dejó bien claro que ha quedado muy contento contigo, pero cuando le hemos preguntado por qué te enviaba antes, no nos ha dado una respuesta. Nos gustaría saber el motivo.

Victoria sintió una punzada en el pecho y negó lentamente con la cabeza.

—No... lo sé.

—¿Hiciste algo que pudo molestarle?

¿Aparte de tirarle el vino a la cara?

—No.

Al menos, por lo que había ocurrido después no parecía haberse molestado mucho. Incluso él lo había negado.

—¿Dijiste algo?

—No.

—¿Entonces se aburrió de ti?

—¿Aburrirse? ¿Qué quiere decir?

—Mira, Victoria, en este trabajo, si quieres continuar, tienes que saber no solo comportarte como él quiere, sino hacerle sentir tan bien que sea tan duro dejarte ir que vuelva a requerir tus servicios lo antes posible.

¿Así que era eso? ¿Norman se había aburrido de ella?

Victoria miró hacia otro lado.

—De todas formas no quiero continuar en el trabajo.

La señora Waite te echó hacia atrás y recuperó las gafas.

—Como verás, no se te pagará todo el dinero. ¿Estás segura de no continuar? Muy pocas son las que no cometen algún error al principio, se te puede perdonar.

—No, está decidido.

Después de todo, la experiencia le había ayudado para darse cuenta que no estaba hecha para aquello.

—¿Ya tienes un nuevo trabajo?

—No.

Y también perdería la casa familiar, pero después de todo, ya no lo veía tan duro. Los recuerdos de sus padres seguían en su memoria y en todas las fotografías y objetos que se llevaría con ella.

—Como quieras entonces.

—Gracias.

Victoria salió de la casa sin mucha prisa y caminó por la calle abstraída, dejándose llevar hasta coger el autobús.

Sabía que serían las últimas semanas en la casa de sus padres. Tenía mucho que hacer. Debía meter todo lo que quería llevarse en cajas, hacer maletas y contratar a un camión de mudanzas. Posiblemente se quedaría en casa de Luisa mientras buscaba una nueva casa, si no la encontraba antes.

Cuando bajó del autobús y caminó los pocos metros, se detuvo frente a la casa de dos plantas y sintió que se le escapaban las lágrimas, no tanto por la casa, sino porque sentía cómo se le desgarraba el corazón.

Amar no había sido tan bueno después de todo.

Durante las próximas dos semanas, Victoria no dejó de trabajar hasta tenerlo todo listo para cuando llegaran los de la mudanza al día siguiente. También había llamado para algunas entrevistas de trabajo que tendría la semana que viene y había encontrado una bonita casa a las afueras donde el alquiler era bastante razonable.

Todo parecía ir bien.

Excepto por su corazón.

—Está todo listo —aseguró a Luisa por teléfono.

—Al menos pasarás una noche en mi casa, ¿no? Has tenido tanta prisa por encontrar una casa...

—Prefiero vivir en mi propia casa.

—Pero si paso poco tiempo en casa. Ya sabes trabajo.

Victoria puso los ojos en blanco.

—Prefiero que no me des detalles.

—Sabes —enfaticó su amiga— que no puedo darte detalles.

Las dos se echaron a reír, pero Victoria notó como se le contraía el estómago al pensar en Norman.

En aquel momento llamaron a la puerta.

—Espera, Luisa, están llamando. Igual son los de la mudanza.

—¿No era mañana?

—No sé...

Fue hasta al puerta y la abrió, quedándose completamente helada cuando vio a Norman en el otro lado, incapaz de decir nada.

—Hola —saludó él con una sonrisa.

Victoria se fijó que se había dejado el cabello suelto y echado hacia el lado de la cicatriz para ocultarla.

—¿Victoria? —escuchó que la llamaba Luisa desde el otro lado del teléfono.

—Te llamo luego —consiguió reaccionar.

La colgó y apartó el teléfono de la oreja, sin apartar la mirada de Norman.

—¿Sorprendida?

—¿Qué haces aquí?

Victoria miró a su alrededor, analizando la calle como si realmente hubiera pasado algo.

—Venía a verte.

—¿A mí?

—¿Vive alguien más?

—No... Lo que quiero decir es... ¿para qué? —De pronto se dio cuenta de a situación y se cruzó de brazos—. Ya no trabajo en la casa de citas, así que mejor será que...

—Ya lo sé. Por eso he venido.

—¿Qué?

—De hecho pensé que tendría que convencerte para que dejaras ese trabajo, pero me has quitado un peso de encima.

—No te sigo.

Y vaya si no le seguía, pero su corazón no había dejado de latir en ningún momento.

—Te lo dije, ¿no? Quería que hubieran cambios.

Victoria parpadeó confusa, recordando al conversación que habían tenido hacía más de dos semanas.

—Sí, pero no dijiste que sería después de...

—Como comprenderás, no quería una relación basada en el dinero, por así decirlo.

Victoria se echó a reír.

—Una manera muy fina de decirlo.

—No te pegaba ese trabajo.

—Me trataste fatal.

—Pensé que sería el único modo de hacer que mostraras el carácter que escondías fatal.

Victoria se indignó.

—¡Lo hice muy bien!

—Fatal.

—Vale, da igual... ¿qué quieres... ahora de mí?

—Sólo te quiero a ti.

—¿Qué?

—¿Quieres salir conmigo? Una relación normal, por supuesto.

—Por supuesto... —Victoria se hizo de rogar, fingiendo que se lo pensaba—. Vale, sí, aunque esta vez seré yo quien ponga reglas si hay que ponerlas.

—Depende de cuales.

—Ya veremos.

Norman la agarró por la cintura y Victoria dejó que la estrechara y acariciara su mejilla antes de besarla dulcemente en los labios.

—Me pregunto qué dirá Philip y Susan —comentó, de pronto preocupada.

Era verdad. Su hermano y su mujer sabían a lo que ella se había dedicado.

Norman se puso a reír.

—Susan estará encantada y Philip feliz de que Susan esté encantada.

—Oh, bueno, en ese caso...

Victoria lo agarró de la nuca y volvió a besarlo.

Aún quedaba mucho por hacer, pero tal ahora ya no veía su futuro tan oscuro.

FIN

DEL OUDIO AL AMOR

MEGAN GALÁN

CAPITULO 1

—¿Quién eres tú?

Michy miró alucinada al hombre que le estaba hablando en ese momento. Una parte de ella quería creer que en realidad aún estaba durmiendo. Sí, un sueño.... ¡y vaya sueño! Ya que hasta ahora los sueños que recordaba no incluían a hombres desnudos compartiendo su cama, ¡y qué hombre! No era cualquier hombre, sino uno de esos que tan sólo salen en el interior de las novelas románticas y que evidentemente no existen en la vida real.

El hombre que estaba incorporado a su lado, con el torso completamente al descubierto y mostrando unos perfectos cuadraditos que señalaban el duro trabajo de un deportista, tenía el pelo revuelto de un color caoba y sus ojos de un verde claro la examinaban entre la sorpresa y la rabia.

—Para ser un sueño no está mal.

—¿Un sueño? ¿Eres una chalada o algo de eso?

Michy hizo una mueca. No todo podía ser perfecto ni aunque fuera un sueño. Suspiró y miró a su alrededor.

No conocía la habitación, aunque parecía que su cerebro trataba de recordar la manera en la que había llegado hasta allí. De reojo vio como su sosa lencería con sus braguitas blancas y su sujetador del mismo tono, estaban tirados en el suelo junto al resto de la ropa e hizo una nueva mueca.

—¿Me estás escuchando?

—¿Hm? —Michy se llevó una mano a la cabeza y se apretó las sienes para tratar de aliviar el dolor—. No grites, ¿quieres?

—¿Quién eres? ¿No sabes responder a eso?

—¿Quién eres tú? —soltó ella finalmente mientras iba despertándose poco a poco y miraba la situación de otra manera—. ¿Por qué estás aquí?

—¡Es mi habitación!

Michy no respondió a eso y comenzó a hacer el esfuerzo titánico de recordar qué hacía allí.

Recordaba haber ido de fiesta con unos amigos después de haber pasado la etapa de la depresión tras la ruptura con Emilio y recordaba haber bebido mucho mientras bailaba como una posesa...

—¡Jamás volveré a relacionarme con un hombre! ¡Nunca!

Michy recordaba esas palabras tan nítidamente como si hubiera sido ese

mismo momento cuando las había dicho y no la noche anterior y echó un nuevo vistazo de reojo al impresionante hombre que se había cruzado de hombros, sin tener mucha prisa por levantarse y vestirse.

Era evidente que su nunca abarcaba un espacio de tiempo muy corto.

Y no se arrepentía...

O no se hubiera arrepentido de nada si se hubiera acordado de algo ya que su cerebro estaba completamente negro en ese momento. O puede que fuera blanco la expresión más usada, pero como fuera, no se acordaba nada de lo que había pasado entre ellos.

¿Era correcto preguntarle sobre eso al desconocido con el que acababa de amanecer? ¿No decía algo la escasa ropa que vestían? Sus cuerpos desnudos debían hablar por si solos... pero aún así...

—Oye... nosotros...

El hombre la miró receloso y con un suspiro exasperado cerró los ojos y se echó el cabello hacia atrás con una mano.

—Esto es de locos.

—¿Lo hicimos? —insistió ella.

—¿A ti qué te parece?

Michy hizo una mueca.

—Si te lo estoy preguntando es porque no me acuerdo. Lo último que recuerdo es que estaba emborrachándome en un bar y después que estoy en la cama con un completo desconocido.

El hombre la miró fijamente.

—¿Ves esta habitación?

Michy enarcó una ceja y miró a su alrededor de nuevo. Estaban en un hotel. Eso era evidente. Una buena habitación, no una de esos hoteles que ella solía frecuentar cuando viajaba.

Y había rosas por toda la habitación; una mezcla entre rosas, rojas y amarillas y el ambiente olía a un aroma dulzón a coco.

Michy volvió a mirarlo.

—Sí.

—No era a ti a quien esperaba. Y ni siquiera sé cómo conseguiste entrar sin la llave.

—Acabo de decir que no me acuerdo, ¿vale? Y si esperabas a tu novia... ¿es que no puedes diferenciarla? —El hombre le lanzó una furiosa mirada y Michy se cruzó de brazos, nada dispuesta a ceder—. En la cama, estoy hablando.

Los ojos verdes del hombre llamearon y salió de la cama, mostrando su cuerpo desnudo en todo su esplendor. Michy bajó la mirada sin darse cuenta hacia el sexo del hombre y enarcó una vez más las cejas, impresionada y una vez más, sintió lastima por no recordar nada de la noche pasada.

—Fuera.

La voz del hombre la sacó de su ensoñación y levantó la mirada hacia los ojos del hombre. Éste había recogido su ropa y comenzaba a vestirse.

—Claro, primero te acuestas conmigo y después largo, ¿es eso? —dijo despacio, arrastrando las palabras con cuidado, sintiéndose humillada—. Eso lo dice todo de ti.

—¿Así que es eso?

Michy se inclinó para recoger su ropa interior también, intentando mantener la poca dignidad que le quedaba y volvió a mirarlo con ella en la mano. El hombre había terminado de vestirse, luciendo aún más imponente con su traje negro y su camisa azul celeste. La corbata la tenía en la mano, pero la echó sobre la cama y se acercó a la mesa redonda que había en la habitación contigua y regresó con una cartera.

—¿Cuánto quieres?

Michy apretó los puños, furiosa. Nunca se había sentido tan mal ni tan humillada, ni siquiera cuando Emilio le había dicho que se había cansado de ella y no quería continuar con su relación.

—¿Cómo has dicho?

Ni siquiera reconoció su propia voz.

—Se trata de eso, ¿no? —El hombre le lanzó una fajo de billetes que cayeron sobre la cama, frente a ella—. ¿Cuánto quieres para mantener tu boca cerrada?

Michy bufó, o al menos hizo algo parecido a eso y se apartó de la cama, manteniendo la cabeza erguida y sin tocar el dinero. Estaba tan furiosa que admiraba su autocontrol en ese momento. Se vistió tranquilamente, aunque se dio más prisa de la que habitualmente hubiera dedicado en esas circunstancias y se detuvo frente al hombre que la miraba con esa arrogancia que comenzaba a fastidiarla.

¿De verdad entre todos los hombres que podía haber encontrado en la calle tenía que haber sido alguien como él? ¡Era tan irritante!

—¿Sabes? Sólo de pensar que he podido haberme acostado contigo me da asco —El hombre enarcó una ceja y Michy lo ignoró—, pero créeme, por mucho dinero que tuvieras —y por las pintas suponía que no debía ser poco

—, jamás podrías comprarme.

—Eso es lo que dices, pero luego vendrás a pedir dinero, ¿no es así como funciona esto?

—No sé en qué asqueroso mundo vives tú, pero en el mundo en el que yo vivo no suceden esas cosas. Tampoco, claro —añadió poniendo las manos en la cadera—, había conocido antes a un imbécil como tú.

El hombre bufó.

—No te me pongas chula...

—Cierra la maldita boca.

—Está bien —dijo él una vez más, rompiendo el silencio que se había creado y en el que ninguno había querido ceder y apartar primero la mirada. Sacó algo más de la cartera y Michy miró sorprendida la tarjeta del hombre—. Tómalala. Pon una cifra y llama a ese número. Te dejo tiempo hasta para pensarlo. No todos estarían dispuestos a hacer eso.

Al ver que ella no trataba de coger la tarjeta, el hombre hizo una mueca y pareció decir algo en otro idioma antes de lanzarle la tarjeta que cayó al suelo, a sus pies.

Cuando el hombre salió de la habitación, Michy era incapaz de contener los temblores de la ira.

CAPITULO 2

Leonard se acomodó en la silla y se quitó las gafas un momento, dejándolas sobre la mesa mientras se frotaba los ojos cansado.

Amalia volvería en unos días y su felicidad había quedado reducida a una simple noche con una vulgar fulana. No recordaba como la mujer había llegado a la habitación, pero sí tenía recuerdos y demasiado vivido para su gusto, de la manera que la mujer se había estremecido bajo su peso, el dulce néctar de sus labios, su piel suave... Él estaba enamorado de Amalia y era lo único que importaba.

Pero esa mujer no había llamado aún.

—¿Cuánto dinero puede querer para que esté tardando tanto?

Era desesperante y más la ansiedad de que Amalia pudiera enterarse de lo ocurrido. Llevaban saliendo por más de ocho años y su familia ya daba por hecho que se casarían en breve, o, al menos, que anunciarían pronto un compromiso oficial, pero aunque él y Amalia habían comenzado a salir sabiendo lo que sus familias esperaban de ellos, el interés sexual había ido perdiendo fuerza y poco a poco se habían distanciado en busca de otros amantes pero siempre con la mayor discreción posible, jamás en algún caso que pudiera llevar al escándalo o a algún contratiempo entre alguna de las dos familias.

Tanto su familia como la de Amalia no sólo esperaba asociar las dos familias y empresas, sino que deseaban la llegada de un heredero.

Algo que tanto él como Amalia habían hablado y estaban de acuerdo.

Pero el problema era esa mujer y las altas posibilidades de que apareciera creando un escándalo.

—Debí haberle pedido yo el teléfono.

Como si lo hubiera invocado, en ese momento comenzó a sonar el teléfono y Leonard lo descolgó rápidamente, escuchando la voz de su secretaria al otro lado de la línea.

—Presidente, tiene una llamada de una mujer que no ha querido dar su nombre. Ha insistido en hablar con usted, pero si quiere le digo que...

—No, pásemela.

—De acuerdo. Y el señor Astern dice que quiere verlo...

—¿Tengo alguna cita organizada?

—No hasta la hora de la comida que ha quedado para verse con los accionistas de Mcbell.

Leonard agarró de nuevo las gafas y se las puso para revisar unos papeles.

—Bien, dile que entre y pásame la llamada.

—Sí, señor.

Leonard colgó el teléfono y un minuto después volvió a sonar. Dejó que sonara durante unos segundos, y justo cuando la puerta del despacho se abría y entraba su amigo, descolgó el teléfono.

—Soy Leonard Appeld, ¿en qué puedo ayudarla?

—¿Se acuerda de la mujer con la que pasó una noche, señor Appeld?

Leonard hizo unas señas a su amigo para que se sentara y éste hizo una mueca, preguntándole quien era, pero no le respondió. Llevaba tiempo esperando esa llamada y esperaba poder zanjar ese tema de una vez por todas.

—Esperaba su llamada, señorita...

—Llámeme Michy.

—De acuerdo, Michy, ¿ha decidido una cifra?

Hubo un prolongado silencio al otro lado de la línea.

—Déjese de estupideces.

Leonard enarcó una ceja. ¿Cómo podía haber cometido tal error con una mujer así?

—¿Qué es lo que quiere entonces?

—¿Querer? Si puede darme lo que quiero, entonces desaparezca. O mejor, haz que tu existencia desaparezca.

Leonard bufó y volvió a quitarse las gafas. ¿Por qué tenía que hacerlo todo tan complicado esa mujer?

—Sea razonable...

—El único motivo por el que le he llamado —le interrumpió ella, haciendo que se sintiera aún más irritado—, es porque estoy embarazada. ¿Cómo piensa solucionar eso?

CAPITULO 3

—¿Te has vuelto loca?

Michy dejó la ecografía sobre la mesa y miró a Amy que la observaba con la boca abierta. Desde que había colgado el teléfono había mantenido esa extraña expresión en la cara.

—¿A ti qué te parece?

—Si te lo estoy preguntando es porque no lo sé.

—Esa pregunta está de más, lo sabes, ¿verdad?

—No, no, tú te has vuelto loca. Debe ser eso o no habrías hecho semejante locura.

Michy bufó y sacó un cigarrillo, encendiéndolo difícilmente por el temblor de las manos. Aún le enfurecía pensar en la manera que lo había tratado el idiota ese. ¿Qué se había creído? Encima que se aprovechaba de su estado de embriaguez, la echaba como si fuera un objeto reciclable.... Ni eso... había sido literalmente de usar y tirar.

Hasta ese momento.

Amy había regresado de Londres donde se había ido a vivir con su novio. Una vuelta demasiado repentina, por supuesto, igual que la llamada, ya que llevaban dos años prácticamente sin saber la una de la otra. Nada en particular realmente, sino que las dos habían ido por caminos separados y las promesas de eternamente amigas siempre es ambigua, ya que la distancia y el alejamiento no son muy compañeras de la palabra amistad. Y ciertamente había sido muy repentino. Amy regresaba porque lo había dejado con su novio. Y no volvía sola. Estaba embarazada.

Había sido una locura, lo sabía, pero la idea se le había ocurrido de pronto, después de ojear las ecografías del bebé de Amy.

—Sólo quiero venganza.

—Oh, vamos, ese tipo no parece ser alguien normal, es mejor que lo dejes pasar.

—No puedo dejarlo pasar. Desde entonces no duermo.

—Sí que lo haces. Te recuerdo que vivo contigo.

Temporalmente. Es lo que Amy le había pedido cuando fue a buscarla al aeropuerto. Aún no había hablado con sus padres y no tardó en descubrir que

no le había dicho a su novio, quien por lo visto la estaba engañando con otra, que estaba embarazada.

Pero ella no era nadie para aconsejarla. Desde la muerte de su padre, Michy se había marchado de casa y no había llevado una vida muy digna de admiración por parte de su madre. Era evidente que no era de ella de quien hablaba en las tertulias de martes cuando se reunía con sus amigas.

—Ya sabes a lo que me refiero.

—Y por casualidad, ¿has pensado en lo que ocasionará tu mentira?

Michy sorbió el resto del café y dejó la taza sobre la mesa; después miró a su amiga con prepotencia.

—¿Se supone que eso debería importarme?

—Se supone que sí, ¿no?

Amy cogió la ecografía y la guardó en la carpeta antes de volver a meterla en el bolso con cariño. Era increíble el poder que tenía un pequeño gusano en la tripa de una... pero al fin y al cabo, Michy no sentía ningún instinto maternal.

—A ver, ¿cómo qué?

—¿Y si tiene esposa? ¿Lo has pensado?

Michy suspiró y miró las manos de su amiga.

—Si tiene esposa, novia o pareja... ¿debo recordarte que ya la ha engañado? ¿Qué crees que pasó conmigo? ¿Una taza de té y a dormir como dos santos?

—Bueno...

Ya estaba. Amy había entrecerrado los ojos. Era evidente que ese tema no lo pasaría por alto. ¿Acaso ella no había vuelto a Boston porque su novio la había engañado con otra?

—Y si lo hizo conmigo, ¿con cuántas más lo haría?

—¿Y si solo estaba borracho? Me dijiste que no se acordaba.

Michy bufó, fastidiada.

—¿Y eso justifica lo que hizo? Además, parecía muy acostumbrado a pagar por ese tipo de servicios...

Michy apretó con fuerza alrededor de la taza. Aún le hervía la sangre al recordarlo... ¿Qué se había creído ese hombre para lanzarle dinero y despreciarla de esa manera? Respiró con fuerza y vio de refilón como Amy también apretaba los labios.

—No, nada lo justifica.

—Además, tú no tendrás que hacer nada, sólo prestarme las ecografías...

Amy asintió débilmente con la cabeza y suspiró.

—Está bien —dijo con determinación—, te ayudaré —Y levantó la taza hasta llevarla hasta los labios, sin dejar de mirarla—. Pero te informo que sigo pensando que te traerá problemas. Si fuera yo dejaría pasar el asunto y me olvidaría. No es como si fuera la primera vez que te despiertas con un tío después de una borrachera.

Michy hizo una mueca.

—Sí, cierto, hace años, ¿vale? Ya ni lo recordaba. ¿Cuántos años crees que tengo ya? ¡Eso pasaba de adolescente! Además, nunca fueron desconocidos.

—No... —Amy sonrió desdeñosa tras la taza—, te despertabas con alguno de los chicos del grupo. Creo recordar que siempre decías que te querías morir.

—Oh, bueno —gruñó Michy. No tenía muchas ganas de recordar aquellos fatídicos días de su juventud—. Pero esto es distinto.

Amy sonrió más ampliamente.

—Cuando te arrepientas te lo recordaré.

Michy farfulló algo sin sentido y giró la cabeza.

—¡Como quieras!

CAPITULO 4

Leonard se paseó por el aeropuerto. Había pedido a su sequito de secretarios, ayudantes y de más miembros de su empresa que su padre siempre hacía que fueran con él a todos lados en horas de trabajo, que lo dejaran solo. También le había pedido a su amigo que se olvidara de él por un tiempo. En realidad su amigo no había puesto ninguna objeción, no como los otros, que se habían mostrado escandalizados y habían dudado antes de reaccionar y moverse en círculos hasta desaparecer de su vista. Pero antes de marcharse y darle unos cuantas palmaditas en el hombro, se había inclinado y le había susurrado buena suerte... ¡Como si la necesitara!

—¡Esto es increíble!

Un hijo...

Sólo de pensarlo le entraban escalofríos. Lo primero que se le había pasado por la cabeza era que la muy fresca había buscado la manera de quedarse embarazada y hacerle creer que era su hijo para conseguir su apellido en el registro matrimonial... algo que si no su padre, su abuela lo casaría por la fuerza a menos que estuviera dispuesto a que desheredara a toda la familia por su culpa.

No le preocupaba mucho cortar con los hilos familiares cuando lo odiasen al punto de repudiarlo. Al menos en ese momento no le preocupaba demasiado, pero de ahí a perder el estilo de vida que había llevado gracias al dinero de sus antepasados y que algún día heredaría de su padre cuando éste lo heredara de su madre....

Se detuvo de golpe y revisó la hora.

Genial. Encima Amelia se retrasaba bastante.

—Un hijo...

Mierda. Por muchas vueltas que le diera, por mucho que no lo aceptase, no podía negar que los argumentos de esa mujer no habían sido razonables.

—No quiero casarme contigo —había dicho ella con un tono de voz irritado al otro lado de la línea—. ¿Qué te has creído que eres para que pudiera tan siquiera pasármeme por la cabeza algo tan estúpido? Eres insoportable y encima no debió ser un gran polvo si no siquiera puedo acordarme. Olvídate de esas gilipolleces. Es tu culpa que esté embarazada y

ahora quiero que te responsabilices. Me da igual como. Yo no pienso cargar con toda la responsabilidad así que haz algo.

Él se había reído. Leonard no recordaba haberse reído tanto en tan poco tiempo.

—¿Bromeas? ¿Te has creído que soy tan tonto como para estar dispuesto a cargar con la responsabilidad de otro? Esto es absurdo.

Y ahí debía haber terminado todo, pero ella se había mostrado serena, puede que lo hubiera insultado varias veces más, pero al final le había dicho que no había ningún problema, que a ella no le importaba abortar siempre y cuando él pagara por el aborto y moviera todo el asunto legal y, por supuesto, que estuviera con ella en todo el proceso... y si nacía, tampoco le importaba que hiciera las pruebas de paternidad.

—Como sea...

Al menos ella estaba convencida de que él era el padre.

—¡Leonard!

Leonard se giró sorprendido y miró a la mujer que caminaba con la elegancia y naturalidad de siempre hacia él, atravesando el largo pasillo concurrido del aeropuerto.

Amalia era, sin lugar a dudas, una mujer hermosa. Le gustaban sus grandes ojos y su piel bronceada y suave. Sería una esposa perfecta; una esposa perfecta para él. Los dos lo sabían. Al menos lo serían si él conseguía acallar su pequeño problemilla.

—Amalia.

—¿En qué estabas pensando para no verme llegar?

—En nada en concreto.

—¿En serio?

La mujer se detuvo frente a él y le sonrió mostrando unos perfectos dientes blancos y le dio un rápido beso.

—Sí, por supuesto.

—¿Sabes, Leonard? Te conozco desde hace demasiado tiempo como para no saber qué expresión pones cuando estás preocupado por algo.

—No puedo engañarte entonces.

Leonard tomó su equipaje y señaló la salida con una mano para animarla a salir del aeropuerto.

—No, no puedes —aceptó ella, caminando a su lado mientras buscaba algo en su bolso—. Te he traído un regalo.

—No hacía falta que te molestaras.

—Sabes que no es una molestia, ¿verdad? Al fin y al cabo nos convertiremos en una pareja casada en muy poco tiempo.

—Eso... es verdad.

Sí, así era como tenía que ser y así era como sería. No había nada que pudiera interponerse en sus planes, en su prometedor futuro. Y mucho menos una mujerzuela que no sabía ni de donde había salido.

—¿Leonard?

Leonard miró a Amalia. Habían salido del aeropuerto y sin darse cuenta habían comenzado a andar en círculos. Se ubicó rápidamente y señaló la dirección opuesta con la cabeza.

—Es por allí.

—¿No has traído a tu chofer?

—No puedo estar siempre con ellos.

—No es lo que opina tu familia. Ya es bastante raro no ver a tus empleados detrás de ti, como una gran escolta, como para que ahora me sorprendas con la idea de que vas a conducir tú.

—Hay algo de lo que tenemos que hablar.

—Algo... dices.

—Sí.

Amalia no le miró. Mantenía la sonrisa tranquila, sin reflejar sus emociones, y caminaba con la cabeza alta y la mirada al frente.

—Y supongo que ese algo no debe oírlo nadie más.

—No sería prudente.

—De acuerdo —aceptó ella, esperando a que Leonard le abriera la puerta del vehículo—. Veamos qué es eso que me tienes que decir que nadie más puede oír.

CAPITULO 5

Amalia no dejó de enredar con el teléfono en ningún momento. Leonard bebió distraídamente el líquido de su copa, expectante. Sabía que era la manera que Amalia lo estaba castigando.

Aún no habían hablado pero después de los años que se conocían sabían cuando uno de los dos había hecho algo que el otro no consideraba apropiado. Amalia había leído entre líneas el malestar que a él le producía la situación en la que se encontraba y ella había decidido que no iba a gustarle. De esa manera, ya había comenzado a castigarle, ignorándole y dando prioridad a su posible amante o sus amigos

Volvió a llevarse la copa a los labios y miró hacia la calle un segundo. Le gustaba ese tipo de clima aunque no solía frecuentar esos clubs a los que Amalia le gustaba tanto ir. Él era más del aire libre mientras que a ella le gustaban los ambientes refinados y ostentosos; el lujo y la sobriedad.

—Está bien. Ya puedo atenderte —Amalia dejó el móvil a un lado de la mesa, muy cerca de su bolso y cogió delicadamente el asa de su taza, sin llegar a tocarlo más que lo justo, llevándosela un instante a los labios.

Amalia era pura delicadeza; era todo lo que una mujer de alta cuna y de esa parte de la sociedad requería en una mujer digna de un hombre como él.

—Es importante, Amalia.

—Sí, me lo imagino si has tomado tanto interés en esconderlo y tienes tanta prisa por decírmelo. Ni siquiera has dejado que vaya a descansar y a asearme.

—Lo siento.

—Por supuesto, querido, ¿y bien? ¿De qué se trata todo este misterio?

—El otro día conocí a una mujer.

Aunque no era lo más apropiado decir que la había conocido, ya que en realidad no sabía nada de ella. Eso, posiblemente, junto al niño que decía que esperaba, era lo más preocupante de todo ese asunto.

Amalia levantó la mirada y clavó en él sus claros ojos.

—¿Y qué intentas decirme con eso? —Por supuesto, no es como si a ella le sorprendiera que él conociera a otras mujeres. Habían llegado a un acuerdo. Ella tenía sus propios amantes que la sabían satisfacer correctamente

—. ¿Vas a decirme que te has enamorado de ella?

—¡No! Nada de eso.

¿Enamorarse? Leonard sonrió con desdén y dio vueltas al licor de la copa, sin apartar la mirada del interior de ésta.

—¿Entonces cuál es el problema? ¿No puedes mantenerla atada en corto?

—Amalia buscó algo en su bolso y sacó un pequeño estuche que dejó sobre la mesa y lo empujó hasta él—. Mi regalo.

Leonard miró el estuche unos segundos y después lo cogió y lo abrió, descubriendo un encendedor de oro. En él, Amalia había grabado sus iniciales. ¡Muy conveniente! Levantó la mirada y la clavó en el rostro de la mujer.

—No tenías que haberte molestado.

—Quería hacerlo.

—El problema no es tan sencillo, Amalia.

Y mucho menos para que ella lo diera por zanjado tan rápidamente.

—Si la chica quiere encontrarse contigo en público y que la cojas de la mano y tú aún no te has aburrido de ella, ¿por qué no la llevas de vacaciones a otro país? Prueba con algún país asiático, úsala todo el tiempo y abúrrete rápido de ella. Si te da problemas dale dinero y resuelve el problema en silencio.

—No quiere dinero.

Jamás borraría la mirada de odio y rabia que la mujer le había lanzado cuando él le había dado dinero cuando despertaron. Por un momento, Leonard había estado seguro que se lanzaría sobre él y lo golpearía.

—¿No quiere dinero? —Amalia rió suavemente—. Chica lista. ¿Qué te ha pedido? ¿Quiere que te cases con ella?

—Tampoco.

Amalia enarcó una ceja.

—¿Y qué quiere?

—No es que quiera nada.... —Leonard hizo una pausa y suspiró—. En realidad no sé lo que quiere.

—¿No sabes lo que quiere? —Amalia dejó la taza sobre la mesa y puso las cuidadas manos sobre la mesa, mostrando su bonita manicura francesa de un tono rosado—. ¿Se puede saber qué es lo que intentas decirme? Leonard, estoy cansada, acabo de llegar de un largo vuelo y ¿me hablas con rodeos?

—Está embarazada, Amalia.

La mirada de Amalia se ensombreció por un momento y luego entrecerró

peligrosamente los ojos.

—¿Embarazada?

—Eso parece.

—¿Estás seguro que sea tu hijo?

—No.

Amalia tomó aire con calma y miró a su alrededor como si de pronto temiera encontrarse con alguien; después se inclinó hacia delante.

—¿Cómo has podido cometer un error tan grande?

—No quiero hablar del asunto, Amalia. Te informo de lo que sucede. Yo solucionaré el problema.

—¡Solucionar, dices!

Amalia se echó hacia atrás y volvió a coger la taza, pero esta vez lo hizo más violentamente y simplemente se la llevó a los labios, sin rozarla realmente.

—Sí.

—Sólo hay una manera de solucionar eso, Leonard. Y lo sabes. Tanto si es tu hijo como si no, ese niño no debe nacer. Nunca. Si quieres que este matrimonio siga adelante y no haya escándalos, esa es la única manera.

Leonard aplastó la copa con la mano y la soltó antes de romper el cristal.

—Te he dicho, Amalia, que yo lo solucionaré. No necesito que me digas lo que tengo que hacer.

—Espero que así sea —Dejó la taza una vez más sobre la mesa y se levantó—. Llévame a casa. Estoy cansada.

CAPITULO 6

Michy cruzó corriendo e hizo una mueca cuando uno de los conductores sonó el claxon con fuerza y asomó la cabeza por la ventanilla para insultarla. ¿Es que se creían que no tenía nada que hacer en todo el día que estar esperando el cruce hasta que el semáforo cambiara de color?

Aquel día había comenzado mal, con su amiga llorando de buena hora de la mañana tras una conversación con su expareja. Michy se había visto con el deber moral de quedarse con ella y consolarle, haciendo que aquella situación la recordara que un hombre no era necesario en su tranquila vida.

Y había continuado peor.

A lo largo de la mañana, cuando salía de trabajar en el almacén del supermercado, Leonard le había llamado. En realidad había tenido ocho llamadas perdidas durante las siete horas que duraba su turno y prácticamente había exigido saber donde estaba para no atender el teléfono.

Michy le hubiera tirado el teléfono a la cara si lo hubiera tenido delante. De eso estaba segura, pero se había limitado a respirar con fuerza y sonreír a sus compañeros de trabajo mientras el pequeño aparato sufría las consecuencias en su puño.

—¿A ti que te parece? —le había respondido mientras agarraba su chaqueta—. La gente normal suele hacer eso a lo que llaman trabajar, algo que seguramente un niño de papá y mamá como tú no lo sabrá.

—No he llamado para intercambiar opiniones —le había soltado él con su mejor tono de prepotencia. Era evidente que ese hombre no llamaba para otra cosa que no fuera sacarle de sus casillas, pero después de todo su plan iba bien... y todo fuera por su dulce y succulenta venganza...—. Tenemos que vernos.

—¿Cuándo?

—¿No estás libre ahora?

—¿Ahora?

¡Acababa de salir de trabajar! ¡Que le diera un respiro!

—Sí, ¿conoces el club derlight?

—No.

Ni siquiera se interesó en saber donde estaba, tal vez esperando que él

captara la indirecta de su falta de interés por ir a ese lugar, uno pijo, de esos típicos a los que alguien como él frecuentaría y que básicamente tendría que pagar por coger una de las servilletas de papel, pero Leonard, muy eficiente, le explicó concienzudamente cómo debía llegar y hasta dónde debía tomar un taxi... Michy se mordió al lengua prudentemente, segura que lo echaría todo por la borda si le saltaba lo que opinaba de él en ese momento.

Al final habían colgado y Michy había terminado buscando la manera de llegar al club sin la necesidad de tomar un taxi, preguntándose cómo había cometido el error de acostarse con un hombre así.

Pese a todo, el local no era tal y como ella lo había esperado. Puede que no fuera uno de los bares que ella podía y solía frecuentar, pero sin ninguna duda, no era lo que había imaginado. Tras los cristales algo tintados y el portero de película que había a un lado de la puerta, el interior era bastante hosco, con una vaga iluminación y una barra en forma rectangular tras unos taburetes y dos enormes mesas de billar. Las dos estaban ocupadas y Michy arrugó el ceño, divertida, convencida que no podía destacar más un hombre con traje y corbata inclinado sobre una de las mesas y atento a una bola.

Michy buscó con la mirada a Leonard y lo encontró al fondo, sentado en una de las pocas mesas que había individuales. Durante unos segundos se le quedó mirando sin moverse. Admitía que ahora que lo volvía a ver sin estar recién levantada y con sorpresa, era bastante guapo, al menos a esa distancia y mientras mantuviera la boca cerrada.

Sí, fastidiaba. No sólo tenía dinero y poder, sino que también estaba bendecido con belleza.

Suspiró resignada y fue hasta la mesa, sentándose enfrente sin esperar una invitación.

—¿Qué quieres? —soltó de mal humor, poniendo los brazos sobre la mesa.

Leonard levantó la cabeza y la miró fijamente un momento.

—¿No quieres tomar nada?

—No. No he venido aquí a mantener una agradable conversación contigo, ¿verdad? ¿Por qué no terminamos nuestros asuntos y nos vamos? No es muy agradable para mí tener que volver a verte.

El hombre enarcó ligeramente una ceja pero siguió mirándola de la misma manera, al punto de incomodarla. Michy se revolvió incómoda.

—¿Tienes pruebas del embarazo?

—¿Una ecografía?

—Me sirve.

Michy no se dio mucha prisa en abrir el bolso y sacar el sobre con la ecografía del bebe de su amiga. Se lo había pedido prestado por si lo necesitaba en algún momento, pero de pronto, aunque había ideado esa pequeña venganza como precio a la humillación que había recibido de manos de ese hombre, no se sentía cómoda haciendo aquello.

¡Bah! ¡Como fuera!

—Pero que exista un bebé y pueda demostrarlo, no significa que pueda demostrar que sea tuyo.

Leonard levantó la cabeza para mirarla y dejó la ecografía a un lado.

—¿Qué es lo que quieres de mí?

—Dímelo tú. ¿Qué crees que puedo esperar del padre de mi hijo?

—¿Quieres que me haga cargo de él? ¿Tal vez que lo reconozca?

—¿Lo harías?

—No, nunca lo haré. Incluso si después de los nueve meses y nazca resulta ser mío. Ese niño será siempre un accidente, un error —Hizo una pausa y Michy supo lo que iba a decir antes de que volviera a abrir la boca—. Sería mejor que no naciese, ¿no crees? Incluso sería mejor para ti. ¿O me vas a decir que tienes instinto maternal de pronto?

Era tan despreciable como le recordaba. Michy sonrió con desdén y se acomodó en la silla, sacando un cigarrillo del bolso y lo encendió con calma, disfrutando de su sabor.

Leonard entrecerró los ojos pero no añadió nada más.

—Tienes razón. Es un niño no deseado. ¿Y qué sugieres que hagamos?

—Si estás dispuesta a un aborto, pagaré por ello.

—¿Incluso si resultase que el niño no es tuyo?

—Incluso así.

No quería correr el riesgo, ¿eh?

—¿Y si me niego?

—Entonces aquí termina nuestra negociación. No volveremos a vernos y no recibirás nada más de mí.

Abandonaba a su suerte a una mujer que se suponía que llevaba su hijo en el vientre... y peor aún, a quien podía ser su propio hijo. ¿Era así ese hombre? ¿Mezquino? Michy apretó los puños pero volvió a sonreír, devorando el cigarrillo y lo apagó en la mesa sin ningún remordimiento.

—No se necesita conocerte mucho para saber todo de ti, ¿eh?

—Las cosas son como son.

—Bien. Acepto —¿Ni siquiera tenía un poco de remordimientos? Bueno, llevaría esa farsa hasta el último momento—, abortaré, pero tendrás que estar conmigo hasta el final.

CAPITULO 7

—¿Has aceptado?

Amy se quitó los guantes y los dejó empapados sobre el mantel de la mesa. El agua chorreó hasta el extremo y sin que ninguna de las dos intentara evitarlo, las gotas comenzaron a filtrarse hasta el suelo.

—Sí.

—Te has vuelto loca completamente, ¿es eso?

Michy se rascó la cabeza. Acababa de levantarse y lo que menos le apetecía en su día libre era discutir con nadie. Y menos con Amy. Para eso estaban las personas como Leonard; para discutir con ellas... y estamparles algo en la cara para borrar su maldita prepotencia e inhumanidad.

—Ya hemos hablado de eso.

—Creo que no lo suficiente.

—Para mí sí.

Amy suspiró ruidosamente y se sentó a su lado, moviendo la silla hasta dejarla prácticamente pegada a la de ella.

—Sabes que no estás embarazada, ¿verdad?

—Sí, creo que si lo hubiera estado lo hubiera notado.

—Y sabes que si no hay niño ahí dentro no hay nada que abortar, ¿verdad?

—Me hago una idea también, gracias por la información.

—¡Oh, vamos, Michy! ¿Te has vuelto loca?

Y de vuelta a la misma pregunta.

—Se lo diré cuando lleguemos a la clínica.

—Y será cuando él te mate.

—Sé realista. Ese imbécil no va a matar a nadie. Y menos en público.

—Vale, vale, razonemos.

—Aquí la única que debería razonar eres tú, ¿sabes? O tranquilizarte. Seguiré con esto hasta ver si no tiene ni una pizca de decencia.

—Es un hombre. No te quiere. Ese niño es un estorbo y como tampoco lo quería y no siente nada por él, posiblemente lo ve como un problema para su vida. ¡Igual está hasta casado! ¿Cómo va a ir a donde su esposa a presentárselo? ¿Te imaginas la escena?

—Si es su hijo debería hacerlo.

Amy se puso a gritar.

—¡Piensa, maldita sea!

—Me da igual. Al menos quedará como una broma. Habrá tenido que dar explicaciones al médico o lo que sea y luego le saltaré la bomba de que no estoy embarazada y me largaré. Y ya está. Al menos el asunto servirá para saborear un poco de venganza.

—La única venganza que yo veo es que estás muy mal de la cabeza.

—Da igual, ya está hecho, ¿no?

Michy se estiró, levantando los brazos sobre su cabeza y se estiró, tratando de quitarse de encima la sensación de ansiedad que aún tenía dentro. De alguna manera no se sentía completamente bien con lo que estaba ocurriendo, pero trataba de echar de su cabeza los molestos pensamientos. Ese hombre merecía un escarmiento y dado que aparte de jugar con las mujeres no parecía tratarlas debidamente, y posiblemente sabía cómo tapanlo todo con su dinero... alguien tenía que explicarle que no todo se conseguía ni se pagaba con dinero...

Aunque estaba segura que algo faltaba en todo aquello..., ese algo que hacía no se sintiera bien del todo.

Pero, ¿qué era?

—Te vas a arrepentir.

—¡Oh! ¡Ya vale! ¿Quieres dejarlo ya? Ya me lo has dicho cientos de veces. ¿Es que sólo me puedo arrepentir yo? ¿Qué hay con él?

Amy se levantó de mal humor y cogió los guantes, salpicándole la cara con el agua que aún había en ellos. Michy hizo una mueca.

—Haz lo que te de la gana, pero luego no digas que no te había avisado.

—Sí, sí, ya lo he escuchado.

—¿Y cuándo es?

—¿El qué?

—El aborto.

—Quedamos que me llamaría. Lo arreglaría todo y concertaría una cita con un médico que conocía de no sé qué...

—Un médico amigo suyo. Me alegro por ti.

—¿Vas a seguir con eso durante mucho tiempo?

—No quiero saber nada, Michy.

—Para no querer saber nada, no dejas de hablar de ello.

Amy bufó y se dio la vuelta, regresando al fregadero con unos

movimientos bruscos. Michy la miró unos instantes, preguntándose si tal vez Amy no tendría razón y simplemente no sería mejor dejarlo ya como estaba. Tal vez lo mejor era olvidar... fingir que no había pasado nada e, incluso, que no conocía a ese hombre. Siempre podía volver a su vida anterior como si nada hubiera sucedido entre los dos... Al fin y al cabo, ni siquiera recordaba lo que había pasado la noche que habían compartido...

Y posiblemente era eso lo que más le molestaba.

No acordarse de lo que había pasado esa noche.

CAPITULO 8

Leonard vio a Michy acercarse desde el otro lado de la calle. Había quedado en una zona cerca de la clínica donde había concertado la cita para que la mujer interrumpiera el embarazo.

Amalia le había dado la información del lugar, le había asegurado que era uno de los centros con más discreción sobre esos temas y le había dejado la tarjeta sobre la mesa de su despacho sin esperar a que él dijera nada.

En el fondo le fastidiaba que Amalia interviniera de esa manera en ese asunto, y más, porque los motivos que podía tener para conocer tan bien los detalles de esa clínica eran bastante sospechosos. Y así se lo había dicho, en un intento por soltar su rabia y frustración sobre alguien, pero Amalia se había limitado a erguirse altanera y a mirarlo con una sonrisa que podía no significar nada o simplemente decirlo todo.

¿Y si Amalia había abortado allí un hijo suyo?

Suspiró ruidosamente y se movió de la pared para que la mujer pudiera verlo. Michy se había vestido muy discretamente con un abrigo negro que estilizaba asombrosamente su delgada figura y se había recogido el cabello oscuro en la nuca, aunque no lo suficientemente bien como para que mechones rebeldes no cayeran por la parte de atrás del cuello.

—Ah.

La mujer se limitó a detenerse frente a él y esperó con las manos en los bolsillos y la cara girada hacia la izquierda, sin mirarle. Tenía una expresión extraña y Leonard apretó los dientes, molesto.

Sí, desde que se había enterado de que esa mujer estaba embarazada, lo primero que había pensado era en negar que ese hijo fuera suyo, pero la actitud de la mujer no le dejaba muchas dudas de que lo fuera. Y él le había pedido que lo abortara... Por lo poco que había entendido de esa mujer, era evidente que no disfrutaba de una comodidad exagerada para mantener ahora a un niño. ¿tal vez era por eso por lo que había contactado con él? No... no había puesto muchas objeciones sobre el tema cuando él se lo había planteado, pero sí vio algo extraño en su expresión cuando lo había dicho. ¿Había esperado otra cosa de él? ¡No! No merecía la pena estar pensando en eso ahora. Ya estaba decidido. Ese niño no entraba dentro de sus planes y la

sola idea de pensar en conservarlo era una locura.

Leonard miró como Michy sacaba de su bolso un paquete de cigarrillos y sacó el último que quedaba, arrugando el paquete y buscó una papelería con la mirada, encontrándola detrás de ellos. Se apartó un momento y tras tirar el paquete vacío, volvió a acercarse.

—¿Vas a fumar?

Michy levantó la mirada y apartó el cigarrillo de los labios.

—Sí, ¿por qué? ¿Te molesta?

Durante unos instantes, los dos se miraron un momento.

—No, supongo que no.

Apartó la cabeza de ella. ¿Por qué tenía que sentirse tan irritado? Incluso era absurdo que reaccionara de esa manera. Ridículo, sí.

—¿Está muy lejos?

—¿Qué?

—La clínica.

La mujer se apresuró a terminar el cigarrillo y lo dejó caer en el suelo, pisándolo con la punta de su zapato antes de volver a levantar la cabeza y mirarlo.

—No, aquí al lado.

—¿Vamos ya?

—Sí.

Y seguía teniendo esa rígida actitud de reproche. ¿Eso era lo que tanto le irritaba de esa mujer, de esa situación?

Leonard marcó el paso e indicó el camino hasta la clínica privada que Amalia le había mencionado. Había concertado una cita por teléfono y había comentado de pasada lo importante que era mantener aquello en privado. Le habían asegurado que eran especialistas en eso.

También había pedido, antes de colgar, que tuvieran todas las instalaciones y necesidades necesarias lo más cómodas posibles para la paciente...

Se sentía culpable.

Sí, desde luego, eso era lo que ocurría.

Desde fuera la clínica parecía como cualquier otra clínica privada a la que solía ir. No había ningún letrero en la puerta que hablase sobre las prácticas de aborto que según Amalia hacían con frecuencia, ni ponía nada al respecto sobre el tema en alguno de los tantos diplomas que había alrededor de la sala de espera de la primera planta.

—Es bonito —soltó Michy en un tono neutral, sin mostrar si estaba siendo sarcástica o no.

—Me alegra que te guste —respondió Leonard sin apartar la mirada de ella—. Voy a recepción a dar parte de nuestra llegada. ¿por qué no te sientas un rato?

Esta vez la mujer si cambió la expresión. Le miró más abiertamente y en su rostro se dibujó una sonrisa de burla, cruzándose de brazos.

—¿Por qué tanta molestia? ¿Intentas parecer un hombre preocupado por el bienestar de su novia embarazada?

Leonard también se puso a la defensiva, más de lo que habitualmente hubiera dejado que unas simples palabras le afectaran.

—Intentaba ser amable.

—Ahórratelo —soltó ella con un bufido—. ¿Debo recordarte a qué hemos venido aquí?

—Lo sé perfectamente.

—Entonces podemos dejarnos de tonterías y tú de tu falsa cordialidad — Michy miró a su alrededor. En ningún momento había levantado la voz y a excepción de su expresión o la manera que tenía los brazos cruzados y las piernas abiertas, era imposible saber qué estaba ocurriendo entre los dos en esos momentos. ¿Le estaba evitando una situación bochornosa? ¿O era a ella a quien le preocupaba crear una escenita delante de todos los que se encontraban en la clínica? —. Además —continuó ella—, no somos novios, ni siquiera hemos salido alguna vez y por no hacer, ni nos conocemos.

Leonard la miró en silencio un poco más y dejó que una pareja pasara en medio de los dos, él con una disculpa mientras rodeaba a su mujer de avanzado estado de gestación que se quejaba de algún tipo de molestia. Leonard los siguió por el rabillo del ojo y después volvió a mirar a Michy, incapaz de no bajar la mirada hacia el vientre cubierto por el abrigo.

—Es cierto —dijo finalmente con un suspiro—. Ha sido un error por mi parte ser amable.

—Lo ha sido, sí.

—Pero pensaba que dadas las circunstancias...

—No hay ningunas circunstancias, señor arrogante que lo tiene todo bajo control. Es suficiente. Ve a hablar con quien tengas que hacerlo.

Michy se dio la vuelta con expresión cansada y se acercó a la sala de espera, sentándose junto a dos mujeres. Una de ellas leía un folleto y la otra comenzó inmediatamente a hablar de algo con ella que a esa distancia

Leonard no escuchó pero por la expresión de incomodidad de la joven, suponía que no debía ser un tema muy agradable para ella.

Leonard sonrió. En esos días que había visto a Michy, más que verla incómoda en algún momento, había sido como intentar lidiar con un caballo salvaje. Se dio la vuelta y caminó hasta el mostrador de recepción.

—Tengo una cita con el doctor Hendery.

La enfermera echó un rápido vistazo en la pantalla del ordenador y luego en unas hojas perfectamente grapadas y asintió con la cabeza.

—Lo avisaré. ¿Le importaría esperar un momento? Está ocupado con una paciente pero en unos instantes... Ah. Ahí está.

Leonard también se giró y miró al hombre de mediana edad y un enorme bigote negro que comenzaba a teñirse de blanco que estrechaba la mano de una mujer antes de despedirse una vez más con la mano y volverse hacia la enfermera que había salido del mostrador para ir en su busca. Leonard se acercó un poco, manteniendo las distancias.

—Doctor, el señor Appeld está aquí.

El médico levantó la cabeza y sonrió, acercándose a él y le tendió la mano. Leonard no dudó en levantar la suya y estrechársela.

—Amalia me dijo que necesitaba mi ayuda, por eso le dije a mi secretaria que le diera una cita lo antes posible.

Amalia...

Leonard frunció el ceño y guardó silencio. ¿Así que ahora disfruta hasta de una preferencia en una clínica privada de maternidad que practicaba abortos?

—Gracias por su comprensión.

—Sí, Amalia me lo explicó todo —Y Leonard no dudaba que lo hubiera hecho. ¿Así que su novia se encargaba de conducirlo por el camino que ella marcaba intentando que no se notaran los hilos? Debía reconocer el gran trabajo que había estado haciendo esos años—. Nos ocuparemos del problema en un momento.

Leonard hizo una mueca y cogió uno de los folletos que había sobre el mostrador.

—Ese problema es un niño.

—Aún no, señor Appeld. Hasta unos meses, al feto no se le considera un niño.

—Ya.

—Bueno, ¿y dónde se encuentra la mujer?

Leonard desvió la mirada hacia la sala de espera y se encontró con la mirada de Michy. Durante unos segundos los dos se miraron en silencio y perdió completamente el hilo de la conversación del médico.

—¿Señor Appeld?

—Disculpe —Apartó la mirada de ella y volvió a prestar atención al médico—, ¿qué me decía?

—La paciente, ¿dónde se encuentra? Tengo una cita después. No sé si se lo habrá advertido Amalia pero mi agenda suele estar muy ocupada. Hice esto sólo como un favor hacia ella.

Leonard apretó la mandíbula y volvió a mirar un momento a Michy. Había bajado la cabeza y se frotaba nerviosa las manos.

—Siento haberle importunado...

Leonard levantó la mano y se la ofreció al médico que se sorprendió y dudó antes de aceptarla y estrechársela algo confuso.

—Creo que no entiendo...

—Después de todo no precisaré de sus servicios.

—¿Cómo dice?

—Disculpe las molestias.

Leonard saludó a la enfermera con un cabeceo que le sonrió a espaldas del médico que le siguió descolocado, balbuceando algo que sólo llegó a entender el nombre de Amalia y entró en la sala de espera, deteniéndose frente a Michy. Al sentirlo, levantó la cabeza y lo miró.

—¿Ya es la hora?

—Nos vamos.

—¿Hm?

Sin dar ninguna explicación más, la agarró del brazo y tiró de ella, levantándola y la empujó hasta la salida. Incluso ya en la calle, siguió tirando de ella hasta que cruzaron varias calles y Michy, tras varios intentos, consiguió liberarse de él.

—¿Qué ha pasado?

Leonard suspiró y se dio la vuelta para encararse a ella, alzando una ceja inmediatamente después al verla sacar un paquete entero de cigarrillos del bolso y comenzó a abrirlo con bastante diligencia.

—Esto se acabó.

Leonard le quitó el paquete de cigarrillos y ya que no vio ninguna papelería cerca, lo escondió en el bolsillo.

—¡Eh! ¿Qué haces?

—No creo que sea bueno para el niño, ¿no?

Michy lo miró sorprendida.

—¿Cómo? Pero si...

—He cambiado de opinión. Me haré cargo de ese niño.

Capítulo 9

Michy salió a la calle junto a Leonard, incapaz de asimilar completamente lo que acababa de suceder dentro de la clínica, incluso no había notado la mano del hombre que sujetaba su brazo y la conducía hasta su coche.

—Espera...

Michy tiró del brazo, tratando de soltarse pero Leonard siguió apretando los dedos en su brazo, ignorando los intentos de ella por soltarse.

—¡He dicho que esperes!

Volvió a tirar y esta vez Leonard se detuvo, soltándola.

—¿Qué?

Michy lo miró fastidiada. Leonard tenía una expresión incalificable pero no parecía arrepentido por su decisión.

—¿Has tenido en cuenta mi opinión?

De hecho le había sorprendido que aquel hombre que lo tenía todo controlado, que todo parecía moverse a su antojo y todo funcionaba como él quería, hubiera decidido seguir adelante con el embarazo de una mujer con la que había pasado una sola noche y un niño que posiblemente le descontrolaría la vida tan planificada que posiblemente tenía.

¿De verdad estaba dispuesto a sacrificarlo todo por un hijo no deseado?

Algo, aunque sólo un poco, su opinión hacia él había cambiado. Puede que no fuera tan cretino como parecía... pero eso sólo la ponía a ella en una situación difícil. Ahora tenía que decirle que ese hijo no existía y por primera vez desde que había empezado todo aquello, comenzaba a arrepentirse.

—Si no lo quieres, no te pediré que te responsabilices de él —soltó Leonard, sorprendiéndola de nuevo—. Yo lo criaré.

Michy enarcó una ceja, incrédula. Ni siquiera hablaba de encargarse de mantenerlo en secreto, sino de quedárselo y criarlo.

—¿Y si resulta que no es tu hijo? —le desafió ella, buscando una brecha en su decisión, intentando buscar desesperadamente algo por lo que sentirse menos culpable cuando le contase la verdad.

Leonard sólo la miró durante unos segundos.

—¿Con cuántos hombres has estado aparte de mí aquella noche?

Michy le lanzó una furiosa mirada.

—Con nadie.

—Entonces es mi hijo.

—Eso deberías decirlo cuando te hagas las pruebas de paternidad, ¿no?

—No me las haré —dijo él tranquilamente—. Si de verdad no quieres tener a ese niño, yo me haré cargo de él.

—¿Y si lo quiero?

¿A dónde pretendía llegar con eso? ¡Debía decirle la verdad y terminar con esa mentira de una vez! Pero, ¿por qué resultaba tan difícil ahora?

—Entonces lo criaremos entre los dos. No pretendo quitártelo. Mientras estés embarazada acudiré contigo al médico, te ayudaré en todo lo posible y me gustaría estar en el momento de su nacimiento —Michy lo miró incrédula, incapaz de buscar las palabras para decir algo—. También quiero encargarme de...

—Espera un momento... —le cortó ella, negándose a escuchar más—. ¿Y cómo pretendes explicárselo a tu familia —amigos, socios y demás personajes de alta sociedad de su entorno—?

—Es mi hijo. No hay nada más que decir.

Michy parpadeó impresionada. ¿Ni siquiera pretendía ocultarlo?

—Mira... —comenzó, humedeciéndose los labios, nerviosa.

Sí, era el momento de decirlo.

—Ya he mandado un mensaje a mi familia para decírselo —siguió él haciendo que Michy se hundiera completamente y dudara un momento, notado como los remordimientos la corroían y aplastaban.

—Te mentí —murmuró tímidamente.

Leonard la miró en silencio, con expresión muy grave.

—¿Sobre qué?

Michy miró a otro lado, sin ganas de sostenerle la mirada.

—No existe ningún bebé.

Capítulo 10

Michy se frotó las sienes con fuerza por décima vez desde que el taxi la había dejado en la puerta de su casa y había sido capaz de sentarse en el sofá y reflexionar lentamente sobre lo que había pasado.

—Genial...

Detuvo el masajeo distraído de las sienes y se quedó mirando el vacío por unos minutos, después sacudió la cabeza y apretó mas fuerte los dedos en su piel.

Nunca lo hubiera creído, pero Michy se sentía culpable. Dudaba que pudiera olvidarse en mucho tiempo de la expresión de Leonard cuando le había dicho la verdad. El hombre no se lo había esperado y hasta por el fugaz dolor que pasó por su mirada, un instante antes de que la rabia lo inundase, imaginaba que después de todo le hacía ilusión ese hijo.

—Menuda mierda...

Presionó con más fuerza la yema de los dedos en las sienes y no los apartó ni abrió los ojos cuando escuchó entrar a Amy y sentarse a su lado en el sofá.

—¿Estás bien?

—Mejor no preguntes.

Prefería no hablar de ello; prefería olvidar siquiera que había conocido alguna vez a Leonard y todo lo ocurrido. Quería desprenderse de esa sensación de amargura y culpabilidad.

—Te dije...

Michy levantó una mano y la puso frente a su amiga, callándola.

—Ni una palabra —le advirtió—. No quiero escuchar ese te dije en la vida. Y menos ahora.

Amy la miró con una sonrisilla condescendiente y Michy farfulló algo, fastidiada.

—¿Por qué no le pediste perdón?

—Porque no me dejó.

Ni siquiera le había dicho nada. Se había limitado a apretar los puños, mirarla furiosa y antes de que ella hubiera tenido tiempo de decir nada más, se había dado la vuelta y se había marchado.

No había sido la sensación esperada ante la idea de su venganza y aunque había tratado de reanimar las llamas del recuerdo de lo sucedido cuando se

había despertado aquella fatídica mañana que conoció a Leonard, lo cierto era que ya no sentía ese odio hacia él y solo quedaban las cenizas de un recuerdo maltrecho.

—¿Y qué vas a hacer?

Michy suspiró.

—Levantarme, ir a trabajar, comer, dormir, salir a tomar algo, acompañarte al médico, ir a comprar... exactamente lo que he estado haciendo hasta ahora.

Amy volvió a sonreír tratando de ocultar cierta burla en la mueca.

—¿Qué?

—Creo —dijo Amy muy lentamente, apartándose prudentemente de ella—, que en realidad comenzaba a gustarte ese tal Leonard, ¿eh?

—¿Qué? —gritó Michy escandalizada, mirando como su amiga se alejaba hasta su habitación riéndose.

—Te conozco bien, Michy. Te has obsesionado demasiado con él y con la tontería hiciste que tu vida girara alrededor de él.

—Eso... no es verdad.

O tal vez sí lo había hecho. Se mordió el labio y volvió a apretar los dedos en las sienes. Era verdad. Y había sido tan tonta de terminar sintiendo algo de un cretino como Leonard... Y ahora era ella quien se sentía mal por todo lo sucedido.

—¿Sabes, Michy? —Michy levantó la mirada hacia su amiga que ya tenía una mano en la puerta abierta de su habitación.

—¿Qué?

—Hubiera sido mejor que hubieras estado embarazada de verdad.

Capítulo 11

Leonard miró a su abuela que seguía con expresión austera desde que había dicho que había sido un error, que no había ningún hijo de camino y que no quería hablar del tema.

Y de eso ya habían pasado dos semanas.

—Debo imaginar que ese hijo del que hablaste por un momento...— comenzó la mujer, haciendo que los ánimos de Leonard se crisparan.

—No quiero hablar de eso.

Leonard se levantó de la mesa, dejando la servilleta a un lado y agradeció que su padre se hubiera ido más temprano a la empresa.

Ninguno de los dos había acepado muy bien la noticia pero parecían más contrariados con la idea de que se hubiera desecho de ese hijo o se desentendiera de él.

A nadie de su familia le gustaba los escándalos pero mucho menos les gustaba la opción de que uno de sus descendientes no gozara de los privilegios y atenciones que le correspondía. De quien fuera el hijo importaba poco. Leonard había escuchado de la manera que habían pagado a alguna mujer por la renuncia completa de su hijo. Hasta ahora no había indagado para averiguar quien de entre los miembros de su familia le correspondía esa situación. En aquel entonces no le había interesado y ahora tampoco. Eso no tenía nada que ver con él.

—Quiero una explicación, Leonard.

—No hay nada que explicar, abuela.

Le dio un rápido beso en la frente y trató de alejarse del comedor, pero la mujer le agarró de la mano y le obligó a detenerse.

Leonard giró el cuello a mirar a la mujer que tenía el cabello corto de un blanco liso. Aún tenía las hermosas facciones en su rostro y en su mirada verde.

—¿Era Amalia?

¿Amalia? Leonard sintió una ligera sacudida de rencor en la boca del estómago al escuchar su nombre. Ya no sólo tenía dudas de si alguna vez aquella mujer no hubiera abortado un hijo suyo, sino que días después de lo ocurrido con Michy le había reconocido que ella había solicitado los servicios privados de esa clínica en alguna ocasión.

Sabía que lo había dicho enfadada, nada satisfecha de que Leonard no

hubiera seguido a raja tabla sus indicaciones y tras iniciar una acalorada discusión, ella lo había soltado.

—No.

Su abuela lo miró fijamente a los ojos, entrecerrándolos como siempre hacía cuando trataba de averiguar algo.

—Dime que no hiciste que lo abortara.

Leonard le devolvió la mirada pero supo que había vacilado un momento antes de apartar la cabeza.

—No lo abortó. No estaba embarazada.

Aún escocían esas palabras. ¿Cómo había podido ser tan tonto como para dejarse engañar? Ni siquiera había intentado averiguar el por qué de esa mentira, que había pretendido Michy al decir aquello. Incluso si no hubiera sido su hijo, que existiera uno tratara de engañarlo y engañarlo haciéndole creer que era suyo, lo hubiera entendido, pero aquello...

—Pero le pediste que lo abortara —sentenció fríamente su abuela, soltándolo.

Leonard no lo negó.

—Tengo que irme, abuela.

—Nunca me gustó Amalia —dijo la mujer de pronto—, no me importaría que conocieras a otra mujer.

—No hay otra mujer —aseguró Leonard, recordando con rabia a Michy—, pero eres la primera en enterarte. Mi compromiso con Amalia se ha roto. Lo haremos oficial en unos días.

Leonard vio como su abuela sonreía satisfecha tras su fina taza de café y agradeció que Antony entrara en aquel momento y la presencia de su amigo le impidiera a su abuela seguir con la conversación.

Capítulo 12

Leonard aceptó la agenda de esa mañana de manos de una de sus secretarias, sin dejar de ojear el catálogo de las nuevas casas que estaba construyendo la compañía y que Antony le había informado que planeaba adquirir una de las que estaban directamente en primera línea de la playa.

Leonard nunca se había planteado comprar una casa antes de vivir con Amalia y ahora que su compromiso estaba roto, ni siquiera quería pensar en un hogar familiar lejos de su lujoso apartamento de soltero. Pese a que lo había comprado hacía diez años, básicamente aún vivía en la residencia de su familia.

—Creo que a Johanna le gustará.

—A Johanna le gusta la playa —aceptó Leonard, asintiendo a su amigo.

Conocía a la esposa de su amigo desde niño, desde que habían asistido al mismo colegio los tres y pese a que sus dos amigos llevaban tres años casados, Leonard no los trataba de una manera diferente a lo que usualmente hacía cuando aún no eran un matrimonio. Era el confidente de ambos e imaginaba que conocía secretos de uno u otro que el otro desconocía.

—Hemos estado pensando en la posibilidad de tener un hijo.

Leonard apartó la mirada del catálogo y miró a su amigo, quien también lo observaba con recelo. Él, como Johanna, Amalia y su familia, conocían lo sucedido con Michy y Antony conocía más detalles que ninguno, como la manera que lo había descorazonado al final saber que realmente no existía ese hijo.

—Dejadme ser el padrino —dijo para romper la tensión que se había creado de golpe.

—Tenlo por seguro.

Antony sonrió y continuó explicándole los detalles de las casas que salían los diseños en el catálogo y los materiales usados.

Leonard sólo prestó atención a media, levantando y desviando la mirada hacia la ventana del coche. No había desayunado lo suficiente por culpa del interrogatorio de su abuela y comenzaba a decidir qué pediría que le subieran cuando llegara a la oficina.

—Tal vez pidan que el color de las ventanas sea blanco.

—Es buena idea...

Leonard se fijó distraídamente en las personas que se movían por la acera,

entrando y saliendo de edificios y comercios y sus ojos se detuvieron especialmente en la figura de una mujer... ¿Michy? Leonard se irguió de golpe y observó como la mujer entraba a una clínica.

Una clínica de maternidad.

—Deten el coche.

Su voz resonó en todo el espacio del gran vehiculo y el coche se detuvo bruscamente, haciendo que todos se movieran violentamente hacia delante.

—¿Qué ocurre? —gritó Antony alarmado.

Pero Leonard no respondió; abrió la puerta y salió del coche precipitadamente. La clínica estaba a solo unos pasos y cuando entró buscó a Michy por la sala de espera. No tardó en encontrarla. La mujer se encontraba cómodamente sentada en uno de los asientos de respaldo de plástico, con una revista en la mano y sonriendo a un niño de unos tres años que no dejaba de mirarla y decirla algo.

Furioso, pero notando una extraña sensación recorriéndole todo el cuerpo, caminó hacia ella y se detuvo enfrente.

Michy levantó despacio la mirada hacia su rostro y Leonard leyó claramente la sorpresa en sus ojos.

—¿Qué se supone que haces aquí? —soltó él, molesto.

Capítulo 13

—¿Qué haces aquí?

Michy se revolvió incómoda, saliendo de su asombro de ver a Leonard con un impresionante traje negro frente a ella, con las piernas separadas, los brazos cruzados y una mirada como si fuera a asesinar a alguien.

—Ese es mi punto —dijo él suavemente, con voz áspera y a Michy se le antojó peligrosa—, ¿qué haces tú en una clínica de maternidad?

Michy enarcó una ceja, impresionada, una vez más sorprendida por lo que estaba ocurriendo y notó como sus labios se curvaban en una sonrisa. Leonard entrecerró los ojos, molesto.

—No es lo que estás pensando —se defendió ella, levantándose y notando como algunos de los pacientes los miraban con disimulada curiosidad.

—¿Y qué crees que estoy pensando?

—No estoy embarazada —murmuró, algo avergonzada, resurgiendo los brotes de culpabilidad que aún no habían desaparecido completamente—, y tampoco he abortado —añadió rápidamente, como si tuviera la necesidad de hacerlo.

—¿En serio? —Leonard no desvió la mirada de Michy—, ¿y qué haces en una clínica de maternidad?

—Bueno...

—¿Señora Daust?

I

Michy reconoció el nombre de Amy y se giró hacia la enfermera de uniforme blanco que había salido a llamar al siguiente paciente.

—Tengo que...

Michy rodeó el cuerpo de Leonard, que no se movió y caminó hacia la enfermera que le indicó que entrara a la consulta y se detuvo al lado de una silla, saludando al médico que parecía distraído apuntando algo en el ordenador, pero antes de sentarse, notó como se movía la silla de al lado y giró la cabeza de golpe, enfrentándose a la imponente figura de Leonard sentándose elegantemente a su lado.

—¿Qué haces? —murmuró, mirando al médico de refilón, quien finalmente levantó la cabeza para prestarles atención y le tendió la mano a Leonard quien la estrechó rápidamente. Michy se dejó caer pesadamente

sobre la silla, aceptando también la mano del médico.

—La señora Daust me llamó para avisar que vendría usted en su lugar a por los resultados... —Michy asintió y aceptó en silencio el sobre, largo y cerrado y casi dio un bote cuando sus ojos pequeños y arrugados se centraron en Leonard—. ¿Es usted el padre?

—No lo es —soltó Michy sin pensar.

—¿De qué hijo estamos hablando? —la ignoró Leonard, mirando al médico.

—No es mío —continuó, Michy, medio histérica—. ¡Te dije que no estaba embarazada!

Esa vez Leonard sí la miró y los dos se enfrentaron furiosos.

—¿Sí? ¿Y qué haces en una clínica de maternidad?

Michy farfulló algo pero no se atrevió a girar el cuello para mirar al médico que estaba especialmente callado.

—¡Es mi amiga quien está embarazada! ¡Mira el nombre!

Básicamente le puso el sobre por la parte donde indicaba el nombre del paciente sobre los ojos, pero Leonard lo apartó sin mirarlo.

—¿Y cómo sé yo que no me mientes también en eso?

Michy lo miró dolida, dándose cuenta de lo que había sentido en ese momento y desvió la cabeza, apretando el sobre entre los dedos.

—Si estais interesados —la voz del médico los obligó a los dos a girar la cabeza hacia él. El hombre los miraba con una sonrisa divertida y una mirada de comprensión—, tenemos unos tratamientos de fertilidad muy buenos para parejas con problemas para concebir.

Hubo una exagerada pausa, en silencio. Michy escuchó el sonido agudo de contener la respiración cuando notó como dejaba de respirar durante unos segundos, a la espera de que Leonard respondiera a eso, pero no hubo ninguna réplica y Michy solo vio como el médico asentía y volvía a tenderles la mano.

—Solo pensadlo. Hacéis una bonita pareja. No dejéis que un problema que puede tener solución rompa lo especial que hay en vosotros.

—Gracias, doctor.

Michy se apresuró a salir del despacho, notando un fuerte calor en el rostro y esperó a salir a la calle para darse la vuelta y enfrentarse a él.

—¿Qué pretendías...?

Michy se calló de golpe, notando como uno de los brazos de Leonard la agarraban por la cintura y la empujaban hacia él, un segundo antes de besarla

apasionadamente.

Michy sólo puso resistencia un segundo, antes de sentir una fuerte sacudida, la forma en que el beso y el contacto de aquel hombre le hervía la sangre, y se aferró a él con todas sus fuerzas, devorando su boca casi con necesidad antes de que Leonard se apartara de ella, un poco, aún casi rozando sus labios.

—¿Qué...? —musitó ella con la voz entrecortada.

—Intentaba recordar algo de la noche que pasamos juntos.

—¿Y has recordado algo? —se interesó ella, sin apartar las manos del cuello de Leonard.

—No —admitió él—, y supongo que ya he perdido el suficiente tiempo aquí. Me voy.

—Sí —dijo Michy de mal humor, apartando los brazos y lanzando una furiosa mirada al hombre—. Por mí si te pierdes en el infierno.

Michy se dio la vuelta, indignada, con los puños apretados y caminó clavando los pies en el suelo como si quisiera hacer agujeros por donde pasaba.

No podía creerse lo que acababa de pasar entre ellos. ¿Por qué la había tenido que besar si la había dejado esa extraña sensación en el cuerpo?

—¡Esto es de locos!

¿Por qué había tenido que cruzarse con él otra vez?

Caminó aún más rápidamente, deseando desprenderse esa sensación del cuerpo, las palabras del médico dentro de la consulta y se obligó a recordar de que Leonard era un imbécil, un rico prepotente que pensaba que podía comprarlo todo con su dinero, como si por ser rico le diera derecho a todo...

Pero, ¿por qué seguía sintiéndose tan mal?

—Querida...

Michy giró inconscientemente la cabeza, realmente sin pensar si aquella relajada voz de mujer se dirigía a ella, pero sus ojos se detuvieron en el rostro de una mujer que la observaba con la ventanilla abierta desde la parte trasera de un coche de diseño. Michy alzó una ceja y miró a su alrededor para comprobar si había alguien más a quien podía estar refiriéndose.

—¿Yo? —preguntó inocentemente.

La mujer le hizo señas con una mano, sin borrar la sonrisa de la cara.

—Ven, querida.

Michy solo dudó un momento, echando un nuevo vistazo a su alrededor y se encogió de hombros. Posiblemente quería indicaciones para una dirección.

Se movió hacia el coche y se inclinó hacia la ventanilla.

—¿Desea algo?

La mujer siguió sonriendo.

—Necesito que hagas algo por mí.

Michy iba a responder algo pero antes de que pudiera hacerlo, sintió como unas manos le tapaban la boca y la empujaban al interior del vehículo.

Capítulo 14

—¿Dónde está?

Aquello ya había sido demasiado.

Sabía que su abuela siempre terminaba haciendo lo que quería pero no había esperado que fuera en busca de Michy.

Y menos que la secuestrara.

O que la retuviera contra su voluntad, ya que esas habían sido las palabras de su amigo cuando se lo había notificado entre risas.

—¿Quién, señor? —se interesó Ariadna, una bonita y rolliza mujer a la que su abuela había nombrado su secretaria — y quien compartía sus horas de ocio entre chismorreos, confidencias y quien sabe que más cosas que Leonard prefería no saber. Nunca había tenido mucho interés en lo que hablaban las mujeres, pero en ese momento hubiera zarandeado a esa mujer para que le dijera en qué estaba pensando su abuela porque evidentemente esa mujer lo sabía—.

—La mujer que mi abuela a secuestrado —soltó, cortante, cruzando amenazadoramente los fuertes brazos sobre el pecho.

La mujer, lejos de sentirse intimidada, le lanzó una de esas sonrisas de comprensión, como si supiera lo que estaba pensando y negó con la cabeza.

—No está aquí —dijo en cambio, consiguiendo que Leonard sintiera unos desenfrenados deseos por matar a alguien.

—¿En serio? —dijo lenta y ácidamente—. ¿De verdad crees que si hubiera pensado que la encontraría en su oficina me hubiera parado frente a esta mesa a esperar ser anunciado en su despacho?

La rabia estaba impresa en cada una de sus palabras pero la mujer mantuvo la misma sonrisa.

—Cierto, señor.

Leonard puso los ojos en blanco, exasperado.

—¿Dónde está?

—Oh —la mujer se puso tranquilamente unas pequeñas gafas y se entretuvo buscando con calma entre unos papeles hasta que dio con lo que parecía haber estado buscando—. Aquí está.

Apuntó algo en un papel y se lo tendió. Leonard se lo arrancó de los dedos enfadado, lo leyó y volvió a levantar la mirada hacia la secretaria.

—¿Un hotel?

Mas exactamente la habitación de un hotel.

—Así es, señor.

Leonard gruñó algo y se dio la vuelta, regresando al garaje a por el coche y echó furioso a todos los empleados que lo miraron confusos, obedeciendo sin saber exactamente lo que estaba ocurriendo y condujo hasta el hotel, subiendo directamente hasta la habitación y llamó con decisión a la puerta pero cuando no hubo ningún movimiento, estuvo tentado en echar la puerta abajo y posiblemente lo hubiera intentado si no se hubiera abierto de pronto.

—Has tardado, querido.

—¡Abuela!

La mujer levantó una mano para callarlo.

—Ni se te ocurra decirlo.

Leonard cerró los labios prudentemente y accedió a la habitación cuando la mujer se apartó para dejarle pasar.

Michy se encontraba sentada en una de las dos sillas dispuestas alrededor de una coqueta mesa redonda de diseño y parecía que habían estafo tomando algo. Al verlo levantó la mirada pero la apartó rápidamente, avergonzada.

Leonard suspiró.

—Hemos estado hablando de muchas cosas —dijo su abuela, cogiendo el bolso de la silla—. Os dejaré solos.

Los dos esperaron a que su abuela saliera de la habitación para volver a mirarse y Michy se apresuró a levantarse, arrastrando la silla hacia atrás.

—También me iré.

Leonard miró en silencio como la mujer pasaba a su alrededor, sin tocarlo y se dirigía a la puerta.

—Espera.

—No te preocupes —murmuró ella, cansada—, ya le he explicado a tu abuela lo que sucedió. Que me burlé de tí y te mentí cuando dije que estaba embarazada —Hizo una pausa y se mordió el labio, como si lo que iba a decir a continuación no quisiera decirlo—. Ya puedes continuar con tu vida como si yo nunca hubiera existido.

Leonard la miró fijamente, indeciso y la detuvo cuando Michy intentó salir.

—Tal vez podríamos quedar algún día. A tomar algo. Sin compromiso —añadió. Leonard no quería admitirlo pero no quería dejarla ir.

Michy lo miró y sonrió tristemente.

—Tal vez... no es exactamente lo que yo quiero.

Volvió a sonreír de la misma forma y esa vez sí salió de la habitación mientras Leonard veía como se alejaba, incapaz de detenerla nuevamente.

Podía entender lo que Michy había querido decir, pero él no estaba seguro de lo que realmente sentía. Apretó los puños y se acercó hasta la ventana.

—Un poco de tiempo —murmuró.

Después de aclararse iría a buscarla.

FIN

APOSTEMOS AL AMOR

MEGAN GALÁN

Capítulo 1

Amelia sabía lo que estaba haciendo.

Al menos creía que lo sabía.

Despacio, miró a un lado y otro de la calle e hizo unas señas al primer chico que pasó por la calle.

El desconocido la miró extrañado pero no se detuvo, sino que pasó más rápido por su lado, acercándose más a la pared y evitando acercarse al coche donde Amelia esperaba.

—Pareces una acosadora —rió Ann desde atrás del coche.

Su amiga tenía los brazos cruzados y esperaba expectante.

Amelia puso los ojos en blanco.

—Callate.

Sabía lo que hacía...

¿No?

—Sí, sí, lo que tu digas.

Vio pasar a un nuevo chico y repitió lo mismo que con el anterior, haciéndole unas señas con la mano.

—Ey.

Amelia vio como el chico la miraba fijamente pero al igual que el anterior, seguía su camino, aunque esta vez no se pegó a la pared para pasar a su altura.

—Otro que pasa de ti.

Ann gruñó algo.

—Que sosos son estos chicos de hoy en día.

—Tú que pareces una vieja muy lanzada.

Ann miró a su amiga enfadada a través del espejo.

—¡Tengo veintiocho años!

—Al menos diez años menos que tú.

—Oh, vale, de acuerdo —protestó—. Tienes razón.

Ann rió desde el asiento de atrás.

—Siempre la tengo.

Ann no era excesivamente arrogante pero posiblemente ella ya hubiera ganado la apuesta si hubiera sido ella quien se encontrara en su lugar.

Su amiga era guapa, exuberante, con amplias curvas y no mucho más gordura que ella que era prácticamente un palillo.

Las dos tenían el cabello de un tono claro, pero mientras que Amelia se

veía obligada a llevarlo por encima de los hombros ya que no le favorecía el cabello largo, Ann disfrutaba de una hermosa melena casi por la cintura

Al menos Amelia tenía unos ojos azules, muy claros, tal vez lo más significativo que tenía a diferencia de los castaños de su amiga.

—No aparecen chicos de otra edad.

—Así que has decidido seducir a un niño y llevarlo a la fiesta
Amelia volvió a gruñir.

—Si no tengo otra alternativa...

—Eso tiene un nombre —canturreó Ann desde atrás.

—Oh, vamos, cállate.

Claro que sabía que lo que ella trataba de hacer con un niño podía considerarse un delito.

Pero no era como si fuera a salir en serio con él.

Y mucho menos acostarse con él se le pasaba por la cabeza.

Solo necesitaba una víctima desconocida para convencerle sin revelar el plan que la acompañase a la fiesta que celebraba la compañía todos los años por su aniversario.

Servía cualquier hombre.

De cualquier edad.

Solo tenía que ser un desconocido.

Amelia suspiró, mirando de nuevo al nuevo muchacho que seguramente se acercaba al colegio a esas horas.

—Mira, otro —lo señaló Ann con el dedo.

Otro crío —se lamentó.

Ann volvió a reír mientras la veía hacer los mismos gestos con la mano y esta vez sonreía coqueta.

—Ey, perdona, muchacho.

—¿Qué quieres? —gritó el chico, arrancándose los auriculares de las orejas y mirándola furioso.

Amelia enmudeció de golpe.

Joder con los niños de hoy en día...

—Eh...

Amelia no sabía que decir.

Tal y como se comportaba el muchacho no parecía estar dispuesto a dejarse seducir.

Tampoco era tan feo, aunque los percings de la nariz sobaban.

Miró a su amiga desde el espejo y ésta le devolvió la mirada,

encogiéndose de hombros.

—Yo no digo nada.

—Bueno, ¿qué? ¿Quieres algo o no?

El chico parecía cada vez más enfadado y Amelia no dudaba que de un momento para otro no se acercara al coche estacionado en doble fila a partirles la cara a las dos.

—Eh... No —dijo sin convicción—. Me he equivocado de persona.

El chico le enseñó el dedo anular y comenzó a alejarse.

—Será gilipollas la tía esa —le oyó decir.

—El uno para el otro —aseguró Ann riéndose a carcajadas.

—Ya te vale —gruñó

Amelia le lanzó una furibunda mirada pero su amiga siguió riéndose.

—Algo me dice que pierdes la apuesta.

Amelia maldijo.

La apuesta era una tontería.

Al menos debía serlo, pero su orgullo estaba puesto en ella y se negaba a perder tan fácilmente.

Todas sus compañeras del trabajo habían asegurado en una conversación trivial, que Amelia era muy aburrida, nada espontánea y que no era divertido pasar el tiempo con ella, que por eso no tenía pareja.

Habían dicho que por eso nadie quería salir con ella.

Amelia, toda enfadada, había saltado como un basilisco, negando cada una de las acusaciones y antes de darse cuenta estaba metida en eso.

En una apuesta.

Y de lo más absurda.

Pero en aquel momento aquello le parecía cada vez más absurdo.

—Si al menos pudiera elegir otro lugar...

Para interceptar a ese desconocido a quien seducir en ocho horas y convencerlo para que le acompañara a la fiesta como un dócil corderito a sus pies.

Joder.

Amelia golpeó el volante.

¿De verdad había aceptado algo así?

Pero se negaba a aceptar que era aburrida y poco cariñosa.

Admitía que tenía sus defectos y que no iba a ganar en un concurso de miss universo pero ¿aburrida?

¿De verdad la rechazaban por ser aburrida?

¡Ni en broma aceptaba eso!

—No creo que el problema sea el lugar donde tengas que abordarlo —
aseguró Ann con un bostezo

—Por supuesto que es un problema.

Su amiga se encogió de hombros

—De acuerdo, ¿qué vas a hacer?

—No lo sé.

—¿Te rindes?

¡Claro que no!

Miró a su amiga indignada y Ann se encogió de hombros.

—Vamos, entonces elige a alguien que el tiempo pasa y la fiesta se acerca
peligrosamente.

—Ya lo sé, he visto la hora yo también.

—Vale, vale.

Las dos miraron al grupo de cuatro chicos junto a una chica que pasaba
en ese momento.

No pasarían de los diecisiete años

Amelia maldijo, cerrando los ojos.

—Joder...

—Bueno, si te presentas con uno de esos y le das el morreo de tu vida
delante de todos no volverán a llamarte aburrida.

Amelia puso los ojos en blanco.

—Sí hago eso y en público, me veo en rejas antes de mañana

Ann volvió a reír.

—Qué poco aventurera eres.

—¿Por qué no pruebas a hacerlo tú?

Era evidente que el resultado sería diferente.

Anne enseñó los dientes.

—A diferencia de cierta solterona, soy una mujer comprometida.

—Yo también lo estoy.

—Con el trabajo y no es lo mismo —aseguró Ann con mofa.

Amelia hizo una mueca.

—De acuerdo —aceptó—. No voy a ir con ningún niño.

Y era la mejor decisión que podía tomar.

En realidad iba a ser bastante desagradable tener que explicar a un niño
inmaduro y con las hormonas descontroladas que solo había sido un engaño
para ganar una apuesta...

Y si lo ponía así hasta a ella le sonaba horrible.

—¿Y qué vas a hacer? Que ligués con alguien enfrente de la floristería de la hermana de Carol te limita bastante.

—Ya, bueno, no se me ocurrió sugerir una discoteca.

—A estas horas hubieran estado todos sobrios, no hubiera habido diferencia.

Amelia fulminó con la mirada a su amiga.

—Gracias por tu apoyo.

—Somos amigas, no necesito adularte, puedo permitirme ser sincera.

—Creo que prefiero que comiences a buscar alguna forma de ayudarme que a seguir criticando.

—Me resulta más divertido ver tus intentos por cometer un delito con esos niños menores de edad.

Amelia chasqueó la lengua.

—No voy a ir con ninguno de ellos. Ya te lo he dicho.

—No hay tantas alternativas...

Las dos se quedaron en silencio de golpe.

Un hombre que rondaría los treinta años, de cabello negro y ojos grises, caminaba elegantemente por la acera.

Hasta a Amelia le sorprendía ver como a alguien de su estatura, seguramente un metro ochenta, pudiera andar de esa forma llevando un chándal y unas deportivas como si estuviera llevando un traje de marca.

Amelia enarcó una ceja y miró a Ann que miraba al hombre asombrada antes de desviar la mirada hacia ella.

—Podría ser un buen candidato.

—¿Podría?

Amelia la miró incrédula y Ann puso los ojos en blanco.

—Lo es, lo es —aceptó.

—¿Entonces voy?

—¿Te crees capaz de seducir a ese hombre?

Las dos lo miraron.

—Bueno...

—Creo que tendrías más posibilidades con alguno de los niños.

—¡Oye!

—¿Qué? —rió su amiga.

—Podrías apoyarme para variar.

—Necesitas algo más que ánimos o apoyo.

—Muy graciosa.

Amelia se fijó que el hombre pasaba de largo del coche, sin girarse a curiosear que estaba dentro del vehículo aparcado en doble fila y le entró ansiedad.

Puede que Ann tuviera razón y sus posibilidades fueran bajas...

Vale, nulas.

Si comenzaba así, tal vez era mejor reconocer que era aburrida y poco espontánea.

—Se va...

—Vale, voy a ir.

—¿En serio?

Ann pareció sorprendida y echó el cuerpo hacia delante justo cuando ella respiraba hondo y abría la puerta sacando medio cuerpo para correr tras ese hombre.

—Ahora vuelvo —murmuró, notando como se le aceleraba el corazón de los nervios.

—Oye, oye —escuchó a su amiga mientras se bajaba y cerraba la puerta con un portazo y aceleraba el paso para alcanzarlo.

Horrorizada, vio como el hombre hacia unos estiramientos con los brazos y se preparaba para echar a correr de nuevo.

Aceleró se nuevo el paso, arrepintiéndose de llevar las sandalias y no otro calzado más cómodo y prácticamente lo detuvo agarrandolo del brazo para impedir que comenzara a correr.

Despacio, entrecerrando los ojos, el hombre giró la cabeza para mirarla, devorando la con su intensa mirada.

Amelia contuvo la respiración inconscientemente.

—¿Qué quieres? —se interesó él con voz fría y suave, como una caricia.

Capitulo 2

Andy disimuló una sonrisa.

No podía creer que estuviera ocurriendo algo así.

Al menos no frente a él.

Desde que prácticamente tenía uso de razón, ver a las mujeres tratando de adularle, seducirle, había sido algo muy normal.

Y no solo por su aspecto, algo que agradecía a la belleza de su madre.

Sino porque a la ya increíble herencia de sus padres, había sabido administrarla e invertirla de tal manera que ahora se podía considerar uno de los hombres más ricos del país.

Y había pocos hombres y mujeres que no desearan estar a buenas con él.

Y más en el caso de las mujeres cuando era uno de los solteros más codiciados para las altas esferas sociales.

Así que en realidad había visto de todo.

Pero aquello...

No podía negar que esa situación se le escapaba de las manos.

Eras sencillamente inaudito.

—¿No te apetece? —insistió la desconocida.

La mujer parecía nerviosa y no dejaba de echar rápido vistazo hacia atrás, hacia el pequeño coche de color grisáceo que había mal aparcado a pocos metros.

—¿Te refieres a tomar un café?

Aún seguía son creerse que la mujer le hubiera abordado en mitad de la calle, agarrándolo del brazo y quedándose completamente muda y ligeramente sonrojado cuando él le había preguntado qué quería.

—Sí, bueno...

La mujer volvió a mirar hacia atrás.

Al final, después de que él repitiera la pregunta, ella había abierto y cerrado la boca varias veces, como si se pensara lo que iba a decir y soltó atropelladamente que fueran a tomar un café.

A bocajarro.

No le hubiera sorprendido en otras circunstancias.

O en otro contexto.

Por lo general las mujeres solían presentarse primero, generalmente en la

oficina, en una gala, una fiesta... Después iban ganando terreno, como si él no se diera cuenta de lo que estaban tratando, y por último trataban de quedar.

O se ofrecían sutilmente.

Una noche de sexo.

Nadie le había abordado hasta ahora para casi ordenarle que fueran a tomar café.

Incluso tenía el ceño fruncido.

Solo le faltaba una pistola para obligarle a andar hacia una cafetería.

—¿Y ta está?

La mujer pareció sorprendida con su pregunta y se olvidó por un momento girar el cuello para mirar hacia el coche.

—No le entiendo...

Andy se fijó en el coche.

Estaba seguro que se había movido alguien más en la parte de atrás o puede que lo que hubiera visto fuera unas manos pegadas al cristal, como si les estuviera mirando fijamente.

Volvió a mirar a la mujer.

Era bonita.

De alguna manera.

Era tal vez demasiado delgada, cabello rubio tostado por los hombros, unos bonitos ojos que parecían asustados, piel blanca con mejillas sonrojadas... Aunque Andy estaba seguro que se debían a la vergüenza y una altura bastante considerable teniendo en cuenta que no había una gran diferencia con él pese a ir con unas simples sandalias sin nada de tacón.

Tampoco vestía para nada llamativa, tratando de enseñar aquello poco que podría mostrar.

Llevaba una falsa larga estampada y una camiseta negra con cuello alargado bajo una chaqueta abotonada hasta la mitad.

Si lo que pretendía era seducir, no estaba usando ni la manera ni las palabras adecuadas.

Pero tal vez por eso le llamaba tanto la atención.

Ni siquiera parecía motivada.

—¿Tomamos un café y ya está?

—¿Qué?

Aquello era asombroso.

La mujer volvió a mirar hacia atrás, sin saber qué decir.

—En realidad... ah... Si lo prefieres podemos dar una vuelta.

—Una vuelta...

Nada de sexo.

Eso no estaba ofreciendo.

Era evidente.

—¿Por qué motivo quieres que vayamos a tomar un café o dar una vuelta?

Vamos, al menos estaba en su derecho saber eso.

Sin embargo ella pareció horrorizada con su pregunta y comenzó a gesticular exageradamente.

—Oh, no, no. No hay ningún motivo, solo me apetecía ir a tomar algo...

—¿Con un desconocido?

—Eso....

De nuevo mirando hacia atrás.

—¿No había nadie más disponible?

La expresión de culpabilidad de la chica le dejó descolocado y Andy entrecerró los ojos.

—No... Bueno...

—De acuerdo —soltó de pronto, haciendo que ella lo mirara sorprendida—. ¿Y por qué antes no nos presentamos?

—¿Qué?

—Tu nombre —rió él.

—Ah —ella pareció dudar, frotándose las manos—. Soy Amelia.

Él asintió despacio.

—Amelia —repitió—. Pues muy bien, yo soy Andy —dijo con una nueva sonrisa, dándose cuenta como el rubor de sus mejillas se intensificaba y Andy no pudo evitar echar de su mente la cena perversa, juguetona.

Aquello podía ser divertido.

—Pero me temo que el café tendrá que ser otro día. Hoy iba a correr un rato.

—Oh.

La mirada de decepción de ella no pudo ser más clara pero Andy vio como se reponía rápidamente y sonreía, sorprendiéndolo.

Vale, tenía una sonrisa preciosa

—Yo también pensaba correr un rato.

—¿Ahora?

Sin pretender hacerlo, Andy la examinó de arriba abajo, comprobando una vez más su conjunto y deteniéndose en sus sandalias.

No podía ser una mentira más descarada.

—Sí, sí —aseguró ella con una media sonrisa, lanzando una nueva mirada más intensa al coche. Aquello comenzaba a ser sospechoso—. Estaba pensando en correr un rato y...

—Por curiosidad —la interrumpió él, haciendo que ella diera un bote tal vez por el tono un poco rudo de él.

Andy maldijo para sí mismo.

La chica podría ser extraña.

Al menos sus intenciones.

Pero eso no quitaba que le estuviera resultando divertida la situación.

Y saber hasta donde llegaban las intenciones de ella era demasiado tentador como para echarlo a perder por ser un poco rudo con ella.

—¿Si? —preguntó Amelia con timidez.

Andy sonrió radiante.

—Sólo quería saber por qué me habías detenido en medio de la calle.

—Eso...

O no lo sabía o no quería decírselo.

Como fuera, eso no era importante.

—De acuerdo, ya que los dos planteábamos correr un rato...

Ella pareció animada de pronto y lanzó una sonrisa hacia el coche.

Andy también miró el coche.

¿Qué ocurriría si se acercaba hasta el coche y comprobaba lo que había dentro?

Era obvio que la diversión terminaría.

Lo pensó un momento y señaló el camino delante de él, invitándola a pasar primero.

—¿Qué tal si vamos juntos?

Capítulo 3

—¿Qué ha pasado?

Ann miró a su amiga entre divertida y preocupada.

Aunque la batalla por la curiosidad estaba ganando de una manera impresionante a la diversión y la preocupación.

Amelia hizo un extraño movimiento de manos, sin levantar la cabeza y la parte del cuerpo que había dejado agotado sobre la mesa de la cafetería.

Con disimulo, Ann consultó el reloj.

—Has estado con él una hora —y de pronto, como si se le ocurriera algo, se llevó una mano exageradamente a la boca—. ¡No me digas que estás tan cansada porque...!

No terminó la frase pero no lo necesitó.

Amelia levantó la mirada y le asesinó con ella.

—Que graciosa.

—El sexo salvaje explicaría muy bien el por qué estás tan cansada.

—No me digas —gruñó Amelia con ironía son cambiar la expresión.

—En una hora más que suficiente.

—También para terminar agotada y con los pies destrozados después de que ese monstruo con piel de cordero...

—¡Y vaya corderito!

Ann se lamió los labios y Amelia hizo una mueca, enseñándole los dientes.

—¡Me ha hecho correr durante una hora!

—Oh.

Ann miró hacia otro lado, decepcionada.

En realidad no había esperado que su amiga hubiera pasado un buen rato con aquel desconocido en una habitación de hotel pero había que reconocer que aquel hombre se merecía un poco de atrevimiento.

—¿Qué es ese oh?

—Nada.

—¡Estoy agotada!

Ann enarcó una ceja.

—¿Te obligó?

—¿Qué?

—A correr.

—Claro que no.

—¿Entonces para qué corriste?

Amelia bufó.

—¿A ti qué te parece?

Ann la miró con curiosidad mientras su amiga se enderezaba.

—Ni idea.

Ella ni loca se hubiera puesto a correr con esas pintas.

—¡Para poder pasar tiempo con él!

—¿Y te acoplaste a él sin más?

—Claro que no. Él dijo que corriera con él —soltó su amiga indignada, consultando la hora.

—¿Quiso que corrieras con él?

Ann parecía incrédula.

—¿A qué viene ese tono? ¡Claro que quiso!

—¿Y qué ha ocurrido? Porque queda una hora menos.

Amelia gruñó.

—Ya lo sé.

—¿Y bien?

Ann vio como su amiga engullia el resto de su botellin de agua y se limpiaba la boca con una servilleta antes de dar un golpe en la mesa.

—¿Qué me pongo?

—¿Cómo?

Ann la miró confusa.

—He quedado con él dentro de media hora para comer.

—¿En serio?

¿Iba a ser verdad que su amiga podía conquistar a un hombre como aquel?

Si lo conseguía tanto ella como el resto de la oficina iban a tener que aprender a mantener la boca cerrada.

—Sí, pero no sé qué ponerme. Por eso te he llamado.

Increíble.

Ann sonrió.

—Sólo ve espectacular.

Capitulo 4

Amelia se miró de nuevo en el cristal del escaparate y torció los labios, no muy segura de que la ropa que Ann había escogido fuera muy apropiada.

Tampoco era su estilo.

Suspiró.

Nunca se había visto enfundada a su edad con unos pantalones cortos, medias y zapatos de tacón alto, algo que apreciaba que su pareja fuera más alto que ella y mucho menos con una camisa semi transparente sin mangas...

¿De verdad Ann no se había burlado de ella?

—Si apareces con eso no te quitará los ojos de encima. Te lo aseguro —había dicho su amiga.

—Parezco una fulana —gruñó Amelia

Dio un paso al interior de la cafetería donde habían quedado y lanzó una furibunda mirada a los dos hombres que se giraron para mirarla cuando pasó por su mesa y caminó hasta el fondo donde reconoció el cabello de Andy de espaldas a ella.

Antes de llegar a su altura, tomó aire y trató de recordar como se sonreía.

—Hola, espero que no hayas tenido que esperar mucho tiempo.

Andy levantó la cabeza de la tablet que estaba consultando y se levantó de inmediato, girándose con una sonrisa.

—No, acabo de...

Sus palabras murieron de golpe cuando sus ojos repararon en su ropa, enarcando una ceja visiblemente divertido.

—No es apropiado, ¿verdad?

Él pareció reaccionar.

Ah, sí, a mi no me molesta. Si a ti te gusta...

—No, si no me gusta —gruñó Amelia, pensando en asesinar más tarde a su amiga, posiblemente en la fiesta cuando llegara del brazo de ese hombre y ganara la apuesta.

—Perdona mi atrevimiento entonces, pero... ¿por qué te has vestido así?

Amelia hizo una mueca.

Ni loca le decía la verdad.

Bueno, no lo hacía porque en el acuerdo de la apuesta entraba que la otra parte no debía saber nada.

Joder, si lo pensaba fríamente aquel hombre parecía tener la suficiente mala leche para partírsela la cara una vez se enterara que aquello era una farsa.

—Bueno... Una amiga dijo que estaba a la última moda...

Andy enarcó una ceja.

—Supongo que lo es si se pretende seducir a un hombre.

Amelia se sonrojó violentamente.

—No, no es eso...

—Aunque más que seducir yo diría que calentar y provocar a un hombre. Esta vez Amelia no dijo nada, se limitó a mirarlo horrorizada y mirar a su alrededor completamente abochornada.

Joder, joder.

Ella no era ese tipo de mujer.

Definitivamente iba a matar a Ann.

—No es eso —gruñó ella, incapaz de seguir mirándolo a los ojos—. Lo siento, mejor me voy.

Ann se dio la vuelta y caminó hasta la salida, esta vez notando de manera paranoica como la miraba todo el mundo y apresuró el paso.

—¡Espera!

Amelia notó como alguien la agarraba del brazo y la obligaba a detenerse en mitad de la calle.

Se giró sorprendida.

—¿Qué?

Andy sonreía paciente y sus ojos brillaban expectantes.

—No eres una mujer de esas, ciertamente.

—¿Cómo?

Amelia lo miró confusa.

—Sé lo que me digo —rió él.

Ella pudo mala cara.

—Que bien porque yo solo siento que te ríes de mí y creo que por hoy ya he hecho el suficiente ridículo.

—No me río de ti —aseguró él sin borrar la sonrisa.

—No resultas muy convincente.

—Perdona pero la situación me ha parecido divertida desde el principio.

—¿Cómo?

—¿De verdad creías que alguien se iba a tragar tu torpe tonto mientras no dejabas de mirar hacia el coche mal aparcado frente a aquella floristería?

Amelia lo miró horrorizada y avergonzada y se llevó una mano a la cara para darse un poco de aire.

—Menuda manera de hacer el payaso.

—A mi me resultó entretenido.

—Me alegra que alguien encontrará algo de diversión en esto.

—Pero tengo una curiosidad —insistió él.

—¿Cuál?

Total, más de lo que había hecho el ridículo no podía hacerlo.

O sí.

Pero no iba a pensar ahora en eso.

—¿Qué era lo que intentabas?

—Ah...

Amelia se mordió el labio.

Vale, daba igual, ya había perdido la dichosa apuesta. Sólo faltaban dos horas y media para la fiesta y no iba a conseguir seducir a nadie.

Había perdido.

¿Qué importaba contarle la verdad?

Aparte de hacer el ridículo no había ganado más que un escarmiento.

Y encima también le debía unas disculpas por haber intentado ubicarlo.

—¿No puedes?

—No es que no pueda —admitió ella de mala gana—, pero cuesta admitirlo.

—No puede ser tan malo —insistió.

Amelia se perdió unos instantes en la profundidad de esa mirada y se olvidó por un momento de la ropa que llevaba y las miradas que la observaban, preguntándose ridículamente qué oportunidades hubiera tenido con ese hombre en otras circunstancias.

No podía dejar de admitir que la atraía bastante.

Como nunca antes lo había conseguido ningún otro hombre.

—¡Está bien! —aceptó a regañadientes.

—Escucho.

Amelia hizo una mueca.

—Tenía una apuesta.

Amelia tardó en levantar la cabeza para mirarlo pero cuando lo hizo se quedó sorprendida

Andy no había dejado de sonreír, es más parecía aún más interesado.

—¿Y de qué era la apuesta?

Amelia arrugó el ceño.

—¿No deberías exigir que te pudiera perdón?

Su sonrisa se ensanchó.

—Si eso te hace feliz...

—¿Te estás quedando conmigo?

—No, no.

—¿Te acabo de decir que he intentado usarte para ganar una apuesta y te da igual?

—No, no. No me da igual —rió él—. Me parece muy interesante.

—Interesante...

De acuerdo, se estaba burlando de ella.

Bueno. Amelia suspiró.

Se lo tenía merecido.

—Sí, sí. ¿Y de qué trataba la apuesta?

Amelia lo estudió detenidamente.

—Dicen... —comenzó, despacio, tomándose su tiempo para responder— que soy muy aburrida —siguió mirándolo fijamente, sintiéndose observada por los intensos ojos de aquel hombre—, que no soy nada espontánea y que por eso...

Amelia puso los ojos en blanco.

¿De verdad iba a contarle algo tan íntimo a un desconocido que lo normal sería que estuviera enfadado con ella por todo ese asunto?

Volvió a suspirar.

—¿Por eso? —insistió él, dando un paso hacia ella.

Amelia retrocedió instintivamente y vio como aquel hombre de ensueño sonreía.

—Eh... —Amelia buscó algo para justificar su movimiento y luego sacudió la cabeza, restándole importancia al asunto—. Que por eso no tengo ni novio, ni pareja...

Y ya puestos que llevaba sin sexo un milenio.

Vale, no, eso no iba a decirlo.

—¿Por eso la apuesta?

—Bueno, sí... más o menos —Amelia puso los ojos en blanco.

—¿Más o menos?

Andy puso pacientemente el peso de un pie en otro y Amelia miró el movimiento casi de manera hipnótica.

—La apuesta era que conquistaría en ocho horas a cualquier hombre que pasara por... Bueno, por donde pasaste tú. Era para no hacer trampa y que no fuera alguien conocido... Da igual —soltó Amelia a trompicones, sintiéndose cada vez más ridícula—, y lo llevaría conmigo a la fiesta del aniversario de la empresa de esta noche.

Amelia dejó de hablar y Andy siguió mirándola, sin borrar la sonrisa y ella desvió la mirada incómoda.

—Y así demostrar que no eras ni aburrida, ni poco seductora...

Amelia puso los ojos en blanco.

—Básicamente.

—¿Y qué ganabas tú si lo conseguías?

Amelia no pudo evitar reír como una tonta.

—Libres todos los lunes durante seis meses —admitió, mirándolo de refilón. Andy había levantado una ceja con curiosidad y puso los ojos en blanco, gesticulando exageradamente mientras intentaba explicarse—. Los lunes libramos siempre alguien de la empresa y tenemos hecho un calendario, así que cada una de nosotras nos toca un lunes al mes fiesta pero si ganaba tendría todos los lunes festivo —rió encantada.

—O no esperaban que ganases o no les importa demasiado perder un lunes al mes...

—Bueno... —desvió de nuevo la cabeza, lanzando una mueca a la mujer que la miró de arriba abajo y arrugó el ceño, contrariada por su ropa—. Yo diría que no esperaban que ganase.

Amelia suspiró.

—¿Y si pierdes?

—Aparte de perder mis lunes... Me tocará llevar el café a todas durante esos seis meses.

Andy silbó y Amelia lanzó un suspiro de resignación.

—Siento haberte involucrado en esto. Sé que era bastante mezquino desde el principio pero me dejé llevar y no pensé en las consecuencias. Lo siento.

Amelia miró de nuevo a su alrededor y lanzó una significativa mirada a Andy, mostrando con disimulo su ropa.

—Será mejor que vaya a cambiarme —se dio la vuelta—. ¡Y gracias por escucharme —añadió rápidamente, girando un poco la cabeza—. Y por no enfadarte.

Andy sonrió tranquilamente.

—¿Y qué ocurriría si por casualidad me gustases?

Amelia que había dado un paso estuvo a punto de tropezar con los zapatos y posiblemente no se cayó al suelo porque él la sujetó, rodeando su cintura con un brazo y le ayudó a enderezarse, dejándola a escasos centímetros de su rostro. Amelia contuvo la respiración, perdiéndose en la mirada de aquel hombre y en el fuerte contacto de sus brazos alrededor de su cuerpo.

La sensación era...

Abrumadora.

Los dos se miraron fijamente unos instantes hasta que ella parpadeó, dándose cuenta que ahora llamaba aún más la atención que antes pero no intentó apartarse de él.

—¿Qué...?

—Me gustas.

—¿Eh?

Sin lugar a dudas estaba escuchando mal.

No había otra explicación.

—Así que, ¿por qué no me invitas correctamente a la fiesta?

Amelia solo se dio cuenta de que tenía la boca abierta cuando la cerró inconscientemente.

—Creo que no te sigo —admitió desconfiada.

—Vale, puede que tu intento de seducción no haya servido —y levantó una mano para impedirla protestar—, pero admito que me siento muy interesado por ti. ¿No sirve?

Amelia parpadeó, aún sin creerse lo que estaba escuchando.

O más bien buscando lo oculto del mensaje

—¿Por qué? —preguntó al final.

Andy la miró divertido.

—Por tu sugerente ropa seguro que no —rió, consiguiendo que Amelia pusiera los ojos en blanco y volviera a sonreír—. Tienes una sonrisa preciosa.

Amelia la borró de inmediato y carraspeó mirando a su alrededor.

—No me refería a eso.

—Digamos que quiero... pasar más tiempo contigo y creo que acompañarte ahí me ayudará a que aceptes.

—Ya te digo que no soy muy divertida.

—¿Y si lo que te pido es que pases la noche conmigo?

Oh.

Amelia lo miró fijamente, notando como se le aceleraba el latido del corazón y le resultó prácticamente imposible desviar la mirada.

—¿Me estás proponiendo que nos acostemos?

—Por los lunes fiesta durante seis meses, sí.

—¿Ese era el interés por mi del que hablabas?

Sabía que debía sentirse ultrajada, ofendida tal vez, pero no sentía nada de eso. Después de mucho tiempo se sentía viva y deseada y eso hacía que toda la sangre en su cuerpo hirviera.

Desde el principio aquel hombre le había atraído.

Y de una manera casi ridícula.

Y ahora él, quien posiblemente podría tener a cualquier mujer decía que quería acostarse con ella.

—Parece ser un razonamiento más aceptable para ti.

—No... exactamente —murmuró y carraspeó débilmente poniendo en orden sus pensamientos.

—¿Y bien?

—Creo... —y con todo el pesar de su corazón—, que no voy a aceptar.

Andy suspiró aunque no borró la sonrisa, más bien a Amelia le pareció que la ensanchaba y cierta diversión bailaba en sus ojos.

—Una pena, supongo.

Amelia sonrió con cierta timidez y se sintió ridícula cuando el brazo del hombre la soltó y trastabilló con sus propios pies.

—Nos vemos —dijo él a modo de despedida, levantando una mano mientras se giraba y se iba en la dirección opuesta a la que ella había tomado.

Con un suspiro, Amelia lo miró unos instantes mientras se perdía de vista y volvía a notar las miradas de curiosidad y contrariedad por sus pintas y con paso decidido volvió a retomar el camino hacia casa, dispuesta a cambiarse de ropa y enfrentarse a sus compañeras cuando tuviera que admitir que había perdido la apuesta.

Capítulo 5

—No tienes acompañante —razonó con cierto regocijo Victoria.

Amelia asintió con la cabeza, mirando la expresión contrariada de su amiga.

Ann había mantenido esa expresión de disgusto desde que había ido a recogerla e incluso por teléfono Amelia no había necesitado mucha imaginación para saber la cara que había puesto su amiga al escuchar que había rechazado el ofrecimiento de aquel hombre.

—¿Tú eres tonta?

—Era lo correcto.

Y era lo que Amelia se había estado repitiendo desde el momento que dejó de ver la espalda de Andy.

Correcto...

—¿Correcto? Lo que es correcto es que acabas de dejar pasar la oportunidad de tu vida.

—Ni siquiera he ganado la apuesta limpiamente porque le he contado la verdad a él. No podía aceptarlo.

—¿Pero de qué hablas?

—¿Hm? De la apuesta... ¿De qué estamos hablando entonces?

—¡De un hombre! No, no de un hombre no —gruñó su amiga desde el otro lado de la línea—. Hablamos de ese hombre. A la mierda con la apuesta. ¡Como si realmente importase en un momento así!

—Pero...

Las palabras de su amiga resonaron en su cabeza y por primera vez comenzó a sentirse realmente como una tonta.

¿Por qué no había dejado olvidada la apuesta y había aprovechado las circunstancias para quedar con él?

Había estado a punto de soltar el teléfono dándose cuenta de lo que había hecho pero la voz de Ann al otro lado la mantuvo con los pies en la tierra y el móvil fuertemente apretado entre sus dedos.

—¡Si a ti no te interesaba podías habérmelo presentado!

—No es que no me interesara. Además, no estaba segura de mí misma por la ropa que dijiste que llevara.

La discusión con su amiga había seguido igual de absurda hasta que finalmente habían colgado pero las palabras de Ann aún resonaban en su cabeza.

—Él dijo que estaba interesado en ti.

No habían sido esas exactamente sus palabras pero aún así, incluso olvidándose de la dichosa apuesta, Amelia sabía que podía haber quedado con él...

Incluso para pasar una noche con él le valía.

¿Cuándo había sido la última vez que tuvo sexo?

Ni siquiera quería pensar en ello.

Y ahí estaba, en la entrada del hotel donde se celebrará la fiesta, deprimida, con un vestido de Ann arreglado por la espalda de color negro y demasiado brillante para su estado de ánimo, con unas compañeras sonriendo triunfales y una amiga que seguía con expresión de enfado y un letrero en los ojos cada vez que la miraba en el que rozaba "eres idiota"

Amelia suspiró.

Aquello no podía ir peor.

—Entonces organizaremos el calendario —siguió Virginia con un vestido de color rosa aún más llamativo que el suyo, y no sólo por el color pero Amelia dudaba que ni hubiera un solo hombre en la fiesta que no admirara sus sugerentes senos que prácticamente dejaba en su totalidad a la vista. ¡Hasta Ann era ensombrecida por aquel llamativo escote!

—Sí —continuó Victoria—, y a mí me gusta el café con leche, tibio y sin azúcar.

—¿No lo ha conseguido? —preguntó de pronto Diana, acercándose desde la puerta de entrada y entregando su cazadora y su bolso de fiesta antes de reunirse con ellas—. Bueno, era algo que ya sabíamos. No te ofendas —añadió rápidamente con una no muy bien elaborada sonrisa de disculpa.

—No...

—Bueno, tú tampoco esperabas conseguir a alguien, ¿verdad, Amelia? Amelia escuchó como Ann bufaba a su lado, aún en silencio.

—Ni siquiera te habrás atrevido a acercarte a nadie —rió Virginia.

Ann volvió a bufar.

—Como sea —siguió Victoria—. Te dejaremos el lunes una lista con los cafés que tomamos para que te encargues de ellos...

—Vale...

—Vale y una mierda —explotó Ann al fin, lanzándole una asesina mirada

antes de apartarse del grupo enfadada.

—¿Y a esa qué le pasa? —protestó Diana.

—Déjala.

—Como sea, Amelia, recuerda lo del lunes y no pienses demasiado en lo ocurrido. Simplemente se te quedaba muy grande y me estaría más tiempo contigo pero mi pareja me está esperando y...

Virginia se calló bruscamente y miró a su espalda, atravesando su cuerpo y Amelia miró como las tres parecían de pronto alucinada por algo.

Despacio y con cierta curiosidad se giró ella también y estuvo segura que todo el color de su rostro desapareció de golpe, en un segundo.

En recepción y haciendo uso de su encanto natural, Andy avasallaba a las dos chicas que parecían en shock ante la imponente presencia del hombre vestido con un traje formal de color negro y camisa blanca bajo una corbata.

Al girar la cabeza y verla, sonrió; le dijo algo a las chicas inclinando un poco la cabeza con indiferencia y caminó hasta ella.

Amelia notó como se le aceleraban los latidos del corazón y dejó de respirar justo cuando Andy se detuvo frente a ella.

Ni siquiera escuchó los murmullos de sus compañeras a su espalda. Su único interés estaba en el hombre de ensueño que tenía frente a ella.

—¿Qué...?

—Sé que te dije que me era imposible venir ya que me lo has pedido nada más conocernos —comenzó con una sonrisa capaz de quitar el sentido a cualquiera—, pero necesitaba verte de nuevo. No podía esperar. Te fuiste tan rápido del hotel...

Y para su sorpresa y la del resto de sus compañeras, la agarró de la cintura y la atrajo hacia su cuerpo, besándola sin ningún tipo de pudor.

Capítulo 6

Andy movió sin interés la copa de champán que tenía entre los dedos.

No era una mala fiesta, aunque no del estilo al que estaba acostumbrado.

Miró de reojo a Amelia que había sido arrastrada por un grupo de mujeres y no dejaban de cuchichear y mirarlo a él con lo que Andy imaginaba era disimuladamente.

No pudo evitar sonreír con disimulo.

Al principio había pensado en dejar pasar el asunto de Amelia pero no poder quitársela de la cabeza en todo momento le había animado a seguir con el juego que ella había comenzado.

Además, mentiría si dijera que entre sus planes menos ortodoxos se encontraba su intención de llevársela a la cama.

Era la primera vez que una mujer se había acercado a él de esa manera, sin conocerlo, sin saber quién era y cuando él había dicho que haría lo que ella quisiera, Amelia, volviendo a sorprenderlo, se había negado.

Y Andy tenía demasiada experiencia con las mujeres como para no saber lo que significaba la mirada con la que esa mujer lo devoraba

El juego simplemente le había resultado irresistible.

Y la idea era cuanto tardaría esa mujer en ceder y disfrutar bajo su cuerpo.

La idea le resultaba cada vez más excitante.

Incluso podía imaginársela bajo ese espantoso vestido que evidentemente no era de su talla.

—Vale, ¿qué pretendes? —murmuró ella acercándose tímidamente cuando por fin el grupo de rapaces la dieron algo de libertad.

Aunque era divertido verlas mirar en esa dirección sin nada de discreción, con mucha curiosidad y seguramente fingiendo que ni les interesaba y que todo aquello lo hacían con disimulo.

Andy giró el cuello hacia la mujer y tras detenerse un segundo en sus ojos, bajó descaradamente la mirada hacia su miserable escote.

Había quien no dejaba nada a la imaginación pero lo de aquella mujer era abusar de ser discreta.

—¿El vestido es por el apuro de la ropa de hace un rato?

—¿Qué? —Amelia se miró sin comprender y negó con la cabeza—. No, en realidad, no.

—Vale, no insistiré.

—Bien...

—¿Quieres una copa?

Andy le tendió su propia copa, una que aún no había bebido y Amelia fue a agarrarla pero se detuvo a mitad de camino, como sorprendida por algo y le miró a los ojos muy seria.

—¿Qué haces aquí?

—Si hablas alto alguien nos oirá.

Andy la sonrió y Amelia sacudió la cabeza, confusa.

—Dije que no los engañaría... Yo no...

Andy vio divertido como la mujer se envaraba y su rostro adquiría un tono rojo irresistible.

—¿No me has conquistado? —la ayudó él—. Vamos, creo que sí lo has hecho. Estoy completamente rendido a tus pies.

Amelia puso los ojos en blanco.

—Ya, claro. ¿Y qué fue eso del beso?

—Intentaba que fuera creíble.

—Por supuesto...

—¿Y bien?

La mujer lo miró extrañada.

—Y bien, ¿qué?

—¿Cuándo mi parte del trato?

Al principio Andy vio como ella realmente no comprendía a qué se refería pero poco a poco sus ojos parecieron iluminarse ante la comprensión al mismo instante que su rostro parecía teñirse aún más de rojo y como en un acto involuntario miró hacia donde se encontraban las mujeres que hacía un momento la habían estado interrogando.

—Eso...

—Podemos pedir una habitación en este hotel.

Nunca había estado antes pero no parecía ser un mal lugar...

Andy bajó la mirada hacia ella y se sorprendió de encontrar la expresión de Amelia ensombrecida, como si realmente estuviera teniendo un debate interior.

—No.... —la escuchó musitar, débilmente, mordiéndose el labio—. No pue...

—¿Hm?

No necesitaba realmente oírla para saber lo que estaba diciendo pero aún así la actitud de aquella mujer le suponía un misterio pero no era algo que

realmente necesitara saber con urgencia. De alguna manera le resultaba una delicia, algo que estaba dispuesto a saborear lentamente.

Tal vez no tenía tanta prisa.

Siempre había buscado una mujer así, natural, sin importarle quien fuera, alguien que tan sólo se dejaba llevar por impulsos.

Alguien genuino.

Y posiblemente ya la había encontrado.

—Lo siento, pero no puedo.

—Bien, de acuerdo —aseguró él prácticamente sin ninguna pausa tras las palabras de ella.

Amelia levantó la mirada hacia él.

¿Había dolor en su mirada?

—Si quieres delatarme está bien.

—En absoluto. He venido porque he querido, ¿recuerdas?

—Sí, pero...

—Nunca hicimos ningún trato...

—Pero...

—Además —insistió él, ladeando la cabeza para mirarla con una sonrisa —, te recuerdo que te dije que lo que quería era conocerte.

Esta vez fue ella quien lo miró sorprendida, con una expresión que parecía un poco de felicidad, tal vez esperanza y aquello hizo que Andy deseara abrazarla pero se contuvo.

—No puedes hablar en serio —murmuró—. Cuando ellas dicen que soy aburrida, que no tengo espontaneidad y que...

—A mí me parece todo lo contrario... o debo estar ya muy ciego que no veo ese tipo de defectos en tí.

Amelia sonrió.

—Muy ciego —rió.

Andy le tendió la mano y ella dudó antes de aceptarla.

—Al menos sí me concederás un baile, ¿no?

—No soy muy buena bailarina tampoco.

—Si decides darme una oportunidad... también puedo enseñarte a bailar.

Aún así Andy ya la arrastraba hasta la pista y antes de que ella pudiera rechazar la invitación, la agarró por la cintura y la obligó a seguir sus pasos, consiguiendo que se moviera entre pisotones, disculpas y risas avergonzadas.

Tampoco volvieron a hablar más del asunto mientras Andy conocía a su amiga Ann, alguien mucho más abierta que Amelia y quien no trató de ser

muy discreta mientras le hacía señas a su amiga quien no dejó de sonreír nerviosa y darle golpecitos para que se callara.

Cuando finalmente consiguió llevarla hasta casa pese a sus negativas pero engañada por su amiga, no hablaron demasiado por el camino y Andy bajó del coche, acompañándola hasta la puerta.

—Ha sido una noche increíble —aseguró ella en la puerta.

—Sobre todo el baile —bromeó él—. Creo que no olvidaré algo así en mi vida.

—¡Oye! —rió Amelia—. ¡Ya dije que no era muy buena!

—Lo dijiste —aceptó él.

Por un breve instante Andy estuvo seguro que Amelia le invitaría a pasar pero no le dio la oportunidad de que realmente lo pensara, retrocedió varios pasos y se despidió con una sonrisa.

—Espero que volvamos a vernos.

Vio de refilón como ella se mordía el labio y lo veía alejarse pero mientras él se montaba en su coche no pudo evitar echar la cabeza hacia atrás y mirarla una vez más, sonriendo.

Ahora era cuando comenzaba el juego.

Y no dudaba de que ya había ganado realmente.

Capítulo 7

—Si sigo mirando esa cara de tristeza te juro que te golpearé.

Amelia levantó la cabeza y miró a su amiga con expresión lastimosa.

Había pasado más de una semana de la fiesta y desde entonces no había vuelto a ver a Andy.

No es que esperase que él la llamase o algo así.

Y mucho menos que apareciera en su casa pero...

Suspiró amargamente y Ann le dio el prometido golpe en la cabeza.

—Ann...

—Si es por él te juro que te volveré a golpear —amenazó.

—Pero es que me gustaría tanto volver a verlo...

—Te lo advertí.

Ann volvió ya golpearla, esta vez con más fuerza y Amelia hizo una mueca de dolor mientras se llevaba una mano a la zona dolorida.

—Lo sé —murmuró.

¿Tan malo había sido ser precavida?

No, no había sido precavida. Decir eso era engañarse.

En todo momento se había sentido insegura, incapaz de dejarse llevar y cuánto más lo pensaba más se arrepentía de ello pero ya no había vuelta atrás.

—Nunca gané la apuesta.

—Pero la disfrutas, ¿no?

Ann se sentó frente a ella tras pedir un café y puso los codos en la mesa.

—Además tienen razón.

—Eres aburrida, poco espontánea y...

—No hace falta que continúes —gruñó Amelia.

—Sólo comentaba.

—Tenías razón.

Ann sonrió con suficiencia.

—Siempre la tengo pero e está ocasión, ¿a qué se debe?

—Debí aceptar.

—Claro que debiste. Si alguien te gusta, ¿a qué esperas? ¿Crees que los hombres caen a diario del cielo? Que conocieras a ese hombre fue el destino, podías haberle dado una oportunidad y si no funcionaba pues... Cada uno por su lado.

—Podía ser un psicópata —razonó Amelia sin demasiada convicción.

—Y también Dracula —contraatacó Ann poniendo los ojos en blanco—
¿En qué quedamos? ¿Quieres o no quieres verlo?

Amelia se hizo la remolona.

—Quiero verlo —reconoció.

Ann dio las gracias a la chica que dejó la taza de café sobre la mesa y se la llevó a los labios, saboreando la bebida antes de volver a dejarla sobre la mesa y la miró fijamente.

—¿Entonces a que esperas?

Amelia la miró o sin comprender.

—¿A qué te refieres?

—Verlo, ve a verlo.

Poco a poco Amelia fue sacudiendo la cabeza y sonrió con tristeza.

—No sé nada de él —se lamentó—. ¿Cómo se supone que lo busco?

—Te equivocas —dijo su amiga en el mismo tono de suficiencia de antes—. Sabes por donde pasa cuando va a correr y por el cuerpo que luce yo diría que es algo que hace con frecuencia.

Amelia la miró sorprendida, notando como se le aceleraba el corazón.

—¿Tú crees que...?

Ann se encogió de hombros.

—No pierdes nada, ¿verdad?

Amelia sólo tardó unos segundos en comprender lo que tenía que hacer y moviendo ruidosamente la silla hacia atrás, se levantó y miró hacia la barra con ansiedad.

—Ya me encargo yo de pagar lo tuyo —dijo Ann con una sonrisa oculta por la taza que se había llevado a los labios.

—Te debo una.

—Sí, sí, pero date prisa que nosotras nos lo encontramos dentro de quince minutos pasando por allí.

Amelia asintió y se apresuró a salir de la cafetería.

El lugar donde lo habían visto aquel día y no se encontraba muy lejos y Amelia recorrió todo el trayecto corriendo hasta que se detuvo frente a la floristería, con la respiración entrecortada, sudando y un dolor espantoso por culpa de sus zapatos con algo de tacón.

Se apoyó en la pared al lado de la tienda y miró a un lado y otro de la tienda pero mientras pasaba el tiempo no aparecía Andy.

Desmoralizada, tras media hora se apartó de la pared y caminó de vuelta a la cafetería aunque dudaba encontrar allí aún a Ann.

—Me preguntaba cuanto tardarías en volver a buscarme.

Amelia levantó bruscamente la cabeza y se encontró con aquella mirada que llevaba varias noches atormentandola.

Andy se encontraba de pie, frente a un coche negro y las manos en el bolsillo del pantalón.

—¿Qué...?

—Sabía que me buscarías —aseguró él con su habitual sonrisa capaz de dejar a alguien sin aliento.

—Eso... —Amelia notó como se sonrojaba pero no iba a huir más—. Quería verte —reconoció.

La sonrisa de Andy se ensanchó y se apartó del coche, caminando lentamente hacia ella y tras un segundo de pausa la estrechó entre sus brazos y la besó dulcemente en los labios.

—¿Más apuestas? —dijo él divertido.

Amelia puso los ojos en blanco

—Nada de apuestas.

—Entonces eso significa que aceptas una cita, ¿no?

—Bueno...

—¿O prefieres que pasemos directamente a la habitación de un hotel?

Amelia le miró azorada.

—¿No podemos conocernos un poco antes? —protestó sin energías.

Sabía que si él insistía terminaría yendo voluntariamente a esa habitación de la que hablaba.

—Oh, claro, no hay inconveniente —y la miró y con más atención, entrecerrando los ojos mientras una nueva sonrisa perfilaba sus sensuales labios—. ¿Entonces que te parece si corremos un rato juntos?

—¿Qué?

Amelia dudaba poder correr de nuevo con esos zapatos.

—Parece que realmente te encanta correr con ese tipo de ropa... Tal vez yo también debería probar...

Amelia sacudió la cabeza espantada.

No sabía que le parecía peor. Si volver a correr con esos zapatos o ver a ese hombre correr con traje.

—¿Qué tal si mejor nos cambiamos de ropa? —sugirió.

Andy se echó a reír y tiró de ella, llevándola hasta el coche.

—Por supuesto. Te llevaré a tu casa para que te quites la ropa.

Amelia enarcó una ceja y no pudo evitar echarse a reír, dejando que Andy

tirara de ella.

—Oh, bueno —rió— posiblemente también necesite ayuda para quitármela.

—Entonces soy el más indicado para ayudarte con eso.

Los dos rieron y Amelia dejó que él volviera a besarla antes de abrirle la puerta y ayudarla a subir a su coche.

FIN

LA MAGIA DEL AMOR

MEGAN GALAN

UNO

—Acostémonos.

—¿Qué has dicho?

Matt la miró con los ojos muy abiertos, sorprendido ante su última palabra.

—Eso —Erika se encogió de hombros. Su voz temblaba ligeramente al igual que sus manos, pero las agarró con fuerza y las mantuvo apretadas sobre su falda. Volvió a encogerse de hombros—. Hagamos el amor.

Matt parpadeó, aún mirándola sorprendido y dejó escapar una risilla nerviosa, entre la sorpresa y la incredulidad, aún así, Erika notó como sus ojos azules repasaban fugazmente su cuerpo, sus formas perfectamente marcadas bajo la liviana ropa que usaba aquella tarde de verano.

—Sí, por supuesto, ¿estás borracha o algo?

Matt siguió riendo.

Erika tomó aire un momento, agradeciendo que Matt no la mirase en ese momento e hizo una rápida sonrisa que pretendió ser casual e indiferente.

—¿Por qué no?

Volvió a encogerse de hombros y borró el pensamiento amargo de que se había vuelto loca por hacer algo así.

Loca...

Sí, puede que se hubiera vuelto loca por humillarse de la manera que lo estaba haciendo en ese momento.

—¿Por qué no? —Matt se secó los ojos e hizo un movimiento de manos—. Creo que no sabes lo que estás diciendo.

Posiblemente no lo sabía. Se estaba arrastrando, humillando para poder sentir el cuerpo del hombre que amaba al menos una vez.

—No, sí lo sé.

Pero prefería no pensar mucho sobre ello.

Matt apartó la mano de la cara lentamente y la miró, manteniendo congelada la sonrisa en los labios.

—Pero...

Erika volvió a encogerse de hombros.

—¿No acabas de dejarlo con Fatima?

Matt la miró con demasiada atención y borró lentamente la sonrisa.

—Nos hemos dado un tiempo —corrigió con voz seca, haciendo una

mueca.

¿Así que aún escocía la herida?

Erika apretó con más fuerza las manos en la falda, recordando que si no mantenía una actitud indiferente aquello no funcionaría.

—Sí, escuché bien.

—¿En serio? Creo que no has escuchado nada de lo que te he dicho hasta ahora.

¿Escuchar? ¡Oh, sí! Lo había escuchado y muy bien. Había entendido perfectamente que Matt, el hombre del que llevaba dos años enamorada en silencio, manteniéndose como una amiga de algunos momentos o encuentros casuales con quien había compartido pequeñas y triviales conversaciones, la usaba como desahogo de la reciente ruptura con su amiga Fatima.

En realidad Fatima y ella no eran amigas. Era lo típico que se conoce como parte de un grupo, algo así como una amiga de la amiga de la amiga que, casualmente, un día se juntan todos los amigos de todos y se termina perteneciendo a un grupo enorme en el que es imposible conseguir quedar con todos un mismo día, y en el que cada día se descubre a alguien que se hubiera jurado que no estaba el día anterior. ¡Y qué decir de conocer todos los nombres! Erika estaba segura de que aún desconocía la mitad de ellos.

Pero con Fatima era diferente. Ella tenía algo que destacaba entre el resto y, al igual que Matt, que con su cabello rubio y sus ojos azul celeste sobresalía notablemente sobre los demás chicos del grupo —sin hablar del hecho de que fuera abogado y que su presencia irradiara un aura de seguridad y control irresistible—, hacían que nadie pudiera pasarlos por alto.

Matt no era un miembro real de su grupo. Él, de alguna manera, había mantenido una extraña distancia con los demás, donde Erika había fantaseado libremente, argumentando incluso la posibilidad de que no los considerara lo suficientemente buenos para estar con alguien de su categoría; al fin y al cabo, la mayoría eran empleados de algún supermercado, bares, cafeterías e incluso la construcción. Sólo él podía hablar de un trabajo tan bueno.

—Te he escuchado —dijo, mostrando un mohín aburrido, como si ya aquella conversación comenzara a aburrirla.

Ella no sabía cómo había sucedido. Hasta ahora se habían encontrado varias veces en la calle y aunque él nunca parecía notarla —o la ignoraba muy bien—, Erika lo sentía nada más entraba en su campo de visión; no importaba lo lejos que estuviese, daba igual que fuera tan sólo una figura borrosa a lo lejos, su cuerpo sentía su proximidad y el vello del cuerpo se le

erizaba en un escalofrío. Aquel día no había sido diferente, pero cuando ella le saludó como siempre hacía y pretendió seguir adelante, como si encontrárselo no afectara de esa forma su corazón y su cuerpo, él había tomado la iniciativa de hablar. ¿Eso significaba que estaba muy afectado por la petición de Fatima de dejarla un tiempo tranquila para pensar seriamente en su relación?

Erika se mantuvo firme. Intentaba mostrar una figura de sí misma que no era real, apartando la tranquilidad y la vergüenza que siempre le habían acompañado en sus veinticinco años de vida, olvidándose de la palabra recato y tratando de forjar una fachada de inhibición y desvergüenza que no sentía dentro de ella.

—¿Me estás proponiendo que nos acostemos de verdad?

—Sí.

—Tiene que ser una broma.

Erika hizo una mueca.

—Una broma, ¿por qué?

Matt hizo una mueca y la dedicó una mirada de arrogancia e incredulidad que acentuaba, si era posible, su atractivo.

—¿Tiene truco esto?

Erika volvió a encogerse de hombros.

—¿Debería tenerlo?

—No lo sé —Matt se aflojó el nudo de la corbata y mantuvo el dedo en el cuello de la camisa, como si de pronto necesitara un poco más de aire. Erika sonrió con disimulo. Matt estaba nervioso. Conocía muy bien ese movimiento tras varios años observándolo. ¿Le había incomodado ella? —. ¡Oh, vamos! Esto es tan...

Los dos se observaron un momento directamente a los ojos.

Erika era consciente de que estaban en una cafetería; aunque agradecía no haberlo llevado al Knuts, el bar donde ella trabajaba mientras terminaba unos estudios de diseño gráfico cuando Matt la sorprendió invitándola a tomar algo. Había sentido tanta curiosidad y nervios por ese ofrecimiento que lo había arrastrado a la primera cafetería que había asomado a sus ojos, a tan sólo unos pocos metros más cerca que el Knuts.

—¿Tan qué?

Matt puso los ojos en blanco.

—Tan así.

—Así, ¿cómo?

—Ya sabes cómo.

—No, no lo sé.

Los dos volvieron a observarse en silencio.

—No te imaginaba de esa manera.

Erika mantuvo la sonrisa con esfuerzo y cruzó las piernas bajo la mesa. Había considerado la opción de acariciar el tobillo de Matt con el pie descalzo pero borró la idea de un manotazo. Aquello ya sería demasiado cliché hasta para alguien como ella. Representaba un papel, tampoco tenía que exagerar las cosas de una manera surrealista.

—¿Y cómo me imaginabas?

Erika cruzó un momento los brazos sobre el pecho.

—Bueno... —Matt volvió a tocarse el cuello de la camisa. Seguía incómodo—. Dabas la sensación de ser alguien menos... lanzada.

—Lanzada...

—Sí, lanzada.

Erika bufó.

—Siento decepcionarte.

—Más que decepción... —Matt se acomodó en la silla, apartando la taza a un lado con una sonrisa pero sin dejar de mirarla—, ha sido una sorpresa.

—Espero que buena.

Matt siguió sonriendo pero no respondió al comentario, dejándole con la sensación de que Matt comenzaba a hacerse una idea de ella, posiblemente la idea de lo que ella quería mostrarle, lo que estaba mostrándole y no era la verdad de lo que ella era... pero daba igual. Erika sintió una punzada en el corazón. Ella sabía que Matt nunca la amaría, y ella sabía que era la única manera de tener a Matt, de poder sentirlo, de poder sentir su cuerpo y estar abrazada por aquellos brazos, fuertes y duros, como tantas veces había soñado. Tendrían sexo. Sólo eso, porque entre ellos no había ningún sentimiento. Al menos no de parte de Matt. Matt jamás la amaría. Nunca... Y sólo si ella le ofrecía sexo, un cuerpo vacío, sin sentimientos por medio, él aceptaría. Sin embargo, si ella decía que lo amaba, Matt huiría.

Erika suspiró con resignación.

Miró a Matt, frente a ella, con su cabello echado hacia atrás y sus labios curvados sensualmente en una sonrisa.

No. Ya no había vuelta atrás.

DOS

Matt suspiró.

—No quiero una relación —dijo él con calma—. Acabo de terminar una y no me apetece ese tipo de problema... si lo que pretendes es...

—¿De qué estás hablando? —le cortó ella, apretando con más fuerza las manos sobre su falda—. Nunca he dicho que quiera nada serio. No me malinterpretes. No he hablado de tener una relación fuera de lo que estoy ofreciendo. Tú estás libre y yo también. No le hacemos daño a nadie y nos vendrá bien un poco de calidez humana.

Matt rió bajito y miró a su alrededor. Nadie les prestaba atención, nadie miraba hacia ellos y de alguna forma parecía que el destino los había conducido a aquel rincón, cerca de los servicios y lejos de los oídos indiscretos. Tal vez de otra forma a Erika jamás se le hubiera ocurrido proponerle algo semejante.

Una noche...

Sólo una noche.

¡Ah! ¡Qué bajo estaba cayendo!

Alguna vez había escuchado que el amor era ciego. ¡Y qué razón había tenido quien lo había dicho! No sólo era ciego; el amor era ciego y estúpido. Hacía que las personas hicieran tonterías.

—¿Has tenido una mala relación?

—¿Hm?

—Lo has dicho como si también esperases algún tipo de consuelo, ¿acabas de terminar con alguna mala experiencia de pareja?

—Ah...

Erika suspiró.

—¿Estoy equivocado? —insistió Matt.

Erika no respondió. Cogió la taza y se la llevó a los labios; después la dejó sobre la mesa otra vez. Comenzaban a deformarse demasiado las cosas. Erika dejó escapar otro suspiro que seguramente Matt interpretaría de la manera que quisiera, posiblemente siguiendo la idea equivocada.

—Algo así.

Matt puso las manos sobre la mesa.

—¿Quieres hablar de ello? Tú me has estado escuchando hasta ahora.

¿De verdad estaba dispuesto a escuchar las penas de alguien más? Uff.

Erika sintió un escalofrío. Aquello no iba a ser fácil después de todo.

—No, da igual. Prefiero no hablar de ello.

Tampoco había nada que contar a menos que le confesara sus sentimientos por él, algo que haría que se alejara completamente de ella.

—De acuerdo.

Erika sacudió la cabeza y sonrió.

—Pero gracias.

—Pero si necesitas hablar en cualquier momento...

Erika sintió un sobresalto en el corazón, algo que no ayudó que Matt volviera a sonreír, dedicándole una sonrisa dulce, una como tantas veces había visto dedicarle a Fatima.

No era nada bueno...

No, espera. Erika trató de poner la cabeza en orden. Matt sólo estaba intentando ser amable. Nada más.

Erika asintió efusivamente con la cabeza y volvió a sonreír.

—De acuerdo. De verdad, gracias.

Hubo un largo e incomodo silencio.

—Así que, tu oferta...

Matt la miró fijamente.

—¿Qué pasa con eso?

—Es una buena oferta.

Erika lo miró también.

—Así que...

—Me estás ofreciendo algo muy bueno, sólo un idiota no lo aceptaría.

Sexo sin complicaciones. ¿Quién lo rechazaría?

—Bien.

—¿Y cuándo quieres quedar?

Sus ojos azules estaban tan fijos en ella que Erika no pudo evitar revolverse incómoda, notando como se ruborizaba ligeramente. Ella no era de las que se ruborizaran con facilidad, pero Matt siempre había provocado algo extraño en ella, suscitándole un deseo contenido hasta ese momento.

—Esta noche.

TRES

Matt la miró sorprendido y apoyó los brazos sobre la superficie de la mesa de madera algo picada por los bordes, como si hubiera sido picoteada por pájaros.

—¿Esta noche?

—Sí.

—¿Seguro?

—Seguro. —Erika sonrió—. Trabajo hasta las once y media; en el knuts —lo especificó al ver la interrogativa en el hermosísimo rostro de Matt. Había sido demasiado suponer que él conocería algo más de ella que el hecho de que fuera amiga de Fatima, algo que ni siquiera era exactamente correcto. No porque ella hubiera hecho un diario mental con todo lo referente a él, sus gustos, el lugar de trabajo, la hora que entraba y salía del despacho de abogados, la forma en la que hablaba... hasta la talla de camisa que usaba bajo su sugerente traje, generalmente negro, no tenía por qué ser recíproco. Si lo hubiera sido, Erika sabía que no estaría proponiéndole eso esa noche.

Sí, era triste... Muy triste.

Pero aquello era la realidad.

Erika giró la cabeza; un segundo. Después volvió a mirarlo, con una sonrisa.

—Podemos quedar después —continuó.

—Es algo... repentino.

Vaya que sí lo era. Y posiblemente más para ella que para Matt, pero si dejaba que pasara el tiempo no sólo cabía la posibilidad que él se arrepintiera o que los sentimientos por Fatima le impidieran aceptar su ofrecimiento, sino que temía que ella, tras meditarlo un poco con la mente despejada, entrara en pánico y se echara patéticamente para atrás.

—¿Por qué? —insistió ella—. ¿Tienes algo que hacer esta noche?

¿Su voz había sonado un poco sarcástica? Posiblemente sí, porque Matt levantó una de las cejas, algo que hacía siempre que algo le molestaba y desvió un momento la cabeza, clavándola en el cristal de la ventana.

—No, supongo que no.

—Entonces está decidido —zanjó ella, moviendo la silla hacia atrás. Matt la miró—. Entro dentro de quince minutos. ¿Quedamos luego?

—Vale.

Erika se levantó y comenzó a rebuscar en el bolso.

—Pago yo —dijo Matt rápidamente.

Erika abrió la boca para protestar, pero al levantar la mirada del bolso y encontrarse con la de Matt decidió no discutir.

—Entonces, hasta luego... ¿me vienes a buscar? —probó suerte con una sonrisa tímida.

Matt apartó la mirada una vez más y adquirió una expresión sombría.

—Mejor no. Quedemos en otro lado.

Erika sintió una punzada y su ánimo se ensombreció un poco. Matt prefería que no los vieran juntos. Vale, era normal. Tenía que recordar el lugar que estaba tomando ella. Matt seguía enamorado de Fatima; ella era...

—¿Te parece bien aquí?

Matt se encogió de hombros, aún sin mirarla.

—Está bien.

—Entonces espérame a las once y media aquí. Está cerca, no tardaré.

Erika vio como Matt cabeceaba, asintiendo con la cabeza sin quitar la expresión taciturna que había adquirido de pronto. Salió fuera de la cafetería prácticamente corriendo y echó a caminar hacia el Knuts si girar la cabeza un momento hacia los grandes cristales de la cafetería. Aún podía notar como le temblaban las manos y los fuertes latidos de su corazón pero a medida que se acercaba al bar consiguió tranquilizarse lo suficiente para empujar la puerta cubierta de grasa de la entrada y recibir el barullo de voces y vasos en el fregadero como una buena manera de evitar pensar en lo que sucedería después.

Nunca había tenido un cariño especial por el Knuts; es más, hasta esa noche, Erika no había conseguido encontrar un punto a favor para concederle al asfixiante y atiborrado antro en el que trabajaba todas las noches y en donde el fin de semana terminaba como si acabara de pasar el fin del mundo ante sus ojos y milagrosamente hubiera sobrevivido hasta el viernes próximo.

Pero en aquel momento, mientras daba la vuelta al cartelito dorado que bailaba con un tintineo muy familiar cada vez que se abría la puerta y que rezaba un “cerrado” tan grasiento como el resto del bar a la hora de cerrar, agradeció haber tenido tanto trabajo para no dejarse afectar por la situación. Ya no le importaba el hecho de ir a pasar una ardiente noche con el hombre al que había amado durante años, sino que no conseguía desprenderse de esa sensación de angustia que le producía hasta donde le había llevado el deseo por alguien.

Erika suspiró.

No quería pensar. Desde que se había puesto el feo delantal que era el único uniforme que exigía el bar, había decidido centrarse únicamente en su trabajo. Pero era imposible no hacerlo. Dentro de unos minutos se encontraría con Matt y tendrían sexo. Sí, sexo, porque no había amor. El deseo que sentía por Matt parecía que iba a destruirla. Ella lo sabía, pero aún así lo había aceptado.

Ella estaba enamorada de Matt.

Y esa noche iba a ser sólo de ella.

Ya tendría tiempo de llorar al día siguiente, cuando estuviera sola en casa.

CUATRO

—Erika, vamos a ir a tomar algo, ¿te apuntas?

Erika ajustó la cuerda del cartel de cerrado mientras escudriñaba la calle y se volvió hacia Lucia.

—No, hoy no. Tengo otros planes.

Y sintió como se le agitaba el corazón solo de pensarlo.

—¿Planes?

Lucia le sonrió desde el otro lado de la barra, terminando de fregar los últimos platos que habían quedado. Varios de sus compañeros barrían y limpiaban las mesas mientras trataban de quitar algo de la costra pegajosa de la grasa diaria.

—Sí.

—Mejor no preguntaré sobre esos planes.

—Mejor no preguntes —musitó Erika, haciendo una mueca.

Lucia detuvo el movimiento del estropajo y la miró, enarcando una ceja.

—¿Y eso?

—¿No habíamos dicho de no preguntar?

—Ajá...

Lucia siguió mirándola.

—El próximo día —insistió Erika sin decir nada concreto—. Saldré antes, ¿os importa?

—Hoy por ti, mañana por mí —rió Lucia señalándola con un vaso mojado mientras Erika se quitaba el delantal rosado y lo dejaba al otro lado de la puerta del personal.

—Gracias, guapa, te debo una.

—No hagas locuras —dijo Lucia pasando el vaso bajo el grifo—, pero pásalo bien —canturreó la otra dejando un vaso más en el escurridor.

—Eso es lo que pretendo hacer —aseguró Erika echando un vistazo a su aspecto en el espejo cubierto de fotografías de compañeros y clientes asiduos del bar.

Su reflejo no era muy prometedor. Tenía los ojos hinchados tras una semana trasnochando, su cabello rubio caía desordenado por los hombros y aunque se quitó la goma que había mantenido lo más presentable posible su cabello rebelde por naturaleza, y trató de ahuecarlo un poco con los dedos, no consiguió dar un aspecto favorecedor a su piel bronceada y sudorosa del

trabajo.

Erika suspiró, apartando la mirada ámbar que le devolvía el espejo. Si al menos hubiera sabido que aquello iba a suceder hubiera puesto más atención a su aspecto antes de salir de casa; incluso se hubiera entretenido con las planchas para mantener un bonito alisado en su cabello... ¿o un recogido? Siempre le habían sentado bien los peinados altos... ¿Y un poco más de tacón? Ahora que lo pensaba no eran muy coquetas las sandalias azules que había escogido antes de salir de casa... aunque sí cómodas... ¿En qué estaba pensando? Iba a acostarse con Matt esa noche y ella preocupándose por el horrible aspecto que tenía. No tenía quince años para estar preocupándose de una virginidad que no existía. Tampoco era inocente. Ella se lo había propuesto, no había ninguna necesidad de coqueteos preliminares, una bonita cita con sesión de cine y tal vez una cena romántica. No necesitaba seducir a nadie.

Había propuesto sexo y era lo que tendría: sexo. Nadie esperaba de aquello un momento romántico.

—Hola.

Erika cruzó la calle con un nudo en el estómago. Tal vez no era lo mismo pensar en ello como algo normal, que actuar como si lo fuera, al menos, fingir como si ella estuviera acostumbrada a ese tipo de situaciones. Ni siquiera contaba con una gran lista de novios en su agenda de antiguos conocidos.

Se detuvo frente a él y dejó escapar una sonrisa emocionada.

Tal vez sí era una romántica después de todo.

—¿Has tenido que esperar mucho?

Matt consultó su reloj de muñeca y negó con la cabeza.

—Estuve revisando unos papeles del último caso y también estuve ocupado, así que no importa.

Erika puso las manos juntas delante de su cara.

—Se nos coló un cliente en el último momento y costó echarlo y mientras recogíamos y adecentábamos el bar...

—No importa. Sólo han sido diez minutos. En serio, no he tenido que esperar tanto. Y ya he dicho que estaba adelantando un poco de trabajo.

—Vale... —Erika se frotó las manos y miró a un lado y otro de la calle—. ¿Tienes mucho trabajo?

¡Vamos! ¿Ahora pretendía empezar una conversación? Si hubiera sido otra situación, Erika se hubiera llevado las manos a la cabeza y se hubiera

puesto a reír como una tonta. ¿Tan difícil era sugerir ir a un sitio más privado donde poder ponerse cómodos? Ahí no pudo evitar reír con sus propios pensamientos. Hasta en su mente estaba suavizando lo que iba a suceder en un momento.

—Siempre hay trabajo —se lamentó Matt—. Más del que me gustaría muchas veces.

—Supongo que los criminales no se toman muchas vacaciones.

—Trabajan más en vacaciones —rió Matt.

Erika también rió y volvió a menearse incómoda.

—Vale.. ah...

Erika miró a su alrededor una vez más, planteándose si debía sugerir o no entrar a la cafetería. Había esperado encontrar a Matt dentro del bar, pero Matt había estado apoyado justo al lado, de pie, con una presencia que hacía que muchas mujeres se giraran a mirarlo.

Era guapo. Había cosas que no se podían explicar de una forma diferente.

—¿A dónde quieres ir?

Tal vez no era necesario entrar después de todo.

—A mi casa imposible, mi compañera de piso está con exámenes...

—Entiendo.

Hubo un nuevo silencio. Era evidente que resultaba más fácil hablar de cualquier otra cosa que de lo que en realidad habían ido a hacer allí. Era irónica la situación. Y aunque a Erika le producía un poco de melancolía, una parte de ella le hacía sentirse fatal.

—¿Un hotel? —preguntó, tras respirar hondo y buscar nuevas energías para seguir con su papel.

Matt no se dio prisa en responder y Erika comenzó a impacientarse. Si Matt sugería hacerlo en el coche o algún lugar por el estilo, Erika pensaba rechazarlo vehemente y regresaría a dormir a casa. Puede que estuviera desesperada, pero de ahí a convertir sus fantasías románticas en algo tan grotesco como un polvo rápido... hasta ahí no llegaba.

—¿Te parece si vamos mejor a mi casa? —Erika se quedó petrificada, mirando a Matt posiblemente embobada. La casa de Matt...—. Si no quieres podemos ir a un hotel.

—¡No! —gritó prácticamente, adelantando una mano con demasiada energía—. No, no. Tu... Tu casa está bien.

¿Lo había estado mirando de manera extraña? Era obvio que su reacción había sido muy exagerada... Tenía que tener cuidado con las expresiones que

ponía a partir de ese momento.

—Entonces mi casa.

—Sí —rió Erika, notando que su risa sonaba bastante histérica. Se llevó una mano a la garganta y carraspeó con disimulo, como si realmente hubiera algo que la molestara.

CINCO

Caminaron en silencio hasta llegar a un edificio de apartamentos situado a pocos minutos. Erika sabía donde vivía Matt pero trató de hacer algún comentario ingenioso ante una sorpresa fingida sobre el lujoso edificio. Matt la miró de refilón, con una media sonrisa mientras los dos entraban en el ascensor y Matt pulsaba el décimo piso.

El piso de Matt era acogedor, con colores oscuros y pocos muebles. Una cocina americana daba acceso al salón comedor y una puerta abierta señalaba la habitación, mostrando una amplia cama cubierta por un edredón azul oscuro.

Erika se apretó los brazos sobre el pecho y casi dio un salto cuando notó los dedos de Matt sobre sus hombros.

—Podemos dejarlo.

La voz de Matt en su oído era cálida y su aliento rozándole la mejilla y la oreja le hacía estremecerse débilmente. Erika cerró los ojos un momento, controlándose y sonrió, girando el cuerpo para mirarlo a los ojos.

—¿Dejar el qué? —dijo con voz suave, acercando sus labios y pegándolos contra los de él.

Por un momento Erika temió que Matt no le respondiera, pero antes de que pudiera entrar en pánico, las manos de Matt se aferraron a su cintura, apretándola bruscamente contra él, empujando su cuerpo, frotándolo mientras la besaba frenéticamente.

—Vayamos a la cama —murmuró él, apartando los labios enrojecidos de los de ella, que palpitaban con fuerza al mismo compás que lo hacía su corazón.

Erika suponía que Matt tenía que escuchar los latidos, pero en aquel momento le dio igual. Asintió con la cabeza, recuperando la respiración.

—Sí.

Matt sonrió débilmente mientras volvía a besarla y la obligaba a caminar hacia la habitación, enredando en la cremallera de la falda y la hacía caer al suelo, olvidándola allí. Cuando las piernas desnudas de Erika chocaron con el borde de la cama, los dos volvieron a detenerse, mirándose a los ojos.

—Aún podemos detenernos —insistió él, posiblemente sintiéndose culpable de lo que le estaba haciendo a sus sentimientos por Fatima. Erika se mordió los labios—. Aún podemos dejarlo.

Pero el ardor de sus ojos decían lo contrario y Erika disipó todas las dudas y el propio reproche a sus acciones. Al menos Matt podía desearla. Puede que eso bastara.

—Ni en broma, Matt.

Los labios de Matt se curvaron en una sonrisa y le acarició suavemente la mejilla.

—Dios mío.

Erika sonrió y aceptó los labios de Matt que descendieron hasta detenerse en los de ella, saboreándolos con avidez. Esta vez ninguno intentó ser amable, permitiéndose caer en un torbellino de sensaciones mientras Erika le sacaba la camisa del pantalón, introduciendo sus manos por la musculosa espalda de Matt.

Podía sentir sus manos en su pelo, en su espalda, deslizándose por el borde de su blusa y por la cinturilla de sus braguitas para acariciar sus nalgas. Sentía los violentos latidos del corazón de Matt, y también su respiración agitada mientras la besaba una y otra vez, en cada ocasión más profundamente.

Aquellos besos hicieron que todos sus miedos se fueran.

Aquello no podía ser malo.

Matt la deseaba, quería hacer el amor con ella y había encendido dentro de ella algo que la abrasaba como nada la había abrasado en toda su vida.

Erika jadeó cuando Matt mordisqueó su cuello y ella le rodeó con una pierna. Matt la levantó en brazos y la dejó sobre la cama, gentilmente, sentándose sobre ella, observándola en silencio, recorriendo su cuerpo desnudo mientras se desprendía lentamente de la camisa y la corbata, tirándolas a un lado.

Durante muchos años, Erika había fantaseado con ese momento, sabiendo que jamás ocurriría, que Matt jamás se encontraría sobre ella, quitándose la ropa a punto de hacer el amor. Sabía que aquella noche iban a llegar a un lugar parecido al cielo, al mismo lugar que tanto había imaginado en sus fantasías. Unas fantasías que ya se estaban haciendo realidad y que a cada minuto que pasaba sentía que todo su cuerpo iba ardiendo más y más.

Erika se incorporó para besarlo, alzando las manos hasta la cinturilla de su pantalón y comenzó a desabrocharle los pantalones, despacio, saboreando el beso que Matt le respondía salvajemente, ayudándola a desatar la cremallera del pantalón e indicarle el camino hasta la erección que ya se abultaba bajo la ropa.

Matt rió, deslizando su mano por sus hombros desnudos, besando su cuello y se detuvo sobre sus senos, acariciándola despacio primero, con una deliciosa delicadeza y después continuó con mayor dureza, aprisionando en sus dedos los pezones y tirando de ellos. Erika gimió de placer y hundió los labios en el pecho de Matt, permitiendo que él volviera a tumbarla y se deshizo de los pantalones, apartando un momento su atención de ella, rebuscando en el bolsillo y sacando un preservativo, dejándolo a un lado antes de volver a tumbarse sobre ella, besándola en el vientre, en el ombligo y siguió acariciándola con tanta ternura, provocándole estremecimientos en cada lugar que tocaba, que Erika deseaba sentirlo dentro de ella cuanto antes.

—Matt —susurró—. Quiero más.

Para dar mayor énfasis a sus palabras abrió más las piernas, obligando a Matt a que se acomodara entre ellas y le rodeó la cintura con ellas, empujándolo contra su ávido sexo.

—Espera —musitó Matt, algo sorprendido por su ferocidad, agarrando el preservativo que había dejado a un lado.

—Hmm —murmuró Erika, mirando fijamente el movimiento de las manos de Matt sobre su miembro, a la espera que volviera a tumbarse sobre ella.

—Eres increíble —murmuró él con voz ronca, inclinando la espalda hacia ella, introduciendo una mano entre sus piernas para alcanzar con los dedos el interior húmedo de su sexo.

Erika gimió de placer, encogiéndose y abrió la boca cuando Matt acercó sus labios a los de ella, acariciándole el pelo con la mano libre, sin dejar de hundir los dedos en su interior, penetrándola con ellos una y otra vez, conduciéndola a una locura, pero Erika deseaba algo más fuerte, quería sentir el miembro erecto de Matt dentro de ella, sentirlo completamente y hacer que llegara al clímax dentro de ella, haciéndole el amor. A ella.

Daba igual que allí no hubiera amor, al menos no de forma reciproca; le daba igual que Matt no la viera a ella o no pensara en ella mientras la acariciaba y la conducía al placer, en ese momento se dejaba guiar por el único motivo del placer que estaba sintiendo, por el éxtasis que esperaba alcanzar en cuanto Matt la penetrara.

—Matt, date prisa —jadeó, agarrándole la cara mientras se retorció y empujaba las caderas contra la entrepierna de Matt, arrancando un quejido de los labios de Matt que respondió mordisqueándole uno de sus pezones, dolorosamente erguidos por el placer.

—Ah...

—No hagas eso —protestó él con una risa queda que pareció más un jadeo—. Intento contenerme.

—No necesitas contenerme —aseguró ella, enredando los dedos en el sedoso cabello rubio de Matt, comprobando que era tan suave como siempre había imaginado. Todavía le costaba creer que aquello pudiera estar sucediendo—. Date prisa, quiero sentirte dentro de mí.

—Pensaba que ya estaba dentro de ti —rió Matt cruelmente, frotando dentro de ella con los dedos, arrancándole un gemido—. ¿Ves?

Matt la besó dulcemente en los labios, manteniendo sus piernas quietas un momento pero siguiendo con el apremiante ritmo de sus dedos, haciendo que el beso fuera interrumpido por los anhelantes gemidos de ella, incapaz de dejar quietas las caderas.

—Quiero sentir algo más de ti —gimió, deslizado una mano por el pecho lleno de músculos de Matt, y descendiendo hasta alcanzar su cintura y sus caderas, deteniéndose un momento en su ingle, obligándolo a observarla a los ojos mientras acariciaba toda la envergadura de su erección—. Lo quiero dentro de mí, Matt.

—Si tanto lo deseas... —dijo él, con un brillo de lujuria en los ojos, agarrando la mano de Erika para mantenerla un momento en su miembro, observándola de la misma manera que lo había hecho ella y empujó sus piernas hacia arriba, abriéndolas un poco más con tortuosa lentitud antes de situarse sobre ella y penetrarla profundamente.

Erika chilló y arqueó la espalda, sintiendo que se derretía a cada embestida de Matt, penetrándola una y otra vez, haciendo que todo su cuerpo se estremeciera. ¿Desearlo? Eso era decir poco. Aquello ni siquiera se asemejaba a lo que había estado imaginando durante todo ese tiempo.

No sólo lo sentía dentro de ella, sino que sus manos se aferraban a su piel y saboreaban el sudor de su pecho, la calidez de los fuertes latidos de su corazón, posiblemente tan acelerados como los de ella, el aroma de su fragancia mezclado con el que emanaba de dos cuerpos uniéndose en un acto sexual y cuando por fin alcanzó el orgasmo, sintió como el cuerpo de Matt convulsionaba, llegando al límite de la pasión, y la besó; un beso calido, muy tierno que por un momento le desgarró el corazón.

Poco a poco, con las respiraciones entrecortadas, los dos fueron conscientes de su entorno, observándose con una sonrisa mientras Matt se apartaba y la dejaba espacio en la cama, pero para sorpresa de Erika, Matt la

agarró de la cintura y apretó su espalda contra el pecho desnudo de él, acariciándole el cuello y los senos.

—Ha sido increíble —murmuró Matt, besándola en el hombro.

Erika dejó escapar un largo suspiro y guardó silencio, temiendo que al hacerlo le temblara la voz y pudiera echarse a llorar.

Sí, tenía ganas de llorar, pero aunque se sentía satisfecha físicamente, algo dentro de ella parecía haber estallado.

Había tenido el cuerpo de Matt tal y como había deseado, tal y como se lo había propuesto en un momento de locura, arrastrada por la propia necesidad de él y el momento oportuno. Él no la había rechazado tal y como había imaginado, pero ahora se encontraba mal, hundida. Matt no sólo era apasionado, también era muy dulce.

Si al menos ella pudiera decir “te quiero”... pero esas palabras estaban completamente prohibidas en aquel momento. Matt no había buscado amor, y ella le había asegurado que no era lo que ella buscaba. Y ahí tenía el resultado de sus propias acciones.

—Es mejor que me vaya —murmuró, sin hacer un intento por soltar el abrazo de Matt. ¿Volvería a sentir aquellos fuertes brazos alguna vez más? No.. aquel abrazo no era para ella. Era a Fatima a quien le correspondía estar allí en ese momento, a quien Matt quería abrazar de esa manera. Ella sólo era el reemplazo pasajero y oportuno para aliviar sus necesidades sexuales hasta el momento de volver con Fatima.

Vaya... se estaba deprimiendo y mucho. ¿Eso era lo normal después de una intensa sesión de apasionado sexo?

Tal vez no

Pero esa sensación vacía y el anhelo de haberlo sentido una vez, una única vez, era lo que se llevaría a casa.

Era evidente que aquella noche no lograría conciliar el sueño.

SEIS

—¿Tienes que irte?

Erika asintió con la cabeza y respiró hondo. Aún tenía los latidos acelerados pero parecía que iba calmándose.

—Sí.

Los brazos de Matt se fueron apartando, liberándola del abrazo que rodeaba su cintura y Erika contuvo un sollozo a tiempo.

—¿Por qué no te quedas a dormir?

Erika no se atrevió a volver la cabeza para mirarlo. Se deslizó hasta el extremo de la cama y buscó su ropa por el suelo, lamentando tener que levantarse para ir a buscarla.

—Mejor no. Así me doy un baño y escucho las quejas de mi compañera.

Trató de dedicarle una sonrisa de casualidad, como si aquello no hubiera significado tanto para ella, como si realmente no esperara nada de él, pero, incluso sus palabras amables y su invitación de pasar allí la noche la estaban haciendo más daño del que él pudiera imaginar.

—Puedes bañarte aquí —sugirió él, señalando el cuarto de baño a un lado—. Es tarde.

Erika miró la puerta entreabierta del cuarto de baño y sacudió la cabeza, sosteniendo las braguitas estampadas con un dibujo bastante infantil en la mano antes de esconderlas ante la sonrisa divertida de Matt.

Erika puso los ojos en blanco.

—Mejor no. . Dormiré mejor en casa, que mañana trabajo también.

—Vaya. ¡Qué fría!

Erika se ajustó las bragas en la cintura y fue recogiendo el resto de la ropa en silencio, con un nudo en el estómago mientras iba vistiéndose, sin girar la cabeza hacia Matt hasta que tuvo que salir al salón a buscar la falda. Se la puso rápidamente y tardó más de lo necesario habitualmente en cerrar la cremallera y, una vez estuvo lista y dibujó una confiada sonrisa para dedicar a Matt mientras se despedía, se giró, ahogando las palabras en su garganta cuando vio a Matt desnudo frente a ella.

—¿Qué...? Ah...

Sus ojos recorrieron su cuerpo, repasando su musculoso pecho, la forma de sus brazos, su vientre plano y firme y se detuvo en su sexo, un momento, antes de examinar sus largas piernas con un ligero vello rubio. Cuando

levantó los ojos, la sonrisa de Matt lo decía todo.

—Si quieres podemos volver a la habitación.

Erika sonrió a su pesar, odiándose por pensar en el ofrecimiento.

—Otro día —bromeó.

—¿En serio?

La forma que Matt se cruzó de brazos, enarcando una ceja y observándola fijamente con sus intensos ojos azules y las piernas abiertas, completamente desnudo, arrancó una carcajada de la garganta de Erika.

—Lo siento —se disculpó rápidamente, levantando una mano para cubrirse la boca—. Pero no te pega esa expresión con esas pintas.

—¿Debería ponerme algo de ropa?

Erika supuso por la sonrisa que adornaba los labios de Matt que no hablaba en serio.

—No, déjalo, es una buena imagen.

Los dos rieron.

—¿Entonces?

—¿Hm?

—¿Habrá una próxima vez?

La sonrisa de Erika se congeló en los labios y sintió como todo su cuerpo se estremecía. Miró a Matt a los ojos y casi sintió una pequeña chispa de esperanza. Matt hablaba en serio. Sus ojos se lo decían. Quería volver a verla, a ella... Pero sólo quiere sexo, le recordó su subconsciente con una punzada de reconocimiento, haciéndola recobrar la lucidez, volver a la realidad. Matt quería sexo sin problemas.

Aún así, volvió a odiarse una vez más aquella noche por asentir con la cabeza.

—De acuerdo —sacó un bolígrafo del bolso y apuntó su número de teléfono en una hoja de propaganda que Matt había dejado sobre el recibidor y se lo dio, guardando el bolígrafo en el bolso—. Llámame un día de estos.

Matt agarró la hoja y miró el número apuntado como si pretendiese aprenderse en ese momento.

—Es una pena que no te quedes —dijo Matt, acompañándola hasta la puerta.

—Otro día —prometió ella en broma, abriendo la puerta—. Mejor será que te quedes ahí a menos que quieras que alguien te vea desnudo.

—Mi vecina sufriría un infarto.

Los dos se rieron y Erika se despidió con la mano, alejándose hasta los

ascensores y sólo borró la sonrisa de los labios cuando las puertas de metal se cerraron tras ella. Sus manos temblaban ligeramente y se apoyó en el cristal que cubría la mitad de su cuerpo, pegado en la pared del ascensor.

Una vez más en un sólo día, Erika veía su reflejo en un espejo, y si la primera vez había creído que estaba espantosa, en ese momento, con el pelo revuelto y la piel sudada y un poco amarillenta, daba más la apariencia de alguien que está sufriendo algún tipo de enfermedad.

Con un amargo suspiro, Erika se llevó la mano a la cabeza y comenzó a peinarse con los dedos, tratando de dar una imagen lo más aceptable posible antes de salir a la calle.

Cuando las puertas se abrieron y el aire calido la recibió desde fuera, Erika alzó el cuello y miró hacia lo poco de espacio que los altos edificios dejaban ver del cielo nocturno. Las estrellas brillaban con fuerza.

Erika suspiró.

—Puede que sí esté enferma —musitó.

Sí, enferma de amor.

SIETE

Durante los próximos días, Erika se mantuvo distraída con el trabajo y los estudios. Se había negado a pensar sobre lo ocurrido con Matt y, tras los dos primeros días revisando el teléfono móvil para comprobar si había recibido una llamada o un mensaje mientras ella estaba en el baño, trabajando o haciendo cualquier cosa que la privara del contacto con el teléfono, sin recibir una llamada de Matt, había llegado a la conclusión que o bien Matt había pensado en las circunstancias y decidido que ella no merecía la pena o la posibilidad de que Fatima se enterara, o bien sus palabras de tener un nuevo encuentro habían sido sólo en el momento justo después de haber tenido un orgasmo, dónde la mente aún no está lo suficientemente en su sitio como para realmente saber lo que se quiere...

También podía haber vuelto con Fatima...

—Esto es fantástico —murmuró, dejando la bandeja sobre el mostrador y dejó escapar un largo suspiro—. ¿Qué soy? ¿Una adolescente?

—¿De qué estás hablando? —se interesó Lucia, sentándose a su lado. Encendió un cigarrillo y dejó que el humo llegara hasta sus pulmones.

Erika la miró con atención, apartando el humo con una mano.

—¿Cuál es la mayor locura que has hecho por amor?

Lucia la miró como si se hubiera vuelto loca.

—¿Por amor? Chica, eso no existe. Los tíos son una especie extraña que si tratas de llegar hasta ellos te pierdes en el camino.

—Ya, sí, sí —Erika volvió a espantar el humo con la mano—. ¿Y si te gusta uno?

—Entonces ya estás perdida.

—¿Y cómo se soluciona eso?

Lucia dio una buena calada al cigarrillo en silencio y después lo apagó en el cenicero, apretándolo con tanta fuerza que parecía que quería asesinarlo.

—Se aplasta con fuerza.

Erika la miró con los ojos entrecerrados, preguntándose por qué se le había ocurrido abrir la boca.

—Vale, gracias por la ayuda.

—Un placer. ¿Volvemos al trabajo?

Erika hizo una mueca.

—Tú primera.

—Por cierto, ¿te vienes esta noche a tomar algo?

—Ah... sí —Total, no tenía nada mejor que hacer—. ¿Iremos todos?

En ese momento notó el sistema de vibración que había puesto al móvil antes de comenzar a trabajar para poder mantenerlo en el bolsillo con ella y lo sacó un momento del bolsillo, notando como se le aceleraban los latidos del corazón al leer el nombre de Matt en la pantalla.

—¿Sí? —descolgó rápidamente, apartándose de la barra y se alejó para que Lucia no pudiera oírla.

—¿Erika?

—Matt...

Se suponía que ella no tenía su número, así que trató de mostrarse un poco sorprendida.

—¿Qué tal?

La conversación era evidentemente incómoda.

—Trabajando.

—Oh, lo siento, ¿te llamo en otro momento?

—Da igual, dime, ¿Qué querías?

—Me preguntaba si podrías quedar un rato... cuando salgas del trabajo, claro.

—Ya... —Erika obligó a alejarse al brote de felicidad que le estaba recorriendo el cuerpo—. ¿Nos encontramos donde el otro día?

—Sí, de acuerdo. ¿A qué hora sales?

—Once y media.

Por alguna razón, los dos rieron y tras intercambiar algunas palabras igual de incómodas, Erika se despidió con la excusa del trabajo y colgó.

—Esto está mal.

—¿Qué está mal? —se interesó Lucia volviendo a su lado.

Erika la miró e hizo una mueca.

—Creo que he sido yo la aplastada.

Lucia masticó algo que tenía en la boca, sin dejar de mirarla y cuando tragó siguió observándola en silencio.

—¿De qué estás hablando?

Erika gruñó.

—Demasiado simple para una cabeza tan compleja como la tuya.

—En serio —murmuró Lucia sin dejar de mirarla mientras se alejaba—.

No te sigo.

Erika no trató de explicarse, pero al recordar los dos planes a la vez que

tenía, se dio la vuelta.

—Hoy tampoco podré salir con vosotros, ¿vale?

—¿Ah?

—Otros planes.

Sonrió encantadoramente y volvió a girarse, dando la espalda a su amiga.

A las once y media salió del Knuts con una mezcla de ansiedad y excitación, desesperada por volver a encontrarse con Matt y cuando llegó a la cafetería se obligó a respirar profundo varias veces, calmando el remolino de nervios que la acuciaban y la hacían mantener una sonrisa en los labios. Tomó aire una vez más y abrió la puerta, buscando a Matt con la mirada y no se sorprendió cuando lo encontró en la misma mesa que habían compartido hacía una semana.

Matt levantó la cabeza y la vio en el momento que ella sorteaba las mesas para llegar hasta él y sonrió, levantando la mano para saludarla.

—Hola —saludó cuando ella se detuvo frente a la mesa.

Erika lo miró en silencio un momento, preguntándose si debía sentarse o no.

—¿A tu casa? —preguntó en cambio, haciendo que él desviara algo incómodo la cabeza.

Era una faceta que no había conocido hasta ese momento. ¿Matt era algo tímido? ¿O le desagradaba que una mujer tomara primero la iniciativa? Era obvio que había demasiadas cosas que no conocía de Matt y que con la relación que tenía no tendría la oportunidad de conocer.

Volvía a deprimirse...

Erika apartó los turbios pensamientos con un manotazo.

—Sí, mejor.

Erika se apartó para dejar que Matt se levantara y recogiera sus cosas después de pagar. Erika sabía que no había sido muy sutil y que tampoco estaba dando un gran alarde de romanticismo, pero no pretendía disfrazar aquello de una manera diferente a lo que era. Habían quedado, sí, y sólo volver a ver a Matt le hacía sentir miserablemente feliz, algo que más tarde haría que se sintiera deprimida, pero era la realidad que ella había escogido, así que disfrutaría de aquellos momentos sexuales mientras duraran. Al fin y al cabo, ella también estaba preparada para ser tan sólo amigos sexuales; una relación basada únicamente en encuentros íntimos para satisfacerse mutuamente.

Sí, era lo suficientemente hipócrita como para esperar terminar

creyéndoselo si lo repetía las veces suficientes para hartarse de escucharlo.

También apartó esos pensamientos de un golpe y sonrió a Matt cuando volvió de la barra.

OCHO

Matt la invitó a salir primero de la cafetería y volvieron a caminar tranquilamente hasta su casa. Era cómodo que estuviera tan cerca de allí y no tuvieran que soportar una larga e incómoda conversación durante media hora en coche. Caminar era agradable y Erika no se sentía con la obligación de decir mucho, sonriendo a los comentarios de Matt y a medida que pasaba el tiempo, escuchando sobre asuntos de su trabajo.

—¿Y qué harás? —preguntó cuando Matt abrió la puerta del apartamento y la invitó a pasar.

De alguna manera el piso parecía estar más iluminado que la última vez que había estado allí y tuvo que hacer un esfuerzo por mantenerse quieta mientras Matt dejaba el maletín sobre la mesa de la cocina y se aflojaba la corbata para no ir derecha a la habitación.

—Apelaremos —dijo él con seguridad, con un cabeceo distraído—. Aunque puede que tampoco se consiga nada de esa manera. Pero es eso o abandonar y no me gusta perder.

—Oh... eres un mal perdedor, ¿eh?

Erika sonrió burlona y Matt la miró fijamente, en silencio.

—¿Quieres tomar algo?

¿Cambiaba de conversación?

—No. No he venido aquí a tomar nada.

Matt enarcó una ceja y guardó silencio un momento, bajando la mirada por su cuerpo, estudiándola una vez más. Erika se mantuvo inmóvil, permitiendo que los ojos de Matt recorrieran el cuerpo vestido que pronto tendría desnudo bajo el de él.

—Cierto —dijo finalmente, cerrando los ojos y dando un paso hacia ella.

Matt se detuvo frente a ella, mirándola directamente a los ojos con un suave brillo de deseo.

—Es verdad —continuó—. Has venido por esto.

Y la agarró con fuerza por la parte trasera del cuello, acercándola a él mientras la besaba con ferocidad. Erika respondió al beso, derritiéndose a la dominante lengua de Matt que exploraba el interior de sus labios, saboreándola, excitándola. Cuando Matt apartó sus labios de los de ella, Erika dejó escapar un largo suspiro de anhelo.

—Sí —dijo ella con la voz entrecortada, rodeando las caderas de Matt

con las manos para impedir que él se moviera—. He venido por esto.

Ya que no habría amor...

—Vamos a la cama.

—No, ¿Por qué no aquí?

Erika echó una ojeada al sofá de cuero negro que había a un lado y después le lanzó una significativa sonrisa a Matt.

—No son tan cómodos como crees.

—¿Ya lo has probado? —soltó Erika sin poder evitar un pequeño atisbo de celos en su voz.

—Algo así —reconoció él.

Erika hizo una mueca.

—Aún así —insistió ella.

—Luego no digas que no te avisé —accedió él sin muchos ánimos de discutir, besándole la barbilla e introduciendo una mano por debajo de su camiseta para poder acariciarle la espalda y desabrocharle el sujetador.

—No lo diré —prometió ella, echando hacia atrás el cuello para facilitar el acceso a los labios de Matt sobre su cuello y sus hombros.

—Ya lo veremos.

Matt la empujó sobre el sofá y Erika cayó sorprendida sobre los cojines, y, antes de que pudiera reaccionar, notó el peso del cuerpo de Matt sobre su cuerpo, acariciando sus senos a través de la camiseta.

Erika gimió cuando los dientes de Matt mordisquearon sus duros pezones y levantó despacio las piernas, abriéndolas para facilitar que Matt se acomodase entre ellas. Podía sentir el calor de cada una de las caricias de Matt, la dulzura con la que la besaba la piel y recorría cada centímetro de su cuerpo y, cuando finalmente la penetró, lo abrazó con fuerza, clavando las uñas en la espalda desnuda de él, sintiendo el vaivén de su propio cuerpo bajo el ritmo que marcaban las investidas de Matt hasta que sintió como su cuerpo se estremecía junto al de él, llegando al clímax del orgasmo y dejaba escapar un suspiro satisfecho.

Matt se apartó despacio, segundos después, liberándola de su peso y se tumbó a su lado, apretándola con fuerza contra él, posiblemente para impedir que se cayera del sofá, pero Erika agradeció aquel contacto, deseando de verdad permanecer allí y así para siempre, sintiendo los latidos del corazón de Matt en su espalda y la calida respiración irregular sobre su piel, poco a poco tranquilizándose junto a la de ella.

Matt la besó en la espalda, muy cerca del hombro y Erika apartó los

brazos de Matt de su vientre, haciéndose a un lado para levantarse. Al menos en esa ocasión no tendría que recorrer todo el apartamento para ir en busca de la ropa.

—¿No pasarás hoy tampoco la noche?

Erika no se atrevió a girarse y mirarle a los ojos. Tenía miedo de lo que podía encontrar en ellos si miraba. Aún quería permitirse mantener esa farsa un poco más, aunque fuera sólo un poco más.

—No. Es mejor que me vaya —dijo con voz ronca.

Hubo un silencio a su espalda y Erika lo dedicó a ponerse las braguitas de algodón blancas, bastantes sosas en esta ocasión aunque posiblemente menos ridículas que la vez anterior, aunque nada comparables a la fina lencería que seguramente usaba Fatima.

—¿De verdad tienes que irte?

—Tengo que irme —aseguró en un hilo de voz.

—Al menos quédate un rato.

¿Por qué quería que se quedase? ¿De verdad quería estar un rato hablando?

—Se me hará muy tarde.

—Ya es muy tarde.

Matt rió quedamente y Erika se estremeció cuando sus dedos le acariciaron la espalda, recorriendo su columna con la yema de los dedos.

—Cierto —dijo ella con voz ahogada.

Los dedos de Matt se detuvieron en la línea de su cintura.

—Sólo un rato.

—Mejor otro día.

—¿Eso significa que habrá una próxima vez?

Erika sintió una sacudida, pero se encogió de hombros, girándose para mirarlo.

—Nuestros cuerpos parecen compatibles.

Matt enarcó una ceja e hizo una mueca, apartando la cara de mal humor.

—Supongo que tienes razón.

—Matt.

Matt apartó la mano de su piel y Erika terminó de vestirse.

—¿Por qué sugeriste que nos acostásemos?

La pregunta le pilló por sorpresa y Erika no consiguió disimular a tiempo. Matt la observaba aún tumbado en el sofá de cuero. La imagen era increíble, pero Erika se enfocó en la cara.

—¿A qué te refieres?

—No sé. ¿No era un poco extraño que me invitaras a algo así?

Los dos se miraron en silencio y Erika notó cómo se estaba destrozando la palma de las manos con las uñas.

—Casualidad.

—¿Casualidad?

Matt rió incrédulo.

—Fuiste tú, pero podría haber sido cualquiera.

Hasta a ella le dolieron sus propias palabras. Se dio la vuelta y caminó hasta la entrada, pero se detuvo antes de salir por la puerta, sin atreverse a girarse y mirar a Matt. ¿Estaría furioso por sus palabras? No era su culpa; él jamás tenía que haber hecho esa pregunta desde el principio.

—Si quieres que volvamos a encontrarnos, llámame.

Y ella llevaba aquella farsa hasta el final.

En el ascensor se desplomó completamente, agarrándose para impedir que sus piernas fallaran y cayera al suelo.

Te quiero...

¿Desde cuándo era tan difícil decir esas palabras?

—Mierda...

NUEVE

—El amor —Lucia la miró como si se hubiera vuelto loca y aplastó el cigarrillo en el cenicero—. Sé que tengo que dejarlo —añadió al ver como Erika abría la boca para decir algo—. No hace falta que digas nada porque ya lo sé. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

Erika levantó las manos para declarar su intención de paz.

—Amor —repitió Lucia, cruzándose de brazos.

—Amor, sí.

Las dos se observaron en silencio.

—El amor no existe.

Y ese era el misterio. ¿Por que le estaba pidiendo consejo a Lucia? Puede que fuera la amiga con la que más tiempo pasaba desde que había comenzado a trabajar en el Knuts, pero sus sistemas cerebrales no iban en la misma dirección. Ni el aspecto. Lucia era hermosa, aunque no exactamente bonita, era, lo que se definiría como atractiva. Distaba bastante de ser delicada y era demasiado alta, posiblemente acercándose al metro ochenta. Era delgada. Demasiado Y no tenía unas sugerentes curvas que llamaran mucho la atención.

Y no creía en el amor.

Erika decidió ignorar sus observaciones.

—Creo que he hecho una locura, Lucia.

—Deja que adivine —soltó Lucia con un sarcasmo que producía dentera—. Te has enamorado.

Erika le enseñó los dientes y Lucia le devolvió la mueca.

—Aparte de eso.

—¿Hay algo peor que eso?

—Prueba a enamorarte y luego respondes a esa pregunta.

—No pidas imposibles.

Erika tomó aire con fuerza y Lucia puso los ojos en blanco.

—Vale, cuéntame, ¿qué es eso tan terrible que has hecho por amor?

—Le dije que nos acostásemos.

Lucia la observó en silencio y echó hacia atrás el taburete.

—De acuerdo —dijo con energía—. Vuelvo al trabajo.

—¡Espera! —la detuvo Erika, agarrándola de la pierna para impedir que

se levantara—. Necesito que me escuches.

—Oye, oye, sé que tienes que estar desesperada para pedir mi consejo, en serio, puedo hacerme una idea —Lucia asintió con mucho énfasis—, pero no me parece tan terrible que le dijeras de tener sexo al chico que te gusta. Es más, para lo único que merece la pena que un hombre y una mujer pasen tiempo juntos es por el sexo, ¿dónde está el problema del que hablas?

Erika parpadeó.

—¿Hablas en serio?

—Sí, por supuesto que lo hago.

Lucia echó hacia atrás la espalda.

—Ya, vale, pero mi problema es que le hice creer que tan sólo estaba interesada en un relación física.

Durante diez minutos, Erika le explicó todo lo que había sucedido con Matt, desde el tiempo que llevaba enamorada de él, su relación con Fatima, el momento en el que habían comenzado a tener esas sesiones de sexo y la situación en la que se encontraba en ese momento.

Desde aquella noche, Matt la había llamado seis veces más y se habían encontrado como siempre, en el mismo bar y habían terminado en casa de él, haciendo el amor cada vez de manera más apremiante y feroz. Erika podía sentir como si una parte de ella, pese a la calidez de las caricias de Matt o la forma en la que era capaz de hacerle alcanzar el paraíso, que no se sentía satisfecha, de alguna manera, una vez terminaba se sentía con la necesidad de alejarse de allí, de huir de los abrazos de Matt, de él. Y Matt, desde aquel día había dejado de pedirle que se quedara a dormir en su casa. Por lo general no decía nada después de que los dos llegaran al orgasmo y ella terminara levantándose y vistiéndose en silencio, con un nudo en la garganta y la boca seca. Sólo la observaba en silencio, incomodándola con su fija mirada en su cuerpo y terminaba respondiendo al adiós de ella, creando la sensación de que no volvería a llamarla.

Pero había seguido haciéndolo.

Y también había ido aumentando el tiempo que permanecía en la cafetería antes de llevarla a su casa y hacerla el amor. Al principio Erika había intentado mantener la fachada de que ya que para lo único que quedaban eran para hacer el amor, no necesitaban permanecer allí mucho más tiempo, pero la indiferencia de Matt al verla de pie y la poca prisa que había mostrado al el café, terminó obligándola a tomar asiento y pedir algo, sumergiéndose en las triviales conversaciones que Matt comenzaba, hablando de cualquier tontería

en la que al final, poco a poco, había ido conociendo pequeños detalles de él que jamás habría imaginado.

Pero ése era el otro tema que le preocupaba. Aunque Matt seguía haciéndole el amor con la misma pasión, cada vez parecía tener menos intenciones o deseos de salir de la cafetería y tomarla. ¿Significaba que el tiempo que pasaban juntos iba a terminar pronto? Era evidente que Matt comenzaba a cansarse de ella y posiblemente no volvería a llamarla de un momento a otro. Sólo de pensarlo, a Erika le entraba ansiedad.

—Díselo.

—¿Qué?

—Dile cómo te sientes.

—Te lo cuento ¿y es lo único que se te ocurre?

Lucia se encogió de hombros, sacó el paquete de cigarrillos y antes de sacar uno de los cigarrillos, estrujó el paquete en la mano y volvió a guardarlo en el bolsillo del delantal, frotándose el pelo con fuerza.

—Si a ti se te hubiera ocurrido algo mejor no me lo hubieras contado. Querías mi opinión y te la he dado.

—Si fuera tan fácil no hubiera tenido que sufrir desde el principio. Ofrecí mi cuerpo.

—Y obtuviste placer a cambio. Ahora quieres algo más que sexo, ¿no? Pues búscalo y díselo.

Erika sacudió la cabeza con fuerza.

—Imposible.

Lucia resopló.

—¿Por qué?

—No puedo decirle que lo quiero después de lo que he dicho.

—No sabía que hubiera una ley oficial para casos de éstos.

Erika la fulminó con la mirada.

—Tómalo como quieras, pero cuando digo que no puedo hacerlo, no puedo. ¿Cómo crees que me verá si le salto que estoy enamorada de él y ya me advirtió que no quería una relación? Yo le ofrecí sexo fácil.

—Pero era evidente que no te conformarías solo con eso. No sé por qué llegaste tan lejos por un hombre.

Erika sonrió con tristeza y apretó las manos en el delantal.

—Porque lo amo —murmuró despacio.

Lucia puso una mano sobre las de ella e hizo que la mirara a los ojos.

—Díselo.

—No puedo.

—¿Qué esperas de la relación que tienes con él?

Erika se tomó su tiempo para responder.

—Nada.

Lucia gruñó.

—Mientes.

—No.

—Y sabes que algo así no puede durar mucho. Os los habéis pasado bien, pero cada uno tiene su vida. Tú y él. Pero mientras tú te quedas en casa suspirando y esperando por sus llamadas, él, en cambio, sigue viviendo, usando tu cuerpo como un desahogo mientras su vida con su novia se soluciona o conoce a otra chica con la que sienta que tiene una conexión — hizo una pausa para mirarla—. Cuando eso ocurra, ya no existirás en su vida. ¿Es lo que quieres?

—No es eso, pero...

—Sabes que tengo razón. Ve, búscalos, dile que le quieres, hasta puedes decirle que te has enamorado tras tantas reuniones sexuales, lo que quieras, y que él decida si continúa o lo deja. Al fin y al cabo, tú misma me has dicho que él no parece tan interesado en acostarse contigo. O falta algo en la cama o...

—Vale, lo he entendido —murmuró Erika, apretando con fuerza las manos para que dejaran de temblar—. Se lo diré.

—Chica valiente. Y ahora vete.

Erika la miró espantada.

—¿Y el trabajo?

—Me haré cargo de tu turno. Largo. Y si son buenas noticias, celébralo y si no tanto... ve a llorar a casa.

Erika hizo una mueca y se levantó a la misma vez que Lucia que volvió a sacar el paquete de cigarrillos y lo estrujó en la mano antes de volver a guardarlo.

—Lucia —murmuró Erika antes de salir. Su amiga se giró para lanzarle una mirada—. Gracias.

—Ni se te ocurra darlas. Sólo creo que eres una idiota más que ha caído en lo más profundo que puede caer una persona.

Erika sonrió con pesar y asintió con la cabeza. Posiblemente Lucia tenía mucha razón. ¿Se podía caer más bajo de lo que ella había caído para tener a Matt?

Reflexionó sobre ello mientras salía del Knuts y se encaminaba al despacho de abogados donde trabajaba Matt. Sabía que dentro de media hora saldría a almorzar y siempre acudía al restaurante que había frente a la oficina. Y generalmente lo hacía solo, lo que le daría la oportunidad de hablar con él.

DIEZ

Durante el camino, y mientras esperaba tras una de las esquinas del parque que custodiaba la parte este del edificio, Erika fue imaginando la manera de decirlo, sopesando las posibles repuestas y las contestaciones que ella le diría. Ideó muchas opciones y fantaseó nerviosa otras más, pero cuando volvió a girar el cuerpo para mirar la puerta del edificio y lo vio salir, consultando el móvil distraído, llevándose una mano a los cabellos para echarlos hacia atrás, Erika sonrió embobada y se escondió otra vez, respiró hondo varias veces para infundarse valor y volvió a respirar antes de dejarse ver y quedar completamente congelada, sintiéndose como si el mundo se hubiera vuelto de un color muy oscuro de pronto y unos nubarrones presagiaran una terrible tormenta sobre su cabeza.

Matt se acercaba hacia donde ella se encontraba, pero Fatima lo había interceptado a mitad de camino y se había agarrado a su brazo, sonriendo radiante mientras seguían el camino como una pareja increíblemente sincronizada.

—Me sorprendió tu llamada.

Erika escuchó la voz de Fatima como un latigazo y se pegó a la pared, oculta tras la maleza a la espera que pasaran por su lado y desaparecieran de su vista para regresar a casa.

—Tenía que hablar contigo. Hay tanto que tenemos que aclarar...

Erika apretó los dientes y se frotó las manos heladas, tratando de entrar en calor pese a que la temperatura no era menor de dieciocho grados a la sombra.

Matt la había llamado, había quedado con Fatima. La echaba de menos y quería volver con ella. Esa era la realidad y ella había estado tan ciega como para mantener una lucecita de esperanza.

Era tan patética...

—Sí, estaba esperando que me llamases.

—Siento todo esto.

Erika se apretó más a su brazo sin cambiar el ritmo elegante que había adquirido su cuerpo al caminar. Posiblemente no existían muchas personas capaces de hacerlo de la misma manera. Erika apretó los labios con fuerza. Había pasado de ser alguien normal a convertirse en alguien miserable y envidioso.

—¿De qué estás hablando?

—Te he hecho venir aquí aunque sé que estás muy ocupada.

—Sabes que por ti haría cualquier cosa.

—Me alegra oír eso, Fatima.

—Uy —dijo Fatima, deteniéndose y obligando a Matt a detenerse con ella. Erika se apretó aún más para pasar desapercibida, aunque lo que quería ser en ese momento era invisible—. ¿Ocurre algo serio?

—No...

—Estás usando un tono muy formal. ¿Ha ocurrido algo importante?

Matt pareció dudar antes de hablar y Erika vio como se aflojaba el nudo de la corbata.

—En realidad, sí. Por eso necesitaba hablar contigo.

—¿Fui la primera en la que pensaste?

La voz de Fatima era aterciopelada y Erika se dio cuenta que había contenido la respiración, a la espera de la respuesta que Matt le daría a Fatima.

—Sí.

Fatima rió con una risa musical en el momento que pasaron por su lado y la pasaron, sin que ninguno se diera cuenta de que había alguien tras los matorrales verdes que tenían a un lado del camino.

Erika los observó alejarse en silencio, notando el ardor de las lágrimas que le abrasaban los ojos en un intento desesperado por no ponerse a llorar.

Ese era el final.

El único final que había existido para ella desde el principio.

Se dio la vuelta y echó a correr hacia casa, acogiendo la sofocante atmósfera del piso compartido donde vivía y se tumbó en la cama, dejando salir las lágrimas que había contenido todo el camino.

No culpaba a Matt. Él había sido sincero todo el tiempo, pero ella tal vez había creído que podría haber sido de otra manera...

¡Qué tonta había sido!

ONCE

Durante la siguiente semana deambuló con los ojos rojos y unas profundas ojeras que no embellecían precisamente su rostro, y se volcó completamente en el trabajo, dejando a un lado los estudios.

Lucia no le preguntó nada. Se limitó a mirarla al entrar y le dio un abrazo en silencio, frotándole cariñosamente los brazos mientras le sugería que tomase una taza de té antes de comenzar a trabajar. No hubo preguntas y tampoco le pidió que no trabajara durante unos días, respetando su deseo de trabajar y mantenerse ocupada, dedicando más horas al knuts de lo que había estado haciendo hasta ese momento.

—Erika, ¿también trabajas a la tarde?

Erika consultó el reloj mientras deslizaba el delantal por el cuello y lo dejaba sobre el mostrador.

—Sí.

—¿No trabajas demasiado?

Mikel era un chico agradable; había entrado al knuts hacía unos meses y había conseguido fácilmente llevarse bien con todos. Era muy joven, posiblemente rondando los dieciocho, ya que ella no había revisado su ficha como las demás, pero admitía que era muy guapo.

—Estoy bien —aseguró con voz lánguida mientras se dirigía a la puerta tras recoger su bolso.

En la calle, rebuscó el móvil y se sorprendió de encontrar ocho llamadas de Matt y un mensaje de texto.

¿Aún la llamaba? No lo había hecho en toda una semana y ahora de pronto se encontraba con eso.

Erika sintió rabia y apretó el teléfono en la mano y estuvo a punto de dejarlo caer cuando el sistema de vibración comenzó a moverse en su mano, marcando en la pantalla el nombre de Matt.

Erika dejó que la llamada terminase sin descolgar. No quería oírlo, no podía soportarlo. Su mente se llenó de las imágenes de él y Fatima, no sólo del reencuentro de los dos el día que había ido a buscarlo a la oficina, sino de la sucesión de recuerdos que tenía de los dos desde que habían comenzado a salir.

El teléfono volvió a vibrar.

Matt otra vez.

No, seguramente solo la llamaba para despedirse. ¿Un último encuentro antes del adiós?

No iba a contestar... No lo haría...

—¿Diga?

Mierda... Era débil, una pusilánime.

—¿Erika?

Tenía una voz tan sensual... Iba a ser duro.

—Hola, Matt.

Su voz había sonado demasiado áspera, como un susurro.

—He estado llamándote.

¿Había algo de irritación en su voz?

—Trabajo, ya sabes.

¿No había sonado la de ella también ahora?

—¿A la mañana? Pensaba que solo trabajabas de tarde.

Generalmente, sí, pero llevaba una semana haciendo horas extras, trabajando a todas horas.

—Estoy cubriendo un turno —mintió.

—Ah, pensé que podríamos vernos.

—¿Hoy?

—Si no te importa. A la tarde, me refiero, no a la noche.

No quería encontrarse con ella de esa manera otra vez. ¿Por qué dolía tanto pese a saber que todo terminaría alguna vez y de esa manera? ¿Tal vez había esperado algo diferente?

—Vale —murmuró con voz vacilante, conteniendo mal el temblor de los labios. Iría y después estaría toda la noche trabajando y después iría con todos a emborracharse y ahogaría las penas y...—, ¿dónde nos encontramos?

—Donde siempre. ¿Te parece bien?

—Sí, un lugar como cualquier otro —sonaba muy ruda, hasta ella podía notarlo, pero tampoco tenía motivos para fingir ser agradable—. ¿A las seis?

A las seis y media entraba a trabajar. Tiempo suficiente para terminar con la relación que tenían, decirse adiós sin que Matt llegara a sentirse culpable por nada y ella fingiera que no era nada que le afectara y pudiera llegar a tiempo al trabajo.

De acuerdo; era un buen plan.

—Bien. A las seis nos vemos.

Erika colgó sin despedirse y fue a casa a ducharse y cambiarse de ropa mientras picoteaba algo del almuerzo que Nina había dejado también para

ella con una nota que rallaba peligrosamente en la preocupación.

—También tengo que solucionar esto —murmuró, arrugando la nota y tirándola a la basura.

Si comenzaba a preocupar a los demás hasta el punto en el que le preparaban la comida y le dejaban notas, era obvio que se le daba fatal disimular que no le ocurría nada.

DOCE

Caminó despacio hasta la cafetería y se detuvo a unos metros de distancia, sorprendida de ver a Matt fuera, esperándola. Matt levantó la cabeza al verla y la saludó con la mano, pero Erika siguió inmóvil, sin moverse y dejó que Matt llegara hasta ella reprimiendo los deseos de girarse y echar a correr.

Matt debió ver algo diferente en su cara, porque al llegar a su altura y detenerse frente a ella, borró completamente la sonrisa con la que se había acercado a ella y la observó con expresión ceñuda.

—¿Estás bien?

Erika suspiró con fuerza y apartó la cabeza. Debían haber ido muy bien las cosas con Fatima para que él estuviera tan contento.

—Sí —murmuró.

—¿Seguro?

Matt se acercó más a ella, tratando de acariciarle la mejilla. Erika se apartó bruscamente y Matt la miró sorprendido, manteniendo levantada la mano.

—¿Qué...?

—Será mejor que dejemos de vernos —soltó Erika con voz ronca, apartando la mirada para no ver los ojos de Matt.

Matt tardó en responder.

—¿Por qué?

A Erika le sorprendió la pregunta pero siguió sin mirarlo a la cara.

—Esto ya se ha vuelto aburrido.

—Aburrido —Matt parecía estar ahogándose.

Erika se atrevió a mirarlo. Matt tenía la expresión desencajada y un brillo de ira le iluminaba sus ojos azules.

—Sí —murmuró despacio, sin darle convicción a la voz. En ese momento lo que menos sentía era seguridad.

—¿Te aburres?

Erika respiró con fuerza, pero lejos de lo que ese hecho pudiera haber parecido a Matt, que entrecerró los ojos con los dientes apretados, ella lo hizo para darse un poco de valor al hablar.

—Es el final, Matt. Los dos sabíamos que en algún momento tendría que terminarse. Bien. Es este. Adiós.

Intentó irse, pero Matt le agarró del brazo, deteniéndola, obligándola a girarse y mirarle.

—Sé lo que hablamos pero...

Erika se soltó bruscamente, agarrándose el brazo por el lugar que Matt la había agarrado. ¿A qué venía esa actitud? ¿Sentía herido su ego porque era ella quien lo dejaba? Maldita sea...

—No vuelvas a llamarme.

Y salió corriendo, buscando el camino más rápido para llegar al knuts, pero aunque creyó que al volverse vería a Matt detrás de ella, cuando se giró al alcanzar la puerta del bar, no vio ninguna cara conocida. Entró y buscó el delantal, desesperada por comenzar a trabajar y olvidar. Olvidar sobre todo, porque si pensaba se echaría a llorar.

—¿Te vienes a tomar algo?

—Sí.

Fue una respuesta tan rápida que Lucia enarcó una ceja en silencio y se marchó a atender a un hombre de edad avanzada que se había acercado a la barra.

Pese a que los viernes era uno de los peores días para limpiar entre tanta grasa acumulada, Erika prestó especial esmero en todo el trabajo, levantando mesas, fregando los suelos, desinfectando la barra y el fregadote y hubiera continuado si Lucia no le hubiera arrancado el estropajo de la mano y arrastrado fuera del bar, lanzándole el bolso y la chaqueta mientras otros se encargaban que fuera saliendo del knuts mientras ella cerraba.

—Vale, podéis soltarme, ¿de acuerdo? —dijo, levantando los brazos para que la dejaran en paz—. Puedo hacerlo yo sola.

—Y eso que aún no estás borracha. ¿Necesitas que te llevemos en brazos?

—Podéis iros a...

—Erika.

Erika sintió como se le erizaba todo el vello del cuerpo y un escalofrío le recorrió la columna, alarmada al reconocer la voz de Matt a su derecha. No fue la única en mirar hacia esa dirección.

Matt caminaba hacia ellos —o ella realmente—, con las manos en los bolsillos de su immaculado traje negro. Su figura era impresionante a esa luz y ya escuchaba las risitas de sus compañeras que, posiblemente, hubieran llegado a más si Lucia no hubiera intervenido, dándole unas palmaditas a ella en la espalda, empujándola intencionadamente y arrastró al resto del grupo.

—Muy bien, chicos, nosotros nos vamos.

—¿Y Erika?

—¿Y Erika? —repitió Lucia con un tono de voz irritado—. Ella se queda. ¡Andando!

—No, espera —gritó Erika, alarmada de quedarse a solas—. Yo también voy.

—Espera —la interrumpió Matt, agarrándola otra vez del brazo para detenerla y ésta vez, Erika notó como clavaba con más fuerza los dedos en su piel desnuda, posiblemente para evitar que saliera huyendo otra vez—. Quiero hablar contigo.

—No tenemos nada de qué hablar —aseguró ella, mirando como se alejaba el grupo.

Se giró hacia él con mala cara.

—Sólo será un momento —prometió él sin soltarla.

—Date prisa —gruñó ella, lanzando una significativa mirada a su brazo, pero Matt no pareció notarlo porque siguió agarrándola con fuerza.

—Dame una oportunidad.

Erika parpadeó, mirando a Matt sorprendida y cuando se dio cuenta que lo había estado observando con la boca abierta, la cerró con fuerza, haciéndose daño en los dientes y volvió a parpadear, confusa.

—¿Qué? —preguntó.

Tenía que haber oído mal. Sí, eso era. No había oído correctamente.

—Sé que has dicho que te aburres pero podemos solucionarlo.

No... Erika sintió otro estremecimiento y deseó que Matt no le estuviera agarrando. Su piel comenzaba a quemar en el lugar donde Matt la estaba tocando.

—¿De qué estás habando?

—Es normal que no fuera divertido; no hemos hecho nada más que ir a mi casa y no es que no haya disfrutado con nuestros encuentros —rió nervioso y se humedeció los labios, ignorando las insistentes sacudidas de cabeza de Erika—. Pero te quiero.

Estaba segura de que si Matt no la hubiera agarrado, se hubiera desmayado.

—No, espera... —balbuceó con la mirada borrosa.

—No, déjame hablar —pidió él, soltándola despacio—. Dame una oportunidad; estoy seguro de que puedo hacer que te enamores de mí; sé que puedo hacerte feliz. Déjame conocerte. No... dame una oportunidad para que puedas conocerme.

Erika siguió mirándolo con los ojos muy abiertos y con el corazón palpitando con tanta fuerza que parecía que iba a salir de su pecho.

—Por favor —pidió él, dando un paso hacia ella a la misma vez que Erika daba un paso hacia atrás.

Erika abrió la boca para tratar de decir algo de todas las cosas que iban acumulándosele en la cabeza, pero todo parecía ir pasando de forma borrosa. Estaba mareada, sí, eso podía sentirlo con claridad y parecía estar flotando en una nube. Era irracional.

—¿Y Fatima? —consiguió decir, tratando de poner todas las imágenes en orden.

—¿Qué pasa con ella? —preguntó Matt inocentemente, haciendo que Erika pinchara e globo de la felicidad.

—Es tu novia, ¿no?

—Te recuerdo que lo dejamos —soltó él con el ceño fruncido.

—Sí, os disteis un tiempo.

Él mismo se lo había recordado la primera vez que se habían visto.

—Le pedí un tiempo, sí —soltó él, sacudiendo la cabeza confuso—, porque no veía que nuestra relación tuviera futuro; hacia tiempo que se había enfriado y cada vez íbamos más cada uno por nuestro camino. La ruptura era inevitable. Nos sentimos más cómodos tratándonos como amigos.

Sí, claro, pensó Erika cruzándose de brazos, recordando la imagen que había visto hacía una semana.

—Pero ya te lo expliqué todo aquella tarde —¿Lo había hecho? Erika trató de recordar la conversación que habían tenido pero no consiguió centrarse—. ¿No me escuchaste?

Sí, eso mismo se preguntaba ella. ¿Qué es lo que había estado escuchando? En su conversación había muchas lagunas que comenzaban cuando su cabeza comenzó a idear una manera de aprovechar la melancolía de Matt.

—Ah... sí. Pero aún no habéis roto...

—Quedé con ella el otro día y hablamos sobre nosotros. Le dije que me estaba enamorando de alguien... ¿Me darás una oportunidad? —preguntó él, acorralándola en la pared del knuts.

Erika lo miró a los ojos. Podía sentir los latidos de su corazón con tanta fuerza que podían disfrazar cualquiera de los otros sonidos.

—No lo sé... —murmuró con una voz débil que ni ella reconoció, notaba como las lagrimas se agolpaban en los ojos—, en realidad... Es muy...

—¿Repentino?

Erika dejó escapar una risa nerviosa. La proximidad de Matt era subyugante y el espacio para respirar reducido.

—Sí. Repentino.

¿Podía decir que hasta hacía sólo un momento pensaba que era la mujer más desdichada en la faz de la tierra?

—Pero... ¿por qué?

—No lo sé. Al principio creí que eras alguien que se había vuelto loca o... algo parecido. No habíamos hablado mucho hasta ese día, pero no te había imaginado que fueras tan desinhibidas con esos temas. ¡No te estoy diciendo nada! Eso sólo que me sorprendió esa propuesta.

—Pero aceptaste —le recordó Erika algo molesta por la observación de Matt. Los dos sabían lo que Matt había pensado de ella aquella vez.

—Sí... —Matt parecía incómodo—. No era un mal plan después de todo... Pero no esperaba que una cosa se convirtiera en otra. ¿Alguna vez has sentido una obsesión por alguien al punto de querer saber todo de ella?

Erika no se dio prisa en responder. Conocía muy bien ese sentimiento, pero nunca hubiera creído que alguna vez sus fantasías pudieran hacerse realidad.

—Puedo imaginármelo.

—Por eso te pido una oportunidad. Tal vez no sea con quien te gustaría estar, imagino que aún estás enamorada de ese hombre del que hablaste en la cafetería y de quien no quieres hablar, pero si intentas conocerme, puede que encuentres en mí algo que puedas amar.

Erika parpadeó y dejó escapar otra risa nerviosa. No... Imposible. ¿Matt la amaba? ¿Le estaba pidiendo una oportunidad? ¿Amarlo? Debía ser una broma después de estar amándolo en secreto tras varios años... Sí, una broma...

—Matt, yo...

—Una oportunidad, sólo te pido una cita.

Erika dejó escapar un suspiro y asintió con la cabeza. Tenía tantas ganas de echarse a llorar que le costaba retener las lágrimas.

—Sí, vale —rió—, pero Matt, hay algo que debería decirte...

—Shhh —dijo él poniendo los dedos en sus labios, enmudeciéndola—. Con el sí me haces feliz. Te prometo que no te arrepentirás.

Las lágrimas comenzaron a descender por sus mejillas y una risa se escapó de sus labios. Se puso de cuclillas y rodeó el cuello de Matt con los

brazos, besándolo.

—No sé como no me había fijado antes lo hermosa que eras —dijo, apartando levemente sus labios de los de ella—. Creo que debía estar muy ciego.

—Un ciego que vio la luz.

Erika volvió a besarlo.

Tal vez en esta ocasión sí fuera de ella completamente, porque esta vez no sólo tendría su cuerpo, también su corazón.

FIN